

168

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 26 septiembre - 2 octubre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - N.º 36

LA ENFERMEDAD SE MUERE

**"ESPERO UN FUTURO PROXIMO SIN TUBERCULOSOS",
declara el profesor Waksman**



LOS PULMONES DE TODOS LOS ESPAÑOLES SERAN CATALOGADOS

LA ULTIMA PISTA DEL CASO MONTESI

(En la página 59)

¿ES FRANCIA UNA GRAN POTENCIA?

(En la página 49)

EL IMPACTO DE 85 MILLONES DE DOLARES EN LA ECONOMIA ESPAÑOLA

Carta del director a don José Castán Tobeñas (pág. 8) ● Ateísmo y economía política, por Claudio Colomer (pág. 9) ● Del colmo del pretérito al colmo del presente, por L. Ponce de León (pág. 9) ● Las contradicciones de Francia (página 10) ● Alfonso Sastre, dramaturgo de actualidad (página 14) ● Vida y anécdota del periodista Gimeno, por Francisco Casares (pág. 17) ● Pío IX, Donoso y Balmes, por Lorenzo Riber (pág. 20) ● La honestidad de la Prensa (pág. 22) ● Una bial de las letras en Bélgica, por Carmen Conde, desde Amsterdam (pág. 23) ● Palencia, por nuestro enviado especial Enrique Ruiz García (pág. 27) ● Entrevista con Somerset Maugham, por María Jesús Echevarría (pág. 32) ● El libro que es menester leer: «Yo toco como a mí me gusta», por Humphrey Lyttelton (pág. 36) ● La estampería del «Pueblo Español», de Barcelona, por F. Salva (pág. 39) ● Crónica de la Peregrinación Sindical a Santiago, por Concha Fernández Luna (pág. 35)



DE VUELTA A LA

Ciudad



Otra vez la ciudad, la oficina, la fábrica, el taller... todo, lo que es objeto y fin de nuestra vida... y, al mismo tiempo, la desgasta. Sin la acción depuradora y energética de "Sal de Fruta" ENO sería más penosa la adaptación climatológica.

La "Sal de Fruta" ENO nos ayudará con su triple acción reguladora, estimulante y energética. Bebida al despertar, prepara el organismo para una fructífera jornada.

Desde hace 86 años "Sal de Fruta" ENO viene demostrando su utilidad contra todas esas molestias que, sin constituir enfermedades propiamente dichas, alteran la salud. El hecho de reunir en forma concentrada y conveniente muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura es garantía de su higiénica y saludable acción orgánica.

"SAL DE FRUTA" ENO
MARCAS REGIST.

CORRECTIVO DE TRASTORNOS ORGANICOS



Adquiera el frasco grande. Resulta más económico

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

C. S. 14112

LA ENFERMEDAD SE MUERE

"ESPERO UN FUTURO PROXIMO SIN TUBERCULOSOS" declara el Dr. Waksman



El Dr. Waksman

LOS PULMONES DE TODOS LOS ESPAÑOLES VAN A SER CATALOGADOS



SE REUNE EN MADRID LA CONFERENCIA INTERNACIONAL CONTRA LA TUBERCULOSIS

A las 2,45 en punto de la tarde—tan sólo cinco minutos de retraso—aterriza un avión de pasajeros en el madrileño aeropuerto de Barajas. Por la portezuela aparece, el primero de todos, un hombre bajito, grueso, de gran cabeza y pelo canoso, que lleva dos paraguas multicolores en la mano y que saluda a los lejanos amigos que le esperan. Así, mirándole desde lejos, parece un viajero más, un viajero simple que se trasladara, por cualquier asunto familiar, de una parte a otra del mundo. Desciende, algo inseguro, por la escalera y se dirige hacia los edificios del aeródromo, donde hay varias personas—bastantes atentas a su llegada. Viste un traje azul, un sombrero blando y unos grandes—casi descomunales—zapatos. Parece un sencillo burgués en vacaciones.

De esta manera llegó a Madrid el doctor Waksman, descubridor de la estreptomina, Premio Nóbel y uno de los actuales y eternos para el futuro, bienhechores de la Humanidad.

WASKMAN, EL HOMBRE DE LA ESTREPTOMICINA

En el aeropuerto, rápidamente, al hilo de las formalidades hay unas respuestas del sabio; de este sabio empeñado, actor y dirigente, en esta gran batalla—tal vez la última y definitiva—de la lucha contra la tuberculosis en el mundo. De la lucha contra un enemigo minúsculo—tan minúsculo, que sólo los ojos potentes inventados por los hombres son capaces de señalar—, condenado al total exterminio y a la total desaparición.

Waksman, sin embargo, está reacto a la conversación. El quiere andar a sus anchas, lo antes

posible, por Madrid, y casi se horroriza ante los agasajos y atenciones que, por fuerza sincera, ha de recibir.

—¿Cree usted que la droga más importante en la lucha contra la tuberculosis sigue siendo la estreptomina?

—Desde luego que sí.

—¿Cree que la tuberculosis ya ha sido vencida?

—Pues, no. Todavía no está ganada la batalla.

—Pero ¿se tardará mucho?

—No lo puedo precisar. Pero abrigo grandes esperanzas en los avances hasta ahora realizados y espero un futuro, quizá no lejano, libre de tuberculosis.

Al investigador le acompaña su esposa, Deborah, una mujer ya mayor, vestida de azul pálido, con un casquete de flores como sombrero, muy pintada, que se muestra oficiosamente amable y que, como su marido, aparece cansada.

Tanto al doctor Waksman como a ella les atontan los aviones. Así lo reconocen, aunque, por la necesidad de los desplazamientos largos, hayan de servirse de ellos. Mientras la fila de diez maletas de todos los tamaños, propiedad del matrimonio Waksman, se alinea sobre el mostrador de la Aduana, el doctor recién llegado conversa y pregunta. Y, por ejemplo, a los recién venidos les causa extrañeza que haya mujeres médicos jóvenes trabajando en España.

El público internacional que llena el aeropuerto, al ver tantos fotógrafos, pregunta curioso:

—¿Quién es?

Con su atuendo desaliñado, bajo, gordo, casi cuadrado, un bigote francés y una cabezota gorda, Waksman no tiene ninguna pres-

tancia. Entre los viajeros de todas las naciones que esperan en el aeropuerto la hora de la salida hay quien le confunde con Einstein. Waksman inicia su carrera en los Estados Unidos, de jardinería en una granja de Pensilvania. Tal vez de aquí le vino su gran amor a la tierra, a la que en lo sucesivo se dedicó a arrancar, no ya zanahorias o patatas, sino pequeños seres microscópicos, entre los que andando el tiempo, al cabo de treinta años, habría de obtener diez antibióticos, dos de ellos de poder antituberculoso como la estreptomina y la heomicina, cuyo microorganismo productor lleva desde 1915 el nombre de su madre: Fedria.

Como Waksman, como Abreu, como Domagk—el de las sulfamidadas—, como Crafoord, hay en Madrid más de dos mil fisiólogos de todos los países. Unos han venido del Canadá, de Chile o del Japón; otros, de Alaska, de Malasia, de Filipinas o del Pakistán. Llegan doctores y doctores, que combaten el bacilo de Koch en sanatorios de la tierra. Vienen a asistir a la XIII Conferencia de la Unión Internacional contra la Tuberculosis, que se inaugura el domingo, día 26, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ante esta invasión de fisiólogos, el hombre de la calle, el espectador profano, se queda perplejo y pregunta:

—Pero ¿todavía continúa dando guerra el bacilo de la tuberculosis? Yo creía que era una enfermedad vencida...

Pues, no; todavía no, aunque

ya quede poco. Desde 1890, ante cada descubrimiento terapéutico se está afirmando lo mismo, sin que se consiga aún barrerla de la tierra. El primero en anunciar que la tuberculosis estaba vencida fué nada menos que Roberto Koch, que descubrió el bacilo tuberculoso y proclamó al mundo haber encontrado en la tuberculina un medio para curar la tuberculosis. Roberto Koch, con toda su autoridad, se equivocó. Y desde entonces se han equivocado muchos, entre ellos los que ensalzaban las excelencias de la terapéutica aurica, creyendo tal vez, como los alquimistas del medioevo y los místicos sucesores de Paracelso, que las enfermedades son ávidas de los metales preciosos, y que el «mycobacterium» tuberculosis es un bichito avariento que sólo se le desahucia mediante oro.

Otro de los que aseguraron que se había derrotado a la tuberculosis fué el semita Friedman, que en 1931 dirigió la publicación de un libro titulado «La tuberculosis vencida», condenando a los que no aceptaban su remedio curativo. Consistía en una vacuna obtenida tras el pase del bacilo por una tortuga. Friedman sólo consiguió que la pobre tortuga muriese tísica. Quien vengó al quelonio fué Rickman, que editó otro libro al que llamó «La tuberculosis no vencida». Friedman denunció a los tribunales a Rickman, provocando uno de los procesos más sensacionales de la Alemania nacionalsocialista. La Audiencia de Berlín acabó decretando la expulsión del territorio alemán de Fredman, sentencia totalmente justa e imparcial, puesto que fué asesorada por el famoso cirujano del tórax Sauerbruch, que no tenía nada de nazi cuando intervino muy directamente en la conjura contra Hitler de 1944.

LAS «DROGAS MAGICAS» Y UN FINAL OPTIMISTA

La curación total de todos y cualquiera de los enfermos tuberculosos no está todavía, evidentemente, conseguida. Mas el empleo de nuevos medicamentos, que son definitivos en un número crecido de casos, permite poder comunicar a los enfermos por tuberculosis la esperanza de que el camino abierto por las «drogas mágicas» tendrá muy pronto un fin optimista y totalmente curativo. Y los enfermos que hoy todavía reposan en los sanatorios su dolencia, habrán regresado a sus casas tan sanos y tan fuertes como cualquier hombre campeón de atletismo de nuestros tiempos.

Es un hecho innegable que cada día mueren menos personas víctimas del bacilo de Koch.

En el quinquenio 1925-29—según datos del Instituto Nacional de Estadística—, por cada 100.000 habitantes morían 142 tuberculosos; veinticinco años después, en 1952, sólo fallecían de esta dolencia 56. Un descenso parecido acontece en todos los países civilizados. Este descenso, aceleradísimo en los últimos dos años, ya se venía observando desde hace mucho tiempo. La declinación era lenta desde principios de siglo. Se acentuó en 1946 y 1947, en que comenzó a utilizarse la es-

treptomocina. Desde 1949 el decrecimiento se hace vertiginoso, con reducciones globales de 30,3 por 100 en el trienio 1949-51 y del 35,6 por 100 sobre la precedente en el año 1952. La bajada máxima se debe al empleo de la hidracida del ácido isonicotínico, que, al generalizarse su uso en España, ha reducido a más de la mitad el número de muertes por tuberculosis.

Mientras que en España, en el año 1940, por cada 100 curaciones en los sanatorios del Patronato Nacional Antituberculoso se producían 107 muertes, en 1952, por cada 100 sanados tan sólo morían 23. En 1940, de cada centenar de hospitalizados fallecían 13,1. En 1952, sólo 4,5.

Sin embargo, entre los médicos especialistas no hay todavía una opinión unánime en cuanto a la curación total o la desaparición definitiva de la enfermedad. En la encuesta realizada por el Instituto Español de Opinión Pública entre médicos fisiólogos españoles se plantearon diversas cuestiones y aspectos de la lucha antituberculosa. En lo que se refiere al hecho de que la peste blanca haya o no haya sido derrotada, el 25 por 100 de los médicos interrogados respondió que no desaparecerá, y un 34 por 100, que tardará en desterrarse veinticinco años. De cada cien, catorce contestaron que no se puede precisar el tiempo que tardará en desaparecer. En cambio, un 11 por 100 afirmó que en un plazo de diez años se concluirá con ella.

En otro lugar de la encuesta se les interroga a los fisiólogos así:

—¿Creen que las nuevas técnicas preventivas y curativas llegarán a dominar la enfermedad?

—Totalmente — responden dos médicos de cada cien.

—Prácticamente sí, como sucedió con la viruela—contesta el 54 por 100.

—Desaparecerá la endemia, no la epidemia—aseguran 22 de cada 100.

—No desaparecerá—afirman 18 especialistas por cada 100.

Como puede verse, los criterios están divididos. Sólo un poco más de la mitad cree que la tuberculosis puede desaparecer en la práctica. En cambio, la otra mitad sostiene que, de un modo u otro, la tuberculosis subsistirá entre los hombres.

De todas formas, constituye un fenómeno cierto el hecho de que la tuberculosis tiende a desaparecer. Esta desaparición no es sólo obra de las modernas drogas, sino de un conjunto de factores aglutinados por la Lucha Antituberculosa de cada país y, en un ámbito más extenso, por los que viene coordinando la Unión Internacional contra la Tuberculosis y los de la Organización Mundial de la Salud (O. M. S.), que después de la guerra está realizando una activísima labor preventiva, habiendo reconocido y vacunado en Europa, contra esta dolencia, a más de cincuenta millones de personas.

LA ESTREPTOMICINA SIGUE SIENDO EL REMEDIO NUM. 1

Todos los médicos deseáramos que la tuberculosis se curase con

tomar unas cuantas pastillas. Pero semejante aspiración tan simpática, tan cómoda, y tan barata por muy cara que costase la droga, no puede realizarse en muchos casos, a pesar de los grandes adelantos de la terapéutica antituberculosa. Esta terapéutica logra muchísimas veces destruir el microbio y esterilizar al enfermo; pero lo que no consigue es reparar las lesiones que aquél ya haya producido en el organismo.

La estreptomocina, las hidracidas y el P. A. S., entre otras muchas drogas también eficaces, curan realmente la tuberculosis. En la encuesta del Instituto de la Opinión Pública se ha interrogado a los fisiólogos españoles sobre cuál de los nuevos medicamentos es el más activo. El 70 por 100 de ellos ha respondido que la estreptomocina; el 55 por 100, que las hidracidas, y el 12 por 100, que el P. A. S. El porcentaje no sale exacto, porque algunos de ellos ha mencionado a la vez varias de estas drogas, debido a que se ha descubierto recientemente que en la lucha contra la peste blanca, si se quiere alcanzar un éxito seguro se debe recurrir a dos o tres tratamientos simultáneos o sucesivos, sin olvidar nunca la cura de reposo y, en caso necesario, la colapsoterapia y la intervención quirúrgica. El 94 por 100 de los especialistas españoles está de acuerdo en que las nuevas drogas subsistirán juntas con el tratamiento clásico. Sin embargo, 77 de cada 100 opinan que las nuevas drogas poseen relativamente mayor importancia que los otros sistemas terapéuticos, y sólo 16 mantienen la supremacía del tratamiento sanatorial y 11 la del quirúrgico.

EL BISTURI CONTRA EL BACILO DE KOCH

El tratamiento quirúrgico constituye una gran novedad dentro de la cirugía. Nunca se había pensado que al bacilo de Koch se le pudiera vencer mediante el bisturí. Y no se le vence. Lo que se hace es eliminarlo, cortando las partes en donde se ha atrincherado, haciéndose resistente contra toda clase de drogas y tratamientos. Es un procedimiento revolucionario y muy joven, que encuentra detractores, a veces tan temibles como Dormer, quien, irónicamente, refiriéndose a la cirugía de la tuberculosis, ha resucitado el cuento de aquella muchacha que para matar a una mosca que molestaba a un niño de pecho, le dió un martillazo a éste en la cabeza. La cirugía de la tuberculosis pulmonar podrá ser cruenta como toda cirugía, pero nunca es más mortífera que aquella, cuando sólo tiene cifras de mortalidad que oscilan de un 2,1 a un 8,3 por 100 operados. Existen ya muchas estadísticas sobre estas operaciones. En 202 tuberculosos pulmonares a los que se les hizo una resección segmentaria, 120 de ellos se encuentran ya en sus casas; 57 se hallan todavía en el hospital, y 25 han muerto. Y en lo que se refiere a la neumotomía, el 66 por 100 de los intervenidos se encuentra perfectamente. Conviene indicar que a todos estos enfermos se les operó porque esa era la única forma de que curasen. Con el advenimiento de las nue-

vas drogas, muchos pacientes se han resistido a una intervención, creyendo que con unas cuantas píldoras se iban a curar de su lesión, a veces ya irreparable. Cuando tales desgraciados se han entregado desilusionados y sin esperanza en manos del cirujano, en ocasiones era ya demasiado tarde.

En conjunto, las estadísticas globales y la experiencia de los tisiólogos confirman la necesidad de un complemento quirúrgico para el tratamiento de ciertos casos de tuberculosis. Por eso, en todos los sanatorios españoles de la lucha antituberculosa existen o se están instalando equipos quirúrgicos, en los que se puedan hacer toda clase de operaciones torácicas. Por lo demás, y esto tiene gran importancia social, una operación a tiempo puede acortar en meses y quizá en años ciertos tipos de enfermedad. En cuanto a cirujanos, estos abundan. Hay primerísimas figuras, como González Duarte, y entre la joven generación sobresale el doctor Martínez Bordiú, vicepresidente de la Conferencia.

Existen varios tipos de intervenciones quirúrgicas para tratar la tuberculosis pulmonar. Unas se verifican sobre la pared torácica y otras directamente en el pulmón. Las primeras persiguen el cierre y curación de las cavernas tuberculosas y pueden dividirse en tres grupos: las que conservan la pared torácica, las que anulan la musculatura respiratoria y las que mutilan la pared mediante la toracoplastia, operación que se practica mediante la resección de varias costillas, cuyo número depende de la lesión, para liberar el pulmón circundante a la parte enferma, haciendo que éste se encoja, se desinfle y cierren las cavernas. Las intervenciones dentro del mismo pulmón pueden ser mínimas, como una sutura o una simple pneumotomía o corte del pulmón, y serias, como la resección total o parcial, que elimina la parte enferma.

«LOPO DE CARVALHO, ESPERARIA»

Las cavernas deben ser intervenidas siempre. Esta es la opinión de gran número de tisiólogos, entre la que destaca la autorizada voz del doctor Alix y Alix, secretario general de la Conferencia y director del Centro de Colapsoterapia de Madrid, que por cierto cuenta una divertida anécdota a este respecto, en la que interviene el profesor Lopo de Carvalho, una de las primeras figuras de la lucha contra la tuberculosis, no sólo de Portugal, sino del mundo entero. Un día presenciaba un discípulo de este tisiólogo luso una de las sesiones clínicas que celebra el doctor Alix en su Centro, y oyéndole hablar de la necesidad de actuar directamente sobre la caverna de un enfermo pulmonar, le dijo:

—Es usted muy intervencionista. El profesor Lopo de Carvalho esperaría.

Entonces el doctor Alix, de acuerdo con su carácter enérgico y directo, contestó rápido:

—Entonces será un conservador de cavernas.

El estudiante portugués se calló; pero al cabo de algún tiempo se presentó en el Centro que dirige el tisiólogo madrileño un se-

ñor desconocido, que se expresó así:

—Vengo a que usted me aclare eso de la necesidad de intervenir a todos dos tuberculosos con cavernas.

Era Lopo de Carvalho.

El doctor Alix se explicó tan admirablemente, que desde entonces son dos grandes amigos, que colaboran juntos en bien común de los enfermos del pecho.

CLARENCE CRAFTOORD, EL SALVADOR DE ANTONIO COUTO

Otro de los tisiólogos que se encuentran en Madrid para asistir a la XIII Conferencia de la Unión Internacional contra la Tuberculosis es el doctor Clarence Crafoord, muy conocido en España a causa de la operación de coartación de la aorta que acaba de realizar en el niño Antonio Couto. El doctor Crafoord nació en Hudiksvall (Suecia), el 28 de mayo de 1899. Fué el primero que realizó la operación antes reseñada. Es autor de unos cien artículos de temas quirúrgicos, la mayor parte de ellos sobre cirugía torácica y tromboembolia. El doctor Alix y Alix, que es amigo suyo y que lo conoce bien, habla de su temperamento:

—Todos los suecos son inmutables. En sus rostros no se reflejan las pasiones ni las emociones. Ocurra lo que ocurra, su cara no se altera.

—¿Así es Crafoord?

—Verá usted. Veníamos de visitar un sanatorio en las afueras de Estocolmo. Crafoord conducía el coche. Ibamos comentando las incidencias de la visita, cuando en una encrucijada de carreteras se nos cruzó un camión, indebidamente, a gran velocidad. Mi mayor asombro fué ver al eminente y circunspecto Crafoord sacar su cabeza por la ventanilla e insultar al conductor del camión con los más agresivos tacos del idioma sueco, cuya traducción puede equipararse a los más rotundos españoles. Al verle así le dije: «Hombre, Crafoord, yo creía que los suecos no se alteraban por nada». Entonces él me contestó, ya serenado: «Y no se alteran. Pero es que yo tengo unas cuantas gotas de sangre escocesa».

LA CARTA DE GUERIN

Entre los dos mil y pico congresistas que se han reunido en Madrid para la Conferencia, los hay de todos los tipos. Destaca la sencilla pretensión de Kjeld Torning, que presenta con Crafoord la segunda ponencia, titulada «Indicaciones y elección de las intervenciones quirúrgicas en los tuberculosos pulmonares tratados con los antibióticos y la quimioterapia». El danés Torning le ha rogado al profesor Crespo Alvarez que le hospedase en un hotel modesto de tipo español.

—No sólo he venido como médico a sacar provecho de la Conferencia —me dice—, sino que también quiero tener, como turista, la oportunidad de conocer su famosa ciudad y sus colecciones artísticas.

A todos los congresistas les ha sido solicitada un autobiografía. Los más han entregado una lista de sus trabajos realizados.

El profesor Domagk, descubridor de las sulfamidias



Waksman, el descubridor de la estreptocina, y su esposa a su llegada a Barcelona.

Mas entre la profusión de cartas hay una concisa y breve. Es la del doctor Guerin. Dice así:

«Con gran pesar mío no podré asistir a la XIII Conferencia de la Unión Internacional, en razón a mi edad (tengo ochenta y dos años) y de mi salud. Por lo que respecta a mi carrera médica, es bien sencilla. Ingresé el 10 de mayo de 1897 en el Instituto Pasteur y en él mismo estoy después de cincuenta y siete años.

He vivido al lado de Alberto Calmette hasta su fallecimiento, en 1933, durante treinta y seis años. Nos ocupamos exclusivamente de la tuberculosis y llegamos a la obtención de la vacuna B. C. G., actualmente utilizada en todo el mundo.» Y nada más. ¡Y nada menos!

El B. C. G., llamado así en honor de sus inventores Calmette y Guerin, es la vacuna con que se inmuniza en todo el mundo a millones y millones de seres. Estos dos investigadores tardaron en prepararla trece años, después de haber pasado trescientas veinte veces el bacilo de Koch, de tipo bovino, por un cultivo de patata glicerina a la que se añade bilis de buey. En Europa, después de la segunda guerra mundial se vacunaron cincuenta millones de



personas. En el Japón, entre 1945 y 1948, se han vacunado 31 millones de individuos. No hubo ninguna complicación desagradable, y fundamentalmente por esta causa la mortalidad por tuberculosis se ha reducido en el país asiático de 280 a 181 por 100.000 habitantes.

LA VACUNA ES NECESARIA

En España comenzó a vacunarse con el B. C. G. en el año 1928, pero hasta veinte años después no adquiere incremento, cuando los doctores Pérez Pardo y Navarro Gutiérrez son enviados por la Dirección General de Sanidad al I Congreso Internacional del B. C. G. en París. En 1953 se crea el Servicio Nacional de Vacunación B. C. G. en nuestra Patria, que está compuesto de un Laboratorio de producción de la vacuna, de un Dispensario permanente y de los Equipos Móviles motorizados, que recorren todos los pueblos, vacunando a aquellas personas que lo precisen.

Una de las pruebas más concluyentes y curiosas que demuestran la eficacia del B. C. G., es la realizada por Aronson y Palmer entre los indios de cuatro «zonas reservadas» de América del Norte. Se sabe que los indios presentan una tasa elevada de mortalidad tuberculosa. En Arizona, Dakota, Wyoming y Alaska fué organizada la vacunación de 1.550 individuos, comprendidos entre la edad de uno a veinte años, mientras 1.456 sólo recibían una inyección de solución salina fisiológica. Por este procedimiento, incluso los mismos interesados ignoraban si habían sido vacunados, ya que la inyección de solución salina no puede ser distinguida de la vacuna, y fué practicada igualmente en el mismo sitio. Los dos grupos presentaban caracteres semejantes: las diferentes edades eran similares y los sujetos de los dos grupos soportaban la misma exposición al contagio tuberculoso. Por último, la vigilancia médica de que fueron objeto después de la prueba, era también exactamente idéntica. Las pruebas se hicieron entre los años 1935 y 1938, y luego, durante muchos años se les sometió a periódicos reconocimientos. En 1945, la serie de films de cada individuo fueron examinadas por un radiólogo que hasta entonces no había colaborado en ninguna de las actividades del estudio y, por tanto, ignoraba el resultado de la prueba tuberculínica o del examen clínico, y no conocía tampoco si un film determinado pertenecía a un sujeto vacunado o testigo. Es decir, se habían tomado cuidadosamente todas las precauciones posibles para dar a la estadística un valor de imparcialidad. Los resultados fueron: para la morbilidad, en los testigos, 48 casos de tuberculosis; en los vacunados, sólo nueve. En cuanto a la mortalidad tuberculosa, en los testigos, 28 defunciones; en los vacunados, sólo cuatro muertes.

En la encuesta realizada por el Instituto de la Opinión Pública que vengo citando, el 68 por 100 de los tisiólogos afirman que es necesario vacunar a todas las personas tuberculino-negativas, y un 23 por 100 a los que están en contacto con los enfermos.

UN DETECTIVE DE LA TISIS

Todo relato donde hay muchas muertes suele iniciarse con la presentación de un detective y culminar en el patio de ejecuciones con el verdugo, si la culpa lo merece. En la tuberculosis, aunque la mortalidad está descendiendo vertiginosamente, sigue habiendo muertes, y por lo tanto, delincuente, detective y verdugo. Pero, yo he empezado por el final, por la ejecución y el verdugo. Me estoy refiriendo a Waskman, verdugo implacable del bacilo de Koch.

Para dejar la historia completa debo presentar también al detective. Se llama doctor Abréu, es el presidente saliente de la U. I. C. T. y acaba de aterrizar en Barajas procedente de Río de Janeiro, su patria chica.

No se trata de un detective al estilo clásico, como Sherlock Holmes. Es tan inquieto y tan cerebral como él, pero ha inventado y organizado una persecución del bacilo de Koch (léase sus lesiones pulmonares) dignas del F. B. I. A Roentgen, inventor de los Rayos X, se le puede comparar con el personaje de Conan Doyle; pero a Abréu, nunca. Su campo de acción es infinitamente mayor. Su invento, que consiste en el fotoseridador, ahorra tiempo, espacio y dinero. Tiempo, porque permite hacer en una jornada de 1.500 fotorradiografías; espacio, porque las reduce al tamaño deseable, y dinero, porque cada una cuesta baratísima.

—¿Cuándo inició sus trabajos sobre la fotorradioscopia?

—En 1918. Los concluí en 1935.

—¿Y después?

—Se está aplicando cada vez más intensamente. En Brasil se reconocen por este procedimiento cada año un millón de personas. En el mundo entero, de 20 a 25 millones.

—¿Se debiera reconocer a todo el mundo?

—Se debiera, colocar fotoseridadores en lugares estratégicos. Uno sólo basta para núcleos de 100.000 a 300.000 habitantes. Los hallazgos también dependen del sector de población que se examine y su nivel de vida. Como es lógico, se descubren más casos entre las personas que conviven o tratan a enfermos y entre los que viven en condiciones infrahumanas.

—¿Cómo debe actuar un tisiólogo frente a la peste blanca?

—Le diré cómo actuó yo. Miraré la vida con escepticismo y poesía, será pura (perdón: Abréu es poeta, filósofo, físico); pero, en materia de tuberculosis, soy un entusiasta y un apasionado. Siento con todo mi corazón su hondo signo trágico. Mientras que haya un solo tísico que curar hay que salvarlo con la misma urgencia y coraje que se salvan las víctimas de un naufragio o de un incendio.

—Usted habrá recibido muchas manifestaciones de reconocimiento.

—Sí; pero la que me llegó al alma y me confirmé en la idea que mi trabajo merecía la pena, fué cuando, en una visita a un centro antituberculoso de Montevideo, una enfermera joven y linda se adelantó hasta mí y me dijo: «¡Le debo la vida, doctor! Su aparato descubrió a tiempo mi lesión y gracias a eso pude curarme.»

Abréu, brasileño, es la antítesis de Waskman. Abréu es un producto del viejo y supercivilizado Occidente. Un espíritu selecto, cordial y sensible. No es médico solamente: es un notable matemático, poeta, historiador, físico, filósofo. En el Renacimiento hubiese discutido con Erasmo o Vives. Waskman, en cambio, es un resultado de la planicie ucraniana, de la que salió para América hace mucho tiempo. Waskman es un hombre de la tierra, un artesano sublimizado por la ciencia y la potencia industrial norteamericana, en donde ha encontrado un hogar y medios para realizar todo lo que existía de latente y privilegiado en su redondo cerebro de investigador.

DOS MILLONES DE PESETAS EN LA CARRERA

No consiguiendo librar a las personas de la infección y de la enfermedad tuberculosa, lo primordial, lo más urgente, es diagnosticarlas y curarlas en los primeros tiempos, puesto que en ese periodo inicial las modernas drogas son casi absolutamente eficaces y milagrosas.

Hasta el descubrimiento de los rayos X por Roentgen, en 1895, la tisis sólo se diagnosticaba en su estadio más avanzado. Con el desarrollo de los rayos X, y última mente con la técnica de la fotorradioscopia, inventado por el brasileño profesor Abréu se puede reconocer y diagnosticar a millares de personas en una sola jornada de intenso trabajo. Muchos tisiólogos han podido comprobar que con las modernas medicinas se curan perfectamente, sin dejar huellas, las formas incipientes, en un espacio de tiempo que oscila desde un mes a un año. De aquí se desprende el considerable valor de los fotoseridadores. En España, el Patronato Antituberculoso cuenta ya con ocho de estos equipos y está construyendo otros doce. La más beneficiada de las provincias españolas en este sentido es Guipúzcoa, que merced a los esfuerzos del doctor Salvador Bravo y a la colaboración del señor Aguirre dispone de dos magníficos autocamiones, que recorren la provincia vasca, descubriendo los casos inadvertidos de tuberculosis. Uno de estos fotoseridadores ambulantes, que costó dos millones de pesetas, acaba de donarlo el industrial guipuzcoano don José María Aristrain Noarin con motivo de la Fiesta de la Flor. Su aparato de microrradiografía obtiene en una jornada de mil a mil doscientas y hasta mil quinientas fotorradiografías seriadas de 70x70 milímetros, cuyo coste es de 2,50 pesetas cada una, mientras que el de las radiografías normales viene a ser de cincuenta o más pesetas.

SE CATALOGARAN LOS PULMONES DE TODOS LOS ESPAÑOLES

La Lucha Antituberculosa española está dispuesta a conseguir que en España haya cada vez menos tuberculosos. Y para que así suceda cada día hay una nueva disposición, un nuevo sanatorio o un nuevo método puesto en práctica por la Lucha Antituberculosa con destino a este fin. Los resultados obtenidos hasta ahora lo confirman.

El director general de Sanidad, profesor Palanca, nos habla del pasado, del presente y del futuro. Y sus palabras son una verdadera esperanza, real en casi su totalidad, hacia la curación de los enfermos por tuberculosis en España.

—Hemos conseguido una baja enorme de la mortalidad—nos responde el doctor Palanca. Y añade—y también una mejoría general en los enfermos, para los que ya hay 26.000 camas. Justamente el día 30 se inaugura el sanatorio de Béjar, y dentro de unos días el de Logroño. También tenemos grandes esperanzas para el porvenir.

—¿Sólo esperanzas?

—Las esperanzas deben cumplirse. Nosotros catalogaremos, mediante los fotoseriadores los pulmones de todos los españoles en dos épocas importantes de su vida: en la edad escolar y al incorporarse a filas.

—¿Para qué, señor director?

—Para enviar al sanatorio a los enfermos que se descubran. A los que sean curables, para que se curen, y a los bacilíferos para que no contagien a nadie.

—La tuberculosis se cura, sí; pero al sanar a los enfermos deja a muchos inválidos. ¿Qué se va a hacer con ellos?

—Reeducarlos, rehabilitarlos. Precisamente se va a inaugurar un sanatorio que se dedica exclusivamente a esto. En los demás se están creando servicios de recuperación laboral de acuerdo con las características regionales.

—¿Y en cuanto a la vacunación B. C. G.?

—Existen tres tendencias en Europa: vacunar a todo el mundo, no vacunar a nadie y vacunar a quien lo solicite. España sigue este último criterio. Ahora esperamos la opinión de los tisiólogos reunidos en Madrid.

—En fin, profesor, ¿usted cree que se acabará con la tuberculosis?

—Como azote social, sí. Como enfermedad, no. Pero con lo primero ya hay bastante.

UN RECONOCIMIENTO CADA SEIS MESES

Por última vez queremos insistir en el diagnóstico precoz de la tuberculosis y la necesidad de acudir al tisiólogo o al dispensario. En la encuesta del Instituto de la Opinión Pública, el 59 por 100 de los consultados informan que los pacientes acuden al manifestarse los primeros síntomas, los cuales, según la mayoría de los médicos, son la tos, el cansancio y la fatiga y la fiebre, y en menor proporción la hemoptisis, la expectoración y los sudores nocturnos. Para 34 tisiólogos de cada 100, el enfermo, desgraciadamente, sólo acude en un estado avanzado de la tuberculosis, casi en un período en el que ya no se puede hacer nada ni humana ni científicamente. Para evitar esto y permitir que absolutamente todos los tuberculosos puedan curarse, el 71 por 100 de los especialistas están de acuerdo en que enfermos y sanos deben acudir al reconocimiento médico cada seis meses.

Si es importante la labor del sanitario y del médico en la lucha antituberculosa, no lo es menos la aportación de las indus-

trias químico-farmacéuticas y de material sanitario, puesto que sin su concurso los doctores no podrían obtener notables resultados prácticos de su arte y de su ciencia. No olvidemos nunca que si la Medicina ha hecho tan extraordinarios progresos en los últimos años esto se debe en gran parte al apoyo de las grandes industrias de fama internacional, que tienen capital suficiente no sólo para subvencionar costosas investigaciones, sino para imponer con su potencia económica y su propaganda productos o drogas que no sólo acepta el público ingenuo, sino también los médicos, mientras que no las consagre o rechace la realidad de la práctica diaria en la consulta o a la cabecera del enfermo. A este respecto conviene poner en guardia a todo el mundo contra la aparición de nuevas drogas, pues si en la fabricación y venta de muchas no hay malicia, en otras sí puede haberla, como prueba el caso de Rodolfo Glos y de su preparado antituberculoso «T.35». A Glos le condenó la sala de lo criminal de la Audiencia Provincial de Stuttgart a cuatro años de cárcel, seis semanas de prisión y cinco años de inhabilitación, después de un dictamen médico en el que se comprobó la absoluta ineficacia de su remedio.

MAS DE CIEN LABORATORIOS ESPAÑOLES PRODUCEN DROGAS CONTRA LA TUBERCULOSIS

En la Exposición aneja a la XIII Conferencia de la Unión Internacional contra la Tuberculosis, se puede comprobar la decisiva aportación de nuestra industria químico-farmacéutica y de material sanitario a la lucha antituberculosa. En España hay más de cien laboratorios que producen drogas específicas contra la tuberculosis o contra alguno de sus síntomas o que se utilizan como coadyuvantes en el tratamiento general de esta enfermedad. En lo que se refiere a antibióticos, se envasan alrededor de veinte nombres comerciales de la estreptomina y de la viomicina. Aquí llegamos a un hecho fundamental que debe destacarse: la inauguración hoy mismo en Aranjuez de la primera fábrica de estreptomina, que, utilizando las patentes originales de Waskman liberará a España del mercado exterior. De hidrácidas se producen más de cincuenta marcas, y de P. A. S. treinta y tantas. Entre otros productos específicos que se elabo-

ran en España y que figuran en la Exposición, destacan las tiocemicarbazonas (Tb. 1), los compuestos de oro, las sulfonas y las tuberculinas, que se emplean en la terapéutica, pero mucho más en el diagnóstico y como técnica previa antes de vacunar con el B. C. G. Entre los medicamentos sintomáticos y coadyuvantes figuran antitusígenos, antihemorrágicos, balsámicos, vitaminas, tónicos y los populares compuestos de calcio que, aunque muy arrinconados por las modernas drogas, casi todo el mundo sigue teniendo gran fe en ellos.

Por lo que concierne a material sanitario, destacan los más modernos aparatos de diagnóstico y de investigación de la fisiopatología del tórax. Y podemos afirmar con orgullo, puesto que todos pueden comprobarlo, que junto a los «made» extranjeros hay excelentes aparatos españoles.

LAS REPERCUSIONES DE LA XIII CONFERENCIA

Integran el conjunto de los congresistas españoles el 89 por 100 de los tisiólogos de nuestra Patria. A través del Instituto de la Opinión Pública han contestado sobre los resultados que se esperan obtener de esta Conferencia.

—¿Qué repercusiones tendrá la Conferencia?

—Sanitarias (contesta, el 82 por 100); científicas (responde, el 80); sociales (dice, el 37), y técnicas (replica, el 70 por 100).

Que la suma de porcentajes sea superior a cien, se debe a que muchos dan varias respuestas.

—¿Qué repercusión tendrá la Conferencia en el tratamiento de la enfermedad?

—Ante todo se fijarán criterios, se determinará la administración rigurosa de los fármacos, la divulgación de los métodos quirúrgicos, de la profilaxis, se concretará el aumento de dispensarios y la disminución de sanatorios y se acordará el intercambio internacional de conocimientos.

Después, en el ánimo de todos, está la convicción de que esta Conferencia es un paso más, firme y seguro, para la obtención del triunfo final. Un triunfo que bajo la forma técnica que sea inundará al mundo de una maravillosa y nueva alegría.

Doctor OCTAVIO APARICIO



Una de las autocamiones de la lucha antituberculosa en Guipúzcoa

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JOSE CASTAN TOBENAS

Excelentísimo señor: Otro excelentísimo señor, que es el conde de Motrico, don José María Areilza me ha pedido a la postre de una sobremesa que le auscultemos por medio del Instituto de la Opinión Pública cuánto se ha transformado la mujer española durante esta época de las magnas metamorfosis de España. Nuestro nuevo Embajador en los Estados Unidos, abogado e ingeniero como es, no sólo barruntaba que había de incrustarse a la mujer dentro de una estructura jurídica modificada, sino que la mujer en sí era algo fabulosamente desconocido, pero actuante, que estaba trasmutado el perfil español, tanto como el complejo siderúrgico de Avilés, el plan Badajoz o las fábricas de antibióticos. La industrialización necesaria, o sea el par de palabras de orden en forma de consigna requerida y ya puesta en marcha delante del amigo de Areilza, don Antonio Robert, inventor del slogan, ha traído como consecuencia o ha supuesto como premisa previa la manumisión femenina, aunque no es, sin embargo, el triunfo unilateral y totalitario del feminismo. Sino más bien la manumisión tantomonstana: tanto monta, monta tanto la mujer cual el hombre españoles.

El conde de Motrico se va pronto para incorporarse a su cargo de Norteamérica, país donde las mujeres influyen sobremanera, pero, tal vez, un poco menos que el psicoanálisis, pues hasta la pimpante Ava Gardner se somete a ser, de vez en cuando, psicoanalizada. Claro está, aun pareciendo más veraz lo contrario, que el influjo femenino se ejerce en el período activo en que toda dama es un poco «pin-up», sino en la etapa de su declive físico, cuando hasta las más bonitas señoras son un poco como la viuda del Presidente Roosevelt. Don José María Areilza comprobará la diferencia que hay entre la América de doña Eva Duarte (que en paz descanse) y la América de doña Eleanor y en los clubs potentísimos de mujeres que se deslizan mayestáticamente por la pendiente suave o histérica del climaterio.

Junto al Gardone se han reunido trescientas doctoras en Medicina del universo para ocuparse de esa crisis espiritual y biológica, esa abdicación impuesta por la naturaleza, aunque mitigada por las compensaciones de otro poderío que disfrutan a partir de tal momento las norteamericanas. No es una paradoja que en la proximidad de la morada postrera de D'Annunzio se haya convocado este Congreso de médicos con faldas; porque el Príncipe de Monténvivo dedicó toda su vida a la exaltación de la mujer seduciéndola sin asesinarla. D'Annunzio fue en cierto modo un precursor del fascismo, mientras que en la Italia democrática cristiana las muchachas andan sueltas como demonios o aparecen sus cadáveres en las playas para remordimiento del cine neorrealista. La esposa del señor Luce, es decir, la embajadora de los Estados Unidos en Italia, no informará al Departamento de Estado que Italia está tan perdida como la Francia de Mendes-France para la defensa occidental, porque es la nación de Wilma Montesi en torno de cuyo cuerpo ahogado los indicios colocan al hijo de un ex ministro de Asuntos Exteriores, a un ex director general de Seguridad, a un ex marqués y al nieto de un ex Rey. La Italia de la democracia cristiana no ha perdido el honor por entero, como lo demuestra el premio discernido recientemente en el concurso para elegir a la mujer ideal italiana. La torinesa Blanca María Bertolin, seleccionada por el Jurado, sobresalió en la natación, en la guía del automóvil, en la pesca submarina y en la

belleza; pero también en la pintura de la porcelana y en el dominio de la cocina.

Incumbe a los embajadores la observación de los países donde su misión está acreditada, ya que no existe detalle pequeño del que no puedan deducirse mayúsculas conclusiones. Y así la señora Luce habrá podido sentirse más optimista respecto al porvenir de Italia, que deberá oponer una fortificación de los valores morales al desencadenamiento de cualquier ofensiva soviética. Los rusos han cultivado el tipo de la mujer campeona, de la mujer capaz de vencer en una olimpiada; pero en el último congreso sobre la población, los delegados del lado de acá del telón de acero se sorprendieron ante la postura extremista de la delegación de la U. R. S. S., que era intransigente contra toda limitación o escamoteo de la natalidad. Campeonas y madres, las mujeres rusas se convierten en unas mujeres temibles, a las que hay que resistir mediante otras mujeres que hayan dicho que sí a la vida, pero que no olviden que está presente Dios en todas partes, según nos lo enseña el catecismo de nuestra doctrina cristiana. Dios está en el binomio de Newton y entre los pucheros, si le hacemos caso, que sí se lo hacemos, a Santa Teresa.

El discípulo más directo de Freud ha situado en el umbral de su clínica de Munich la divisa: «Sag ja zu leben». Di sí a la vida, como una síntesis de nuestra entrega a la fascinación del cosmos. He leído muchas memorias de las muchachas españolas que aspiran a ingresar en la Escuela de Periodismo, encontrando este denominador común de aceptación gozosa de la vida. A través de sus autobiografías se transparenta el gusto por la acción, que puede ser deporte, baile o trabajo. La mocita ya no es un ser pasivo y enclaustrado, que pudiera confundirse con el paisaje o con la arquitectura musulmana. La mocita se ha motorizado y trisca por la sierra o da vueltas en el «ballet» o en la danza folklórica. Esto es, que inventa el paisaje y que ofrece a los arquitectos los elementos, las formas que vuelan para una novísima arquitectura. El traje femenino ha salido de casa y se vuela por los caminos, sobre todo durante el verano, en que la mujer anda de acá para allá, aunque siempre más en plan de hormiga que de cigarra.

Ahora viene, señor don José Castán Tobenas, mi alegato en favor de las más modernas mujeres españolas, que no son «fémimas locas y andariegas», como tampoco lo era Santa Teresa de Jesús, a pesar de que la definiera así una altísima autoridad. El reformador del psicoanálisis, Alfredo Yung, ha escrito encima del dintel de su hogar en un pueblecito suizo esta frase latina: «Vocatus, atque non vocatus, Deus aderit». O sea, mi hallazgo—no insolito, sino normal—en las memorias de cuantas solicitan el ingreso en la Escuela de Periodismo. Invocado, o no llamado, Dios está allí presente, junto a las muchachas que se han hecho maestras y enfermeras, casi monjas, por amor al prójimo y que asisten y educan a la infancia como una premonición de los cuidados y los mimos que han de servir a su propia familia. Una espiritualidad católica más poderosa, más profunda, surge de cada autobiografía femenina, como un pozo artesiano. España es una Patria mariana, y cuando sea consagrada al Sagrado Corazón de María en el mes de octubre, la mujer española emancipada de los peligros que acosaron a Wilma Montesi, se ha puesto en la primera línea de fuego y con cien probabilidades de ganar frente a la mujer rusa. Y después llegarán los juristas para articular las leyes.

TODOS LOS MESES SE PUBLICA "POESIA ESPAÑOLA"
UNA GRAN REVISTA LITERARIA POR DIEZ PESETAS

ATEISMO Y ECONOMIA POLITICA

A PARTE de la revelación, los teólogos distinguen tres caminos distintos para alcanzar una idea de Dios: el sociológico, el racional y el místico. Existe el Dios concebido por el grupo social o por la tradición de un determinado país; el Dios de la razón y la filosofía que es la última respuesta a los problemas relativos al mundo, al hombre y a la eternidad, y el Dios de diálogo interior, de la oración, de la experiencia mística. del anhelo hacia la eternidad que habita en el alma de cada uno de nosotros. El Dios entendido por el grupo social, escribe Jean Lacroix, en su ensayo sobre «Sens de l'athéisme actuel», es siempre el de concepción más grosera, más elemental, menos profunda y por lo mismo, más susceptible a las desconfianzas y malentendidos. Nosotros creemos que en este momento de máxima preocupación religiosa en las minorías de España y aún del mundo, se está realizando—pensamos en esos artículos extremistas de la «autocrítica» religiosa, en esas obras de agresiva espiritualidad—una revisión de la idea de Dios, del Dios «más elemental y menos profundo», concebido por la sociedad que nos precedió.

En numerosas revistas juveniles españolas se manifiesta, dentro de un lenguaje inconformista, ese nuevo lenguaje de los seglares apasionados por problemas religiosos, como una oposición entre el Dios que reclama la propia conciencia y que conocemos por la revelación, y la idea de Dios estructurada por la sociedad y por la ordenación jurídica y económica que esa sociedad se ha dado a sí misma. Siempre en la historia la creencia en Dios ha sido considerada como la piedra clave para la convivencia social. Negar a Dios, en todas las sociedades, y principalmente, en las sociedades no cristianas, se consideró como una sublevación contra la totalidad, una actitud disolvente y peligrosa. La afirmación de Dios ha sido con frecuencia un medio, a veces injusto, de reclamar a los súbditos obediencia y sumisión. No solamente entre

nosotros, los católicos, sino también en las demás religiones, el poder se concibe como un don de Dios. El poder público y el gran capitalismo liberal utilizaron muchas veces la idea de Dios, de nuestro Dios verdadero, como si se tratase de un Dios pagano. Entonces todos aquellos que quisieron levantar contra una sociedad, un Estado o una organización capitalista, sentían la necesidad primera de librarse, por así decirlo, de la idea de ese Dios socialmente mal utilizado y concebido. Sólo así se entienden las palabras de Proudhon: «Quien me habla de Dios, o quiere mi bolsa o mi vida». Proudhon en sus «consideraciones económicas» dedica un capítulo central a Dios, al que ve en su dimensión material y social, aparte de su contenido teológico y metafísico. «El problema de Dios se ha democratizado—dice Proudhon—, en el sentido de que no importa su estudio a la ciencia de las ideas, la aristocracia metafísica, sino a la ciencia de las necesidades humanas, la democrática economía política.»

Debido a la falsa identidad de la idea de Dios con determinadas situaciones históricas y sociales, los oprimidos, los proletarios de muchos países entienden la negación de Dios, el ateísmo, tal como ocurría en Cataluña en el siglo pasado, en los denominados «ateneos» y sociedades obreras, como una cuestión previa para sus reivindicaciones humanas. El mismo pensamiento que inspiraba a muchos ateneos y sociedades obreristas de nuestros país que comenzaron militando bajo el mito del federalismo republicano, parece actualmente influir en algunos católicos, principalmente entre los jóvenes. Sólo así se explica con lenguaje de psicología Adleriana lo que podríamos denominar «fenómenos de compensación»; o sea, esa demagogia obrerista que constituye como un anhelo de hacerse perdonar el propio cristianismo por aquellos que erróneamente ven en Dios una dificultad para sus reivindicaciones económicas.

El ateísmo moderno ha sido

definido como ateísmo existencial. Para nosotros, su característica es que va ligado íntimamente a los problemas de la economía y de la política. La metafísica parece que resta en un segundo plano o bien incluso, da la sensación de haber renunciado a todo combate racional—el existencialismo es otra cosa—contra la idea y la existencia de Dios. Así, hoy día, para el grosero materialismo dialectico, «la crítica del cielo se transforma en crítica de la tierra y la crítica de la religión en la crítica del derecho».

Ante la predicación del padre Lombardi, S. J., en Barcelona, cuyo éxito de público tantas esperanzas suscita entre nosotros, hemos pensado en esas cosas y principalmente en aquella frase de Proudhon, arriba citada, del Dios democratizado por la economía política. Pero el padre Lombardi no predica al Dios del deísmo y más vulgarmente expresado al Dios de la clase dirigente, el Dios del espiritualismo y del idealismo apadrosados por la burguesía, sino al Dios del Evangelio, al Dios cristiano. Su predicación tiene una parte negativa en cuanto parece hundir todos los falsos dioses concebidos por la sociedad, falsos dioses llenos de compromisos con el poder del dinero y la rutina, para luego levantar una nueva y más auténtica concepción social de Dios. Sus conferencias en público, habitualmente no entran en la mística, ni acaso tampoco de una manera sistemática, en la filosofía, pero preocupan y entusiasman esas conferencias ni místicas ni sociológicas. Y es que el padre Lombardi, S. J., al que desde aquí agradecemos su participación en los coloquios de la Escuela Oficial de Periodismo y sus atenciones para Radio Nacional de España en Barcelona, sin caer en una demagogia de complejo de inferioridad ante el comunismo, sabe dialogar con el ateísmo precisamente en el plano en que se produce el ateísmo contemporáneo: en el plano de las más inmediatas realidades concretas y materiales.

Claudio COLOMER MARQUES

MAÑANA SERA OTRO DIA

A. D. José Camón Aznar
Acaba de publicarse un libro que los entendidos, según he oído decir, califican de magistral y revolucionario, y que los no entendidos hemos de reconocer, por lo menos, monumental. Se trata de «Las artes y los pueblos de la España primitiva», de Camón Aznar, que tiene casi un millar de grandes páginas y casi un millar de grabados, que está editado espléndidamente y que cuesta seiscientos pesetas.

Hojeando antes de acostarme este libro—un libro así invita a

hojearlo largamente antes de sumergirse en la caudalosa lectura, y, por otra parte, no hay tiempo aun de haberlo leído con el detenimiento que pide—y mirando los «santos», he percibido que me iba alegrando insensiblemente como al beber un suave vino o al escuchar la sinfonía de una orquesta no muy próxima ni muy lejana. Después, casi dormido ya, creo que he caído en la cuenta del porqué de mi alegría. Y de esto voy a hablar al lector.

La emoción de mirar los grabados de pinturas rupestres, pá-

gina tras página, se parece muy poco—mejor dicho: es algo así como todo lo contrario—a la emoción de mirar, cuadro por cuadro o estatua por estatua, las obras acumuladas en un museo de obras maestras, clásicas. En el museo (insisto: un museo clásico académico, histórico, modélico) uno ha de pararse un buen espacio de tiempo, reposadamente, delante de las obras, entre cerrar los ojos, contemplar de lejos un poco, mirar otro poco de cerca, abstraerse de las personas de alrededor y de las atenciones

DEL COLMO DEL PRETERITO AL COLMO DEL PRESENTE

que uno lleva a cuestras, olvidarse voluntariamente (¿no ha hecho usted todo esto delante de las Meninas o delante del Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros o delante de los Fusilamientos de la Moncloa?), para sacar a la obra su tono y su expresión, para disfrutarla, para entender y recibir—siento mucho emplear, aunque sólo sea por una vez, esa palabra estropeada por tantos—su «mensaje». Esto, el que tengamos que pararnos tanto delante de una pieza artística, proviene de que la pieza misma está «parada». A veces, semejante parada, paradura o quietud son claras, como en el retrato de un cardenal, de Rafael o en la familia de Carlos IV, y generalmente en los retratos y autorretratos, y en las Venus, y en todo el arte llamado—ahora uso la palabra en un sentido más restricto—«clásico». Pero otras veces, el «estar parado» de la obra resulta menos claro, pero evidente también. Me refiero, por ejemplo, a las obras «barrocas» — definidas, por contraposición con las «clásicas» como «arte del movimiento», las cuales, sin embargo, el espectador las contempla también parándose y ejecutando todas las maniobras de detención que antes enumeré. Lo mismo en la Ascensión, del Gresco, que en la Santa Teresa, de Bernini, los ángeles, aunque estén en actitud de moverse, se han parado un momento ante el artista, y esto es percep-

tible, igual que se paraba unos segundos ante el fotógrafo del daguerrotipo, la señorita en actitud de avanzar el pie alzándose la falda para saltar un arroyo entre juncos y rosas. El discóbolo de Mirón o la Victoria de Samotracia están «cogidos» también en el instante justo en que su movimiento se interrumpe, haciendo visible el movimiento mismo. Igual pasa con cualquier jinete de Velázquez.

Pues bien; con el arte rupestre pasa lo contrario. El bisonte, la cabra o la gacela se mueven, saltan, huyen, siguen disparados delante del artista. Camón lo dice muy bien (aunque lo interpreta de un modo que no me convence): «Estas figuras... palpitan, husmean, braman, botan empavorecidas, se repliegan expectantes». Contemplarlo en las figuras de nuestros antiquísimos padres de las cavernas produce una emoción penetrante y rapidísima; el solo vistazo nos lo dice todo; la detenida contemplación añade poco o nada.

Y entonces...

Entonces me doy cuenta de que la misma diferencia entre la parada clásica y la fugitividad prehistórica es la diferencia entre toda la historia desde Pericles a Einstein y la historia que está naciendo ahora. Porque después de veintitantos siglos de valorizar la parada, la detención, el reposo, la sofrosine tradicional y la

vieja sabiduría, comienza una infancia nueva con su arrobado entusiasmo por el movimiento. Pues si comparáis una revista para niños de hace treinta años o una fotografía o un grabado de hace treinta años no más, con sus correlativos de hoy día, veréis lo mismo. La señorita está parada delante del arroyuelo que ella finge saltar, el niño bueno está parado delante de su libro de estudio y la niña con su diávolo en el aire, la familia está parada delante del fotógrafo. En cambio, hoy, el superhombre volador va soltando tras de sí rayas de velocidad, el fotógrafo ha captado al campeón de carreras de automóviles con súbita estela de moléculas, y el avión supersónico, estallando de expresión, tiene toda la emoción, para el espectador de hoy, que pudiera tener, para el espectador de Altamira, aquel bisonte aterrado en competencia con las flechas.

Esto amigos míos, es algo que, de de la prehistoria, no había vuelto a suceder. Los que, a fuerza de amar el futuro, buscamos siempre lo nuevo en el presente, sentimos la alegría que al principio dije, y bendicimos a Dios.

Sobre todo ello hay mucho que hablar todavía. Por lo menos una vez, y con permiso del director de EL ESPAÑOL, volveré sobre estas ideas que hoy quedan prendidas con alfileres.

Luis PONCE DE LEON

LAS CONTRADICCIONES DE FRANCIA

DURANTE mucho tiempo se hablará todavía del «desplante» de Foster Dulles, evitando el pasar por París con ocasión de su reciente viaje a Bonn y a Londres. Y es lógico que así sea, pues no puede pensarse en modo alguno que la omisión del secretario de Estado americano responda a una ligereza, o a una falta de tiempo o simplemente a un capricho pasajero. Un ministro de Asuntos Exteriores jamás da un paso semejante sin haber meditado antes sus consecuencias y sin haberlo consultado previamente con sus superiores; en este caso, con el Presidente Eisenhower. El «desplante» de Dulles tiene, pues, una significación muy concreta: advertir a Francia que los Estados Unidos están dispuestos a prescindir de ella si no se aviene a admitir la integración de Alemania, con plena igualdad de derechos, en el sistema defensivo occidental en Europa.

La igualdad de derechos es el caballo de batalla de Foster Dulles, y sobre este punto estuvo perfectamente de acuerdo con el canciller Adenauer durante su entrevista de Bonn. La limitación de estos derechos equivaldría a limitar igualmente la soberanía alemana y una soberanía limitada no es tal soberanía.

Mendes-France, por el contrario, pretende pasar por alto esta contradicción accediendo a conceder a Alemania la «soberanía plena», previa la limitación de sus armamentos y de sus contingentes militares.

Pero hay otra contradicción mucho más grave en este asunto. Al escuchar los argumentos del presidente del Consejo francés no se puede evitar la tentación de preguntar: Pero ¿de qué se trata aquí? ¿De limitar la capacidad defensiva del Occidente o de hacer frente a la amenaza de una agresión rusa? Mendes-France responde, con sus actos y con sus palabras, que se trata de lo primero. Y

henos aquí envueltos en una inquietante paradoja: si se impusiese el criterio de Francia, se obtendría la seguridad de que Alemania no estaría en condiciones de atacarle. Pero ¿qué amenaza se desea conjurar, la alemana o la rusa? Francia replica sin vacilar: La alemana. Los Estados Unidos y demás aliados contestan, también sin vacilar: La rusa. Y aquí es precisamente donde comienzan las divisiones. No se está de acuerdo en la identificación del enemigo en potencia. Todo lo demás se da por añadidura.

El último proyecto Mendes-France, de limitar los armamentos de las potencias integrantes de un sucedáneo de la C. E. D. es una monstruosidad. Se entiende que si la amenaza soviética es real, la única limitación que debe imponerse al rearme de Europa es la que indique su capacidad económica. Lo que se busca es disponer del mayor número de armas y de hombres posible para hacer frente a una eventual agresión. Limitar voluntariamente este potencial militar es limitar también la capacidad de resistir con éxito una acometida del enemigo. Quiere decirse, en consecuencia, que de prosperar la idea francesa, el Occidente sucumbiría a manos de Rusia rodeada con todas las garantías imaginables contra un ataque alemán. Por lo visto, Francia se consuela pensando que podría morir de úlcera de estómago, pero con el hígado en perfecto estado.

Se comprende que Foster Dulles no comparta estos descabellados puntos de vista y que esté dispuesto a seguir adelante con Alemania. Francia es sin duda muy importante. Pero Europa lo es mucho más, y por mucho que se empeñen los franceses Europa no comienza ni termina en París.

EL ESPAÑOL

A UN AÑO DE LA FIRMA DE LOS CONVENIOS HISPANONORTEAMERICANOS



EL IMPACTO DE 85 MILLONES DE DOLARES EN LA ECONOMÍA ESPAÑOLA

LOS TRES FRENTES BATIDOS POR

LA AYUDA AMERICANA: AGRICULTURA, ENERGÍA ELÉCTRICA Y TRANSPORTES

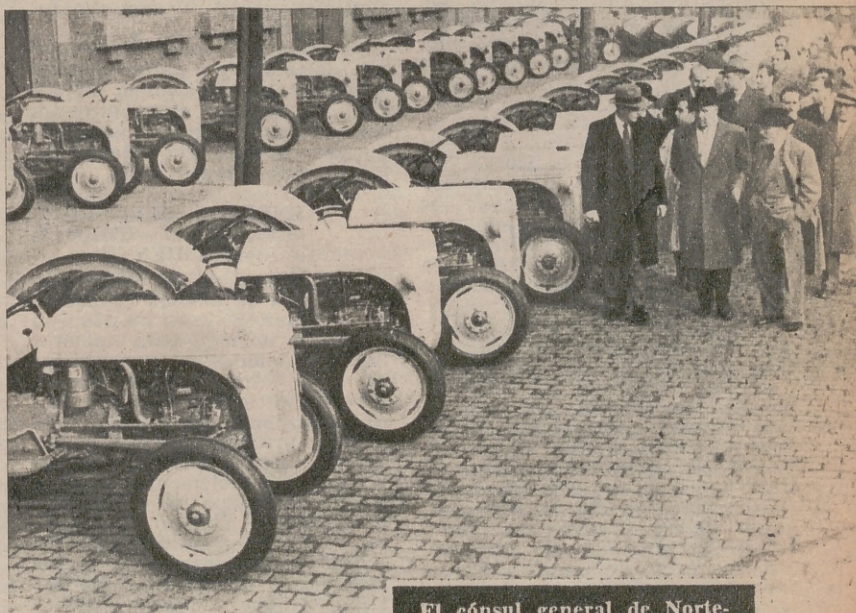
MAÑANA, 26 de septiembre, hace exactamente un año que se firmaron en el palacio de Santa Cruz, en Madrid, los Convenios entre España y los Estados Unidos, por los que éstos se comprometían a suministros, según los términos del programa de Seguridad Mutua, asistencia económica, militar y técnica, a cambio de la utilización conjunta por las fuerzas militares de las dos potencias signatarias de ciertas bases aéreas y navales.

En un número anterior de **EL ESPAÑOL** dimos cuenta a nuestros lectores de cuanto se había hecho en el transcurso de casi un año en el programa de construcción de bases, a través de una entrevista con Mr. Collins, representante en Madrid de las firmas contratistas principales Raymond-Brown-Walsh, encargadas de designar un subcontratista español para las obras a realizar.

Hoy vamos a ocuparnos de los trabajos emprendidos conjuntamente por la Comisión Interministerial de Cooperación económica española y por la Misión de Operaciones de los Estados Unidos en España. Estos trabajos se refieren concretamente a la inversión de los 85 millones de dólares que nos fueron asignados el año pasado por el capítulo de ayuda económica y técnica.

PRIORIDADES

Inmediatamente después de firmarse los históricos documen-



El cónsul general de Norteamérica en España revisa los tractores antes de embarcar para nuestro país

tos en el palacio de Santa Cruz se crearon las citadas Comisión Interministerial de Cooperación Económica española y la Misión de Operaciones de los Estados Unidos en España, esta última dirigida por Edward L. Williams. Ambos grupos celebraron una serie de reuniones previas para ver al forma en que podían ser distribuidos esos 85 millones de dólares, en atención a los sectores de la economía española más ne-

cesitados de ayuda y más susceptibles de incrementar con la mayor rapidez posible el nivel de vida de la población española. El objetivo, en consecuencia, era unificar los criterios estimativos para proceder conjuntamente a la inversión de los citados 85 millones de dólares. Y fué así como la

Comisión española y la Misión norteamericana llegaron a la conclusión de que merecían prioridad en nuestro frente económico: La agricultura, la energía eléctrica y el transporte, el carbón, el acero y el cemento; finalmente, la importación de materias primas y otros programas industriales, como máquinas-herramientas, y el intercambio de técnicos.

Por orden de cantidades asignadas, los 85 millones de dólares fueron distribuidos como sigue:

	Dólares
Materias primas vitales	31.300.000
Transportes	14.700.000
Energía eléctrica... ..	12.500.000
Agricultura y obras hidráulicas	10.500.000
Industria del acero... ..	8.000.000
Otras industrias... ..	3.400.000
Minería	2.000.000
Industrias de cemento	2.000.000
Ayuda técnica	600.000
Total	85.000.000

Para que el lector tenga una idea plástica de esta distribución y del desglose de las cantidades señaladas acompañamos al texto un gráfico sinóptico.

Veamos ahora el «impacto» de esos 85 millones de dólares en los capítulos de la economía española señalados como prioritarios.

AGRICULTURA Y OBRAS HIDRAULICAS: 50.000 HECTAREAS DE REGADIO AL AÑO

Para la agricultura propiamente dicha se destinaron 8.500.000 dólares a invertir en importación de maquinaria agrícola (tractores de diversos tipos, segadoras, máquinas para el acondicionamiento del suelo y puesta en cultivo de nuevos terrenos, etc.).

Más adelante, y en el capítulo «Otros programas industriales», se destinan cerca de 300.000 dólares a la fabricación de máquinas-herramientas especiales que permitirán, por ejemplo, que una fábrica produzca 1.000 tractores al año, que vendrán a aliviar la carga de nuestras importaciones en divisas.

De los 8.600.000 dólares citados en este renglón, casi la mitad, es decir, cuatro millones de dólares, se están empleando ya en la ejecución del plan de recuperación de terrenos para el cultivo que está llevando a cabo el Instituto Nacional de Colonización. El año pasado se convirtieron en tierras de regadío 36.000 hectáreas. Se espera elevar esa cifra a 50.000 hectáreas al año, y los aludidos cuatro millones de dólares vendrán a significar así un estimable refuerzo.

OBRAS HIDRAULICAS: AGUA PARA BADAJOZ Y JAEN

Inversión: dos millones de dólares. Con ellos se están comprando equipos pesados de construcción y movimiento de tierras a través del Ministerio de Obras Públicas. Esto se traduce en presas, pantanos y canales. Estos equipos se emplearán en la terminación de los proyectos de irrigación en Badajoz y Jaén.

TRANSPORTES: DOS CIENTOS VAGONES DE SESENTA TONELADAS

Es el capítulo más importante después de las materias primas. Los 14.700.000 dólares asignados se distribuyen así:

a) **Ferrocarriles.**—Once millones de dólares. Se destinan a restaurar y modernizar ramales importantes del sistema ferroviario español, especialmente la línea de Madrid a Cádiz, y a ayudar a la terminación de los enlaces ferroviarios de la capital de España. Se importarán además con esos once millones de dólares carriles y locomotoras Diesel, 200 vagones-plataforma con 60 toneladas de capacidad cada uno; se levantarán dos fábricas de picado de piedra para el balasto, indispensable para el tendido de vías, etc. Cada máquina Diesel ahorra dos máquinas y media de vapor, que serán utilizadas allí donde sea necesario.

b) **Carreteras.**—Tres millones de dólares, que se invertirán en la adquisición de maquinaria (excavadoras, tractores, camiones de volteo, etc.) y varias instalaciones para la trituración de piedra y grava. Estos equipos serán empleados en la ejecución de trabajos en las zonas más importantes del sistema español de carreteras.

c) **Aviación civil.**—Setecientos mil dólares. Una parte de estos fondos se invertirá en la instalación de equipos electrónicos de control desde tierra en los aeropuertos de Madrid, Barcelona, Palma y Sevilla.

ENERGIA ELECTRICA: «PROYECTO EMBOTELLAMIENTO»

Es ésta una de las claves fundamentales de nuestra economía. Se destinan a este capítulo 12.500.000 dólares para mejorar las instalaciones existentes y para crear otras nuevas. Reviste gran importancia el llamado «Proyecto embotellamiento». Consiste en procurar que las centrales de energía existentes no carezcan de los elementos esenciales ni del equipo suficiente para que trabajen a pleno rendimiento, y en proporcionar el material y los equipos para las nuevas centrales e instalaciones de distribución que se están construyendo. A este «Proyecto embotellamiento» se han destinado cinco millones de dólares. Para su ejecución se formó una Junta de prioridad de energía eléctrica, encargada de diagnosticar las necesidades más urgentes, integrándola represen antes del Gobierno español y de las Empresas públicas particulares, y recibiendo el asesoramiento de técnicos norteamericanos en la materia. Así y como resultado de las actividades de esta Junta, de los cin-

co millones de dólares destinados al «Proyecto embotellamiento» se asignaron más de 2.800.000 a la adquisición de transformadores, condensadores sincrónicos e instalaciones de distribución. Más de un millón de dólares se invertirá en el suministro de cables para líneas eléctricas y accesorios. Por otro lado, 450.000 dólares se gastarán en piezas de recambio para máquinas e instalaciones. Otro medio millón de dólares se empleará en la adquisición de materias primas básicas para la producción en España de material eléctrico con destino a obras hidráulicas.

Traducidos esos dólares en kilovatios, tendremos:

Un transformador de 60.000 kilovatios que se fabrica actualmente en España, y que nos permitirá enviar 200 millones de kilovatios hora del noroeste de España a Madrid y al este del país. (Equivalen al 20 por 100 del consumo total de energía en el este de España.)

Instalación de condensadores sincrónicos en Oviedo y en Gijón, aumentando la actual capacidad de la red de transmisión de esas zonas de forma que significara, por evitación de pérdidas, un ahorro de energía eléctrica por valor de 12 millones de pesetas.

Instalación en Sevilla de dos condensadores sincrónicos, que permitirán la conexión de las centrales en funcionamiento y en construcción con la red principal y la transmisión de energía eléctrica a Sevilla, Huelva, Badajoz, Cádiz y sus provincias respectivas.

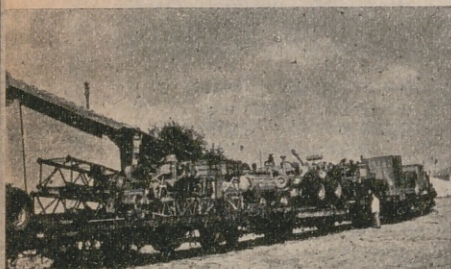
A centrales térmicas se destinan siete millones y medio de dólares. Con ellos se comenzarán a construir dos centrales, con una capacidad de 60.000 kilovatios cada una. Su emplazamiento será: Zaragoza y Bilbao. La primera funcionará con lignito, disponiéndose en la región de grandes yacimientos de este mineral, que no habrá que importar.

MINAS DE CARBON. UN AHORRO DE CUATROCIENTOS MILLONES EN DIVISAS

Nuestra producción actual es de unos 14 millones de toneladas. Nuestras necesidades son, aproximadamente, de unos 20 millones de toneladas. Este déficit hemos tenido que enjugarlo con la importación de carbones. Se trata ahora de modernizar el material y los procedimientos de extracción, mediante el empleo de maquinaria adecuada. A este fin se destinaron ya tres millones de dólares concedidos por el Banco de Importación y Exportación de los Estados Unidos, y van a destinarse ahora, merced a la ayuda económica americana, y para los mismos fines, dos millones de dólares, de los que se beneficiarán 15 empresas mireras diferentes. Para 1955, esas minas habrán incrementado su producción en 528.000 toneladas, y para 1956 en un millón de toneladas, que supondrá para el país un ahorro de unos 400 millones de pesetas en divisas.

ACERO: UNA MANO A LOS CONSERVEROS

Se destinan a esta industria básica cerca de ocho millones de



Materia americano para la construcción de la base aérea de Torrejón

dólares, distribuidos así: Cerca de cuatro millones a la adquisición de un moderno alto horno con instalaciones auxiliares, que duplicará la producción de acero en bruto de la fábrica de Avilés. Otros cuatro millones se destinarán a la importación de maquinaria para el laminado en frío, hornos de recalentamiento, redes de manipulación y material eléctrico en los altos hornos próximos a Bilbao. Se producirán así 104.000 toneladas de acero, de las cuales 60.000 serán de hojalata, que vendrán a aliviar la penuria que sufren de esta materia las fábricas de conservas de pescado y de frutas y hortalizas.

CEMENTO: MAS VIVIENDAS

Se le asignan más de dos millones de dólares, con destino a modernizar siete fábricas de cemento ya existentes con equipos nuevos y piezas de recambio, pudiendo aumentarse la producción anual de dichas siete fábricas en 500.000 toneladas por año (18 por 100 de la producción total española). De este considerable aumento en la producción de cemento se beneficiarán las presas y los pantanos de energía y regadío, las carreteras y la construcción de viviendas.

MUNICIONES: UNA FUENTE DE DIVISAS

Se asignan a este capítulo de la industrial nacional 2.400.000 dólares, con destino a ocho fábricas, que se invertirán en la adquisición de máquinas-herramientas. El aumento de producción de esas fábricas incrementará nuestra reserva de divisas, pues los Estados Unidos, por ejemplo, han hecho ya algunos pedidos de artículos militares por valor de varios millones de dólares.

OTROS PROGRAMAS INDUSTRIALES: TRESCIENTOS CAMIONES Y MIL TRACTORES

Asignación: 3.400.000 dólares, distribuidos así:

Un millón de dólares para la producción de armaduras de locomotoras y bastidores de camiones y tractores y máquinas-herramientas de precisión.

Medio millón de dólares para la transformación de prensas de forja. La producción anual de los artículos trabajados por estas prensas aumentará en un 30 por 100.

Cerca de 300.000 dólares ya dijimos que se destinarían a la fabricación de máquinas-herramientas especiales, que facilitarán la construcción por una fábrica de 300 camiones y 1.000 tractores al año. Entre los instrumentos de precisión figura la dirección de equipos de control y dirección de fuego de artillería.

MATERIAS PRIMAS: AUTOSUFICIENCIA EN AZUFRE

Se lleva la importación de materias primas, en virtud del déficit que de ellas padecemos, el renglón más importante de los 85 millones de dólares de la ayuda americana: 31.300.000, distribuidos así:

3.500.000 para la compra de cobre y aluminio.

1.250.000 para la adquisición de carbón y cok.

3.000.000 para productos de acero.

3.650.000 para chatarra férrea, indispensable para la fabricación de acero.

1.185.000 para la adquisición de hojalata, que fomentará nuestras exportaciones de conservas.

1.500.000 para la compra de minerales esenciales: manganeso, terromanganeso, ferrocromo, etcétera).

125.000 para la importación de azufre. Hoy producimos la mitad de nuestras necesidades de este artículo. Para 1955, cuando comience a producir una nueva fábrica en construcción, no necesitaremos importar más.

15.000.000 para la compra de algodón en rama, indispensable para nuestra industria textil.

1.000.000 para la adquisición de caucho (fabricación de neumáticos, etc.).

AYUDA TECNICA

Se refiere a la «importación» de técnicos norteamericanos y a la «exportación» de técnicos españoles a los Estados Unidos. Los primeros vienen a enseñarnos nuevas técnicas y procedimientos; los segundos van a aprender, y unos y otros, a colaborar estrecha y amistosamente.

A este capítulo, uno de los más importantes, se destinan 600.000 dólares.

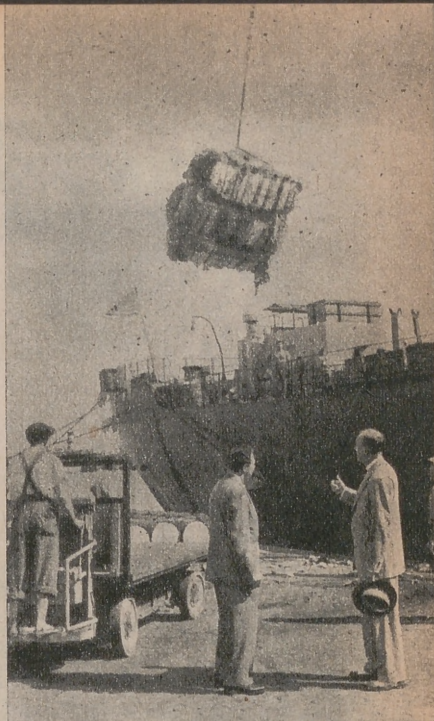
El movimiento de técnicos de ambas nacionalidades queda establecido así:

Vendrán a España 23 especialistas norteamericanos para consultar con gerentes y directores e ingenieros de fábricas españolas sobre los métodos a emplear para un incremento de la productividad en las distintas ramas; dos técnicos en acero, dos en minas de carbón y uno en cemento; cinco técnicos vendrán a asesorarnos sobre los medios de aumentar nuestra producción de municiones; cinco técnicos en aeronáutica civil y dos ingenieros de caminos.

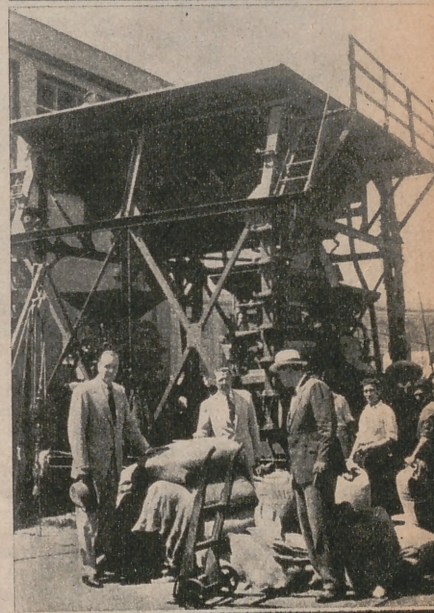
Irán a los Estados Unidos 160 españoles para estudiar el funcionamiento en este país de la industria, las minas, los ferrocarriles y la agricultura; 34 ingenieros, gerentes y técnicos de nuestra industria eléctrica; nueve representantes de nuestra industria del acero; 13 ingenieros de minas, capataces y mineros; 20 gerentes y técnicos de la industria de ferrocarriles y municiones; ocho ingenieros de caminos y 10 técnicos en aviación; 21 representantes del comercio y de la industria para estudiar en los Estados Unidos los métodos de administración y productividad en fábricas y Universidades de aquel país.

POCO, PERO EN SU SITIO

El lector habrá podido apreciar a lo largo de este trabajo que el criterio de prioridades establecido por la Comisión Interministerial de Cooperación Económica Española y por la Misión de Operaciones de los Estados Unidos se ajusta estrictamente a las necesidades más vitales de nuestra economía. Ciertamente, 85 millones de dólares es una can-



Desembarco de algodón de un buque americano en Barcelona



Llegada a Barcelona del barco norteamericano «Donald Holland» con trigo para España

tividad pequeña en relación con esas necesidades; pero no cabe duda que a través de este programa que acabamos de diseñar se ha conseguido localizar exactamente aquellos frentes de nuestra economía, en los que la inversión de los 85 millones de dólares de la ayuda americana puede ser más eficaz y decisiva, aunque, como es lógico, sus resultados no sean inmediatos y «visibles», como ocurriría si se dedicase esta suma pura y simplemente a la importación de bienes de consumo, lo que significaría un alivio momentáneo de nuestra situación, para caer en seguida en una crónica insuficiencia que sólo se podrá corregir incrementando nuestra capacidad de producción agrícola e industrial. El impacto de la ayuda americana no es, por ahora, grande. Pero ha dado en el blanco, y eso es lo que importa.

ARRIBA EL TELON

UN AUTOR DE AHORA SE ASOMA A LAS CANDILEJAS



ALFONSO SASTRE, DRAMATURGO DE ACTUALIDAD



PARA muchos Alfonso Sastre empieza a ser conocido ahora. Es un autor joven que ha estrenado y ha triunfado. Su pieza dramática «La mordaza» le ha conquistado por derecho propio un puesto de primacía entre los que en España se esfuerzan por hacer eso tan difícil, heroico y comprometedor que se llama teatro. Y no teatro para salir del paso, sino teatro hondo, arriesgado y verdadero.

Pero ninguna vocación literaria crece espontáneamente. Alfonso Sastre se ha ido madurando para la escena con trabajosa disciplina, con lenta ejercitación dramática. Nada del teatro le ha sido ajeno, y día a día le hemos visto leer, subrayar, anotar, comentar, escribir. Sobre todo, escribir. Alfonso Sastre debe haber publicado más de un centenar de artículos sobre el problema del teatro, la envergadura de la escena, los personajes, el decorado, el público, etc. A los artículos de índole que podríamos llamar teóricos, esto es, fuentes del teatro contemporáneo, esencia del teatro clásico, Sastre ha añadido consideraciones vivas sobre las actuales directrices del arte escénico, advertencias sociológicas la mayoría de las veces dignas del mayor interés. Todos estos artículos fueron apareciendo en revistas más o menos serias, pero en todos ellos era evidente una preocupación ambiciosa de autor que ensaya sus armas y quiere conocer palmo a palmo el terreno que pisa.

Fué concretamente «Escuadra hacia la muerte» la obra que dio la clave de las posibilidades de Alfonso Sastre, la obra que le hizo un tanto famoso y un tanto temible. Aquella pieza no era tampoco un acierto momentáneo ni una improvisación. Allí estaba ya este autor joven, calmado, equilibrado como un profesor de Lógica, y que de vez en cuando, si se consume en alguna vehemencia, lo que hace es ponerse un poco colorado, enfadarse como un niño y marcharse a un rincón.

A diario le hemos visto trabajar. Alfonso Sastre escribe a mano, con plumas no de primera calidad, que van cargadas de tintas un poco llamativas. Son tintas verdes o rojas. Detrás de una pipa enciende otra. Los cigarrillos rubios le marean. Alfonso Sastre siempre va un poco despechugado, como si acabara de salir de un turno de fábrica o como si estuviera a punto de irse de viaje en un vagón de tercera.

Donde más feliz se ve a Sastre es fuera de toda etiqueta, sentado en una de esas destaladas tabernas de mesa de mármol donde hay muchas filas de números y en las que entran los albañiles después del trabajo pidiendo una media de tinto.

Pero, por debajo de todo este desaliño externo, Sastre mantiene un alto nivel de señorío y elegancia espiritual. Es precisamente por su ecuanime compostura de hombre ponderado y

tranquilo por lo que cabe esperar que en su carrera dramática no haya muchos altibajos ni baches, sino que sabrá mantener una línea continua y ascendente.

Conociendo al hombre pensamos justamente que el éxito alcanzado con «La mordaza» tiene mayor trascendencia para nuestro teatro actual.

ANTES DEL ESTRENO.
SASTRE NO PERDIO EL
SUEÑO, PERO SI EL APE-
TITO

Unas horas antes del estreno de «La mordaza» nos hemos llevado a Sastre a un rincón. Quería que se confesara conmigo. Es importante en la vida de un autor teatral ese momento crítico en que va a medir sus fuerzas con ese enigmático y respetable señor que es el público.

—¿Estás nervioso?

—Nervioso, no.

—Entonces, ¿estás tranquilo?

—Tampoco es eso. Creo que lo que sí estoy es un poco resguardado por todos los que me rodean y que queriéndome bien, me aseguran que la obra saldrá adelante. Esto me ha dado una especie de tranquilidad que a mí mismo me asusta un poco.

—Entonces, ¿es que tienes una gran confianza en la obra?

—De veras que la tengo. Te repito que es que me han hecho confiar entre todos. Lo peor que podría pasar es que no gustara la obra y esto que sería terrible no creo que truncara mi carrera. Volvería a empezar.

—Entonces, ¿un fracaso inicial no te alejaría del camino?

—De ningún modo.

—¿Cuál presientes tú que puede ser el momento de mayor emoción para el público?

—Creo que el final del primer acto y el desenlace.

—¿A qué actor ves más comprometido con tu obra?

—Yo pienso que están magníficos todos. Pero Antonio Prieto hace una encarnación plástica y hermosa de la figura del Patriarca y también María Luisa Ponte ha puesto mucha pasión en su papel.

—Para ti, ¿cuál es tu mayor alegría en este momento?

—Pues, chico, ver que todos los que se han embarcado conmigo en esta empresa han rendido lo insospechado.

—¿Te parece buen director José María de Quinto?

—Para mí, como para ti, José María no ha sido ninguna sorpresa. Lo conocíamos bien. ¿No te parece? Pero sí ha sido muy grato comprobar lo que ya sabía, ver que se manejaba dirigiendo estupidamente, y brindarle esta oportunidad para que demostrara sus aptitudes como director.

Estamos en una tasca que hay detrás del Circo Price. No sé fijamente cómo se llama. Por las paredes hay unas pinturas que tienen movimiento y rotación de gran eatro. Son unas figuras enormes que medio danzan. En el mostrador hay muy poca variedad de bebidas. Vino, nada más...

Alfonso Sastre se ha quitado la chaqueta. Está más delgado. Ha perdido unos kilos en estos últimos meses. Puede ser que no toda la culpa la tenga su inminente estreno. Sastre acaba de hacer la milicia universitaria y yo calculo que Sastre no es un gran deportista. A Sastre muy pronto se le llamará don Alfonso, no sólo porque será célebre, sino porque su barriguita le habrá aumentado. Como dijimos antes, en todo el aspecto un poco fachendoso de Sastre se advierte una regalada calma burguesa.

—¿Me quieres decir qué nombres podrá citar la crítica como guías tuyos?

—Cualquiera sabe, pero creo que hablarán de Sastre, Camus, Muller...

—¿Te esperas algún conflicto o escándalo por tu obra?

—¿Qué quieres decir?

—Que si motivará alguna polémica.

—No creo. Por la sencilla razón de que mi obra está totalmente claro que no es un informe del suceso de Lurs. Gaston Dominici y su familia no han sido para mí más que un punto de partida. Mi obra se refiere a realidades psicológicas generales y nunca de personas concretas. Lo de Lurs ha sido un simple «motivo». A mí, más que el crimen, me han interesado las consecuencias del hecho en la vida familiar del criminal, y aquí todo es fábula, invención... En mi obra, Isaías Krappo es culpable. En la crónica real de los acontecimientos todavía no se sabe nada a ciencia cierta, todavía está pendi-



Un momento escénico de la obra dramática

te. En mi obra, el pretendido Gaston Dominici muere fingiendo una escapada, con lo cual la familia queda sujeta a una venganza que vendrá a ser como un castigo por la delación.

—¿En qué has concentrado tu mayor interés dramático?

—En el clima psicológico. Son diferentes tipos y todos se ven obligados al silencio, aunque por distintas razones: uno por miedo, otro por compasión, otro por piedad. Pero el terrible secreto pesa o, por lo menos, eso es lo que yo he intentado.

—¿Cuántos días tardaste en hacer «La mordaza»?

—La hice durante el mes de marzo de este mismo año. Tú me has oído hablar repetidas veces de ello.

—Pero, ¿cuánto tardaste?

—Tardé unos veinte días.

—¿Cómo se te ocurrió el título?

—Surgió al leer la noticia de la delación del viejo. Entonces parece quedar claro que la familia había estado amordazada durante algún tiempo.

—¿Te molestaría que te dieran



El cuadro de actores, con Alfonso Sastre, recibe el aplauso del público

a la obra cierto carácter anecdótico?

—Todo el mundo verá claro que mi obra busca otra «realidad». Mi obra está cargada de tradición, de historia y de cultura, y, por tanto, nunca puede aplicarse el criterio de los hechos fortuitos, sino de los consentidos.

—¿Has revisado algo en ella sobre la marcha?

—Sí; en los ensayos he corregido algunas frases y he revisado alguna cosilla; sobre todo, el cierre.

—¿Qué autor crees tú que se sentirá más solidario con tu triunfo si llegas a triunfar?

—Pues, Buero Vallejo.

—¿Y a qué críticos calculas que les ha de interesar más?

—Yo creo que Torrente Ballester, Alfredo Marquerie, Sergio Nerva y Adolfo Prego.

—¿Te ha quitado el sueño esta «mordaza»?

—Un poco; bastante, el apetito.

—¿Para cuántos días está contratada la obra?

—Para veinte días, de momento; pero tenemos confianza de prolongar esto.

—En números redondos, ¿cuántos miles de duros piensas recibir por este bautismo?

—Hombre, yo creo que menos de veinte mil duros, nada.

—Si el éxito fuera muy grande y te obligaran a hablar ante el público, ¿qué has pensado decir?

—No he pensado nada.

—Pero, ¿no has construido ninguna frase...?

—No creo que las cosas lleguen a ese extremo.

—¿Hay algo de tu obra para el extranjero?

—Me figuro que mi obra podía interesar al público americano; pero hasta ahora, ya antes de este estreno, la tengo contratada por una editorial alemana, «Drei Masken Verlag» («Las tres máscaras», de Munich), y el traductor ha sido Von Usiar.

—¿Esas frases que rectificaste en el cierre de la obra...?

—Castillo, por favor, yo soy inocente del crimen de Lurs.

MIENTRAS SE LEVANTA EL TELÓN

Como es natural, a la cita del estreno no faltamos, no podíamos faltar. Por algo más importante que el ser contemporáneos de una misma «peña». No podíamos faltar porque iba a faltar poca gente de la que siente curiosidad y pasión por el teatro, porque no todos los días hay un estreno y porque cualquier estreno puede ser lo que éste ha sido: la apertura para uno joven de la puerta grande del teatro español.

El estreno se prometía memorable, porque diez minutos antes de levantar el telón, el Reina Victoria estalla lleno de un público ansioso que no ocultaba su emoción, su nervosismo e incluso sus reservas. Era un público lo que se dice muy diverso, de muchos matices, pero en todo caso exigente y ávido.

Los trolebuses que cruzan la Carrera de San Jerónimo tenían que detenerse y tocar el claxon. El público estaba detenido a la puerta del teatro y muchos suspiraban en vano por entradas. «No hay billetes», rezaba el cartel.

Tan pronto se levantó el telón, Alfonso Sastre salió por una

puerta trasera hacia «Sésamo» a tomarse una copa. Le acompañaba un amigo. Se le veía algo inquieto, cosa rara en él. También hay que agregar que la noche anterior no se había acostado ninguno; se la habían pasado de repaso general hasta las siete de la mañana. También por la tarde los actores habían tenido que adiestrarse a la decoración minuciosamente.

Había sido un día muy fatigoso.

Todo lo que vino después ya lo saben los lectores. Isaías Krappo es todo un tipo fuerte y ríego, cargado de matices y personalidad, duro e insobornable, tremendo como un ciclón. Todos los demás personajes, cada uno desde su ángulo, van respondiendo a las reacciones del protagonista con acento propio y con un miedo particular. El patriarca se impone y hay momentos de una tensión y de una fuerza extraordinaria, momentos que no se pueden lograr en las tablas más que metiendo al espectador en la humanidad del personaje, haciéndole vivir su lucha y su despotismo. A las contradicciones de Isaías Krappo va respondiendo un coro humanísimo de afectos y rencores, que, como la tormenta, el calor y el silencio de la noche, son parte del crimen.

El público jué aplaudiendo los cuadros con inusitado fervor. Cuando, próximo ya el intermedio, Alfonso se acercó al Reina Victoria, lo que escuchó en el vestíbulo jué un aplauso largo y cerrado.

—¿Qué es?—preguntó.

—Un mutis—le contestó alguien que andaba por allí.

El éxito estaba asegurado. A los pocos minutos caía el telón y Sastre tenía que salir a recibir los aplausos bien merecidos. En seguida el escenario se llenó de periodistas, autores, actrices, hasta hacerse imposible todo tránsito.

EN EL ENTREACTO: UNA EMOCION DESCONOCIDA

—Estás aturdido, lo comprendo. Pero, dime, de todas estas felicitaciones, ¿cuál te ha impresionado más?

—La felicitación que más me ha sorprendido es la de un viejo, profesor de francés, que tuve yo y que acaba de colarse. Ha venido, me ha dado un abrazo, y sin decir una palabra se ha ido.

—¿No le habías visto desde entonces?

—No, en el estreno de «Escuadra hacia la muerte» hizo lo mismo.

—Otra cosa, ¿me quieres decir quién está detrás de todo esto?

—¿Cómo detrás de todo esto?

—Sí, quién te ha puesto la obra en camino.

—Yo no sé, porque él quiere que no se diga nada; pero si te digo, que es justo decirlo, fue un joven abogado, Diego Moreno, que me visitó un día y me habló de estrenar.

—Estará contento.

—No lo he visto todavía.

En los pasillos se discutía apasionadamente. Si la segunda parte resultaba tan definitiva y rotunda como la primera, el éxito iba a ser mayúsculo. Había quienes aseguraban que la competición de Sastre ponía el teatro en

un buen trance, porque los jóvenes dramaturgos consagrados tendrían que apretar de firme. El que coja de un modo absoluto el fuego que ha dejado en el aire Benavente se ha hecho el amo de la escena.

En el vestíbulo se respiraba un ambiente optimista. La jornada se prometía completa.

Se levantó de nuevo el telón. La emoción de la primera parte había sido muy fuerte. Ahora el ímpetu y la violencia eran más subterráneas; incluso en algún momento, algo dialéctica; pero la temperatura seguía caldeada. Hubo también aplausos y alguna protesta muy significativa, no ya del perfil de la obra, sino de su trascendencia. Una frase de un personaje no pasaba por algunas mentes.

La obra siguió arrancando aplausos, y al final el autor tuvo que apartarse varias veces de debajo del telón para no ser herido.

DESPUES DEL ESTRENO, SASTRE SE QUEDO COMO RECIEN SALIDO DE UN BAÑO TURCO

Después del estreno hemos conversado con Sastre sentado en una mesita de Recoletos al aire libre. Estaba satisfecho, visiblemente contento, pero un poco aturdido. Al entrar al café Gijón había recibido aplausos, y él no se esperaba nada parecido.

—¿Y tu familia?

—No he logrado verla en toda la noche. Han debido irse a casa.

—¿Qué te parece el revuelo que ha motivado una frase de tu personaje?

—Me parece sanísima la reacción del público; me parece muy bien que el público no acepte afirmaciones de orden moral, así como así. Eso demuestra que está interesado en el conflicto. Pero has de saber, y tú bien lo sabes, que en esa frase no va implicado mi pensamiento. Yo creo que hay un concepto absoluto de justicia, y de ningún modo yo suscribo el relativismo ético. En este caso yo soy la contrafigura del personaje.

—¿Marean los aplausos?

—Yo nunca pensé que aplaudieran al final de los cuadros, ni menos un mutis. Sólo en los finales pensaba que podrían surgir los aplausos, pero me han dejado helado.

—¿Tu obra queda abierta a la esperanza o la tragedia?

—Mi obra queda abierta a la paz familiar. Esa gente va a trabajar y a olvidar decididamente.

—Háblame ahora mismo de tu próximo proyecto.

—Estrenaré «La sangre de Dios», que tiene por nudo el tema de la fe. Es un reemplanteo moderno de la conducta moral, paradójica y terrible de Abraham, que está dispuesto al sacrificio del propio hijo. Para él matar, obedeciendo entonces, no es pecado.

Los actores vinieron por Alfonso y se lo llevaron. Querían celebrarlo. Cosa muy justa. Entonces yo me dije:

—Como no vaya muy de prisa pierdo el último uno.

Corri y llegué a tiempo. Por la noche soñé que tenía a un Isaías Krappo debajo de la cama. Y lo pasé muy mal.

APUNTES PARA LAS MEMORIAS DE UN REDACTOR POLITICO

TIPOS CURIOSOS Y PINTORESCOS EN EL VIEJO PERIODISMO

Por Francisco CASARES

EN treinta y siete años de ejercicio profesional, que son los que llevo en el oficio cuando comienzo a redactar estos apuntes para mis futuras «Memorias», es natural que haya conocido muchos tipos, no sólo entre los que tuvieron actuación relevante en la vida y la política nacionales, sino en mi misma comunidad: la periodística. Unos, compañeros de trabajo muchos años. Otros, fugazmente incorporados a nuestros afanes y actividades. Era muy frecuente, antes del Movimiento Nacional, que viéramos en los centros informativos a redactores que nos daban la noticia de haber ingresado en la Redacción de cualquiera de los diarios y que después de actuar unos meses se esfumaban sin que volviéramos a saber nada de ellos. Se entraba en los periódicos sin una previa demostración de suficiencia. La amistad o el parentesco con un director o con los que financiaban las publicaciones eran bastante para determinar el acceso. Algunos, con la engañosa ilusión de estar vocacionalmente dotados. Otros, porque convenía, esporádicamente, a finalidades más lejanas, el llevar en el bolsillo un carnet que les diera patente de periodistas. No existía entonces el carnet oficial, que es testimonio de inscripción en el Registro oficial de la Dirección General de Prensa. Aquella falta de garantías determinó esa numerosa presencia en nuestras filas de gentes realmente ajenas a la profesión, que sólo permanecían en ella el tiempo que les interesaba o el que había de transcurrir para convencerles de que Dios no les había llamado por nuestro camino.

También es explicable que en esa sucesión de periodistas auténticos y de aficionados más o menos transitorios hubiera una gama extensa de personajes y que el recuerdo de ese paisaje humano me traiga a la memoria algunos casos de verdadero pinto-



VIDA Y ANECDOTARIO DEL PERIODISTA GIMENO



Arriba: Los taquígrafos del Congreso trabajando en la redacción del «Diario de las Sesiones». Abajo: Los periodistas esperan pacientemente poder conseguir alguna información interesante de la telefonista.

resquismo. He conocido, en los siete lustros largos que pertenezco a la clase, centenares de «compañeros». Para muchos de ellos tuve y conservo afecto. Y admiración. Para otros, no pude movilizar tales sentimientos o porque entendí, sinceramente, que no los merecieron o por lo muy rápido de su comparecer y de su evasión definitiva.

EL JARDIN AEREO Y EL «MORABITO»

Entre los pintorescos figuraba un buen periodista—magnífico y tenaz acarreador de las noticias—que murió poco antes de la Cruzada. Se llamaba Gimeno. No sé, ahora, al hacer la evocación, si Manolo o José. Creo que lo segundo. Sí me acuerdo perfectamente que figuraba en la Redacción de «La Acción», el combativo diario de don Manuel Delgado Barreto. Iba siempre de luto. No por una desgracia familiar a la que rindiese ese tributo, sino por gustarle la ropa negra. Era vegetariano y trataba de convencernos a los demás de que el régimen alimenticio de verduras era el más sano. A él no

debió darle muy buenos resultados, ya que además de tener siempre un aspecto famélico y paliducho murió relativamente joven.

Entre sus extravagancias estaba la de tener y cuidar amorosamente una terraza en su casa en un sexto o séptimo piso de la carrera de San Francisco, cerca de donde se hallaba emplazada la Redacción del periódico en el que trabajaba, en la que no sólo reunió centenares de tiestos con las flores más variadas, sino que, según decía, plantaba patatas, garbanzos, alubias y otros nutritivos vegetales. Le llamaba «el jardín aéreo». Y nos hablaba constantemente de sus afanes y destajos en aquella huerta situada en las alturas de la urbe. Cuando declinaba ya visiblemente su precaria salud se construyó con algunos ahorros que había conseguido una pequeña casa en las afueras de Madrid, por Canillas, a la que denominaba el «morabito». Tenía, en efecto, esa extraña forma. Una sola habita-

ción, en un espacio reducido, de tipo circular, y que no tenía, aparte la puerta de entrada, más comunicación con el exterior que unas estrechas aspilleras por las que era imposible que entrase la luz solar. Tampoco la tenía eléctrica, y allí, cuando terminaba sus destajos cotidianos, se encerraba para meditar. Para leer no sería, dada la oscuridad del recinto. Y, además, porque nunca demostró esas aficiones.

LA CREDENCIAL, ARRAN- CADA CON UN ORIGINAL ARBITRIO

Se decía de Gimeno que en una ocasión obstinose en conseguir un destino público. Era cosa corriente que los periodistas lograsen el favor de los personajes políticos, y que esa protección se manifestase en la credencial para figurar en la plantilla de cualquier departamento ministerial o dependencia de la Administración del Estado cuando los puestos no se habían de conseguir por oposición. Sabía él que otros compañeros suyos eran empleados de Hacienda o de Fomento y que sus destinos los alcanzaron por la amistad o la benevolente disposición de un Ministro. La tenacidad de Gimeno cuando quería conseguir alguna cosa—sin excluir en esas consecuencias de la noticia o la información que creyera interesante—era, realmente, inverosímil. No dejaba. No perdonaba «ripio». Se le metió en la cabeza lograr el empleo y eligió para protector en su denodada pretensión de ser burócrata a cierto figurón conservador, al que perseguía infatigablemente. Averiguó que ese personaje político tenía una relación clandestina con cierta dama de no mucho rango social, pero de indudables perfecciones físicas. Y que para sus entrevistas había alquilado y amueblado un discreto piso de una calle céntrica madrileña. Allí, dejando el coche en otra vía cercana y sin llegar nunca con el carruaje hasta el portal, acudía a última hora de la tarde, cuando habían terminado las sesiones parlamentarias. El repórter, enterado de la frecuente visita—que, naturalmente, el personaje en cuestión realizaba con las máximas precauciones—, no dejaba en paz a su posible favorecedor. Si era Ministro—lo fué en varias ocasiones—le esperaba a la puerta del Ministerio.

—Señor Ministro—le asaltaba con una constancia ininterrumpida—, ¿me puede decir si se va a firmar esa Real Orden?

Y aludía a alguna disposición «en cartera» que tuviera interés noticiable. El Ministro le respondía que sí o que no, según conviniera, y el periodista, antes de despedirse, le espetaba.

—No se olvide de mí, señor Ministro. Ya sabe, yo con cualquier cosa me conformo. Para usted es cosa sencilla darme esa credencial.

—Ya veremos, Gimeno, ya veremos. Por ahora no hay vacante...

Y se lo quitaba de encima. Pero Gimeno era pertinaz, incansable. En el Congreso o en el Senado abordaba de nuevo a su «víctima».

—¿Es verdad que va a haber

crisis y que usted deja el cargo?

La consabida respuesta evasiva. Y el mismo recordatorio: la credencial el destino en su Departamento. De lo que fuera. No exhibía demasiadas pretensiones.

Y en la puerta de su casa. Hasta que supo lo de las visitas en pos del favor de la bella. Y entonces nuestro hombre pensó que ya era cosa segura. El ataque en aquel lugar, para todo el mundo desconocido, no podía fallar. En efecto, con la sorpresa que era de rigor, el hombre público se topó en el interior del portal de aquella casa con el repórter preguntón.

—¿Podría usted hacerme unas declaraciones sobre ese proyecto de ley que se va a discutir en las Cortes?

El Ministro soltó un «tacon». ¡Era ya demasiado! La audacia del informador no respetaba ni la más estricta intimidad. Con el scñion la contestación que las circunstancias demandaban. Y a seguido, ¿cómo no?, la reiterada súplica:

—Ya sabe usted, señor Ministro, mis deseos. Me hace mucha falta. En su mano está resolverme el problema.

Lo que estaba en las manos y posibilidades del acuciante pediguño era no volver a molestar al ilustre personaje. Al menos en aquel lugar. En cuanto le vio tres veces en el mismo sitio y con idéntica petición le dijo que pasara por su despacho. Y le entregó el nombramiento tan intrépidamente solicitado.

UN PERIODISTA, «MULA» DEL EJERCITO

Antes, según se decía—yo creo que era una broma en la exageración que se ponía al contar las cosas de aquel pintoresco camarada—, había sido oficialmente «mula» en el Ministerio de la Guerra. Esto tiene una explicación. Durante una temporada, sin haber alcanzado todavía su sueño dorado de ser funcionario estatal, persiguió, con su tenacidad característica a un Ministro de la Guerra que no era militar. Uno de los Ministros que han regido el departamento castrense a pesar de su condición civil. Y como el Ministro le insistiera en que en sus oficinas sólo podían tener colocación los elementos del Ejército, le sugirió que le entregasen mensualmente la consignación de una de las mulas del servicio de carros del Ministerio. Entonces no se habían motorizado aún. Al Ministro le hizo gracia la aspiración. Y dispuso que se diese al periodista la cantidad equivalente al pienso de aquel animal inexistente. Una mula más o menos no iba a alterar el buen servicio. Ya digo que yo nunca creí en la veracidad de esa anécdota. Pero la realidad es que el interesado, con su habitual sonrisa misteriosa y meliflua, no lo negaba cuando los compañeros le hablaban del extraordinario destino. Gimeno había sido «mula» una larga temporada. Hasta que le dejaron cesante.

OTRO EPISODIO DE GIMENO

Su admirable contumacia cuando se proponía una cosa dió lugar a otro episodio, también objeto de muchos y justificados comentarios entre los del oficio.

Se hallaba enfermo de gravedad el ex Presidente del Consejo, don Eugenio Montero Ríos, que, como se recordará, tenía tal miedo a las pulmonías y hasta a los simples constipados que llevaba gabán de pieles en pleno verano y mandó construir siendo Presidente del Senado una vidriera adosada a la puerta exterior del edificio de la Alta Cámara para que allí entrase el coche presidencial y no expusiese, al dejarlo y pasar al recinto, a un enfriamiento. También prohibió el uso dentro del edificio senatorial de sombreros de paja—los ya desaparecidos «cannoniers»—, porque sólo verlos le daba frío. Pues bien, el viejo político liberal cayó enfermo en su casa de la Cuesta de Santo Domingo, en la que más tarde vivió y murió su hijo político, don Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas, que le sucedió en la Jefatura del partido demócrata. La dolencia era grave, irreparable. Tanto que don Eugenio falleció a los pocos días de enfermar a consecuencia de la afección. Gimeno acudió a la casa del político gallego.

—¿Cómo sigue don Eugenio?—preguntaba al criado o al secretario del personaje.

—Mal; muy mal.

—¿Pero creen ustedes que morirá esta noche?

—¡Hombre, eso no se lo puedo decir! No sabemos. ¡No lo quiera Dios! Pero ya digo, está mal. Las impresiones son pesimistas.

El repórter no quería que se le escapase la noticia. Aspiraba, muy lógicamente, a darla tan pronto llegase el esperado y fatal desenlace. Y a todas horas se presentaba en la casa con la misma demanda de información sobre el estado del ilustre enfermo.

Al tercer o cuarto intento frustrado, como le advirtiesen que la impresión de un inminente fallecimiento se había acentuado, Gimeno dijo al que le recibía:

—Si no le molesta me voy a sentar aquí—y señalaba una de las sillas del hall de la casa—y esperaré a que se muera.

No debió hacerle mucha gracia la pretensión al fámulo, pero tampoco acertó a negarse. Sabía que el periodista era conocido de Montero Ríos. Y le autorizó. El repórter estuvo allí, sin hablar con nadie, tres o cuatro horas. Advirtió el movimiento de galenos y familiares. Y supo la noticia del óbito antes que ningún otro periodista. Su paciencia le proporcionó el pequeño éxito de adelantar el triste acontecimiento.

«¡AQUÍ, GIMENO!».—UNA IMPRECACION DE ROMANONES

Pero donde culminó la audaz interpretación de sus deberes profesionales fué en una ocasión en que necesitaba o quería saber a toda costa una noticia de importancia política que sólo podía facilitar el Presidente del Consejo de Ministros, que, a la sazón, era el conde de Romanones.

El periodista no podía esperar. La información era muy importante y deseaba poseerla sin demora, para informar a la agencia de noticias en que trabajaba. Supo que el conde se hallaba en una de sus fincas en la provin-

cia de Guadalajara, y sin encomendarse a Dios ni al diablo agarró un teléfono y llamó a la casa del Presidente en aquella posesión:

—¿Está el conde? ¿Se podría poner al aparato?

—Está en su puesto de caza, a tres kilómetros de la casa. No puede venir. ¿Quién le llama?

—¡Aqui, Gimeno!

Era, en el Gobierno que presidía el jefe liberal, ministro de Estado—el departamento que hoy se denomina de Asuntos Exteriores—don Amalio Gimeno, conde de Gimenc, que en diversas situaciones liberales desempeñó cargos ministeriales con su jefe y amigo, el conde de Romanones. El servidor de éste, al saber que llamaba «Gimeno» deujo, lógicamente, que se trataba de un asunto de trascendencia. Si no, el Ministro de Estado sabedor de que el Presidente se hallaba de caza, no iba a requerir su comparecencia en la casa y ante el teléfono. Y marchó corriendo, hasta el puesto donde el conde, con la escopeta en la mano, esperaba a cobrar las apetecidas «piezas». El jefe del Gobierno, al decirle que le llamaba Gimeno creyó también, como el criado, que se trataba de su Ministro. Pidió un caballo, abandonó su puesto de cazador y se trasladó, impaciente, a la casa.

Al tomar el aparato telefónico escuchó la misma noticia que antes recibiera su criado:

—¡Señor Presidente, aquí Gimeno!

—¿Qué hay, Amalio?—preguntó el conde—. ¿Ocurre algo grave?

—No, señor Presidente. No soy Gimeno el Ministro. Soy el periodista.

La indignación del jefe liberal no es para descrita. Soltó un «taco», furibundo. Colgó el aparato y dió por terminada la conversación. Después, al cabo del tiempo, cuando los periodistas preguntaban a Gimeno o al propio Romanones cuál fué literalmente la respuesta a la impertinente llamada, no pudieron conseguir nunca que ninguno de los dos la reprodujera con toda exactitud. Si era a don Alvaro al que se dirigían, rogándole: «Diganos, conde, lo que le contestó usted aquel día a Gimeno». Romanones sonreía con el gesto malicioso, de picardía, que le era característico y se excusaba de aclarar aquel diálogo. Si el interesado era el periodista, éste, también sonriente y un poco ruborizado, se callaba y no daba satisfacción a la curiosidad de sus compañeros.

Como ya he dicho, murió todavía joven. No tenía familia. Unos vecinos de su extravagante vivienda el «morabito», de Canillas, extrañados de que no saliera de la habitación, llamaron insistentemente a la puerta. Al no recibir contestación dieron cuenta a la Guardia Civil. Finalmente la puerta fué forzada. Y hallaron el cadáver del pobre Gimeno, desnudo, sobre su cama. Nadie supo de qué había muerto. Nadie se hubiera ocupado de su entierro. La Asociación de la Prensa—siempre patriarcal y dispuesta a hacer el bien—se hizo cargo del cuerpo del periodista repentinamente fallecido. Y le dió cristiana sepultura.



El conde de Romanones cambia impresiones con Guerra del Río en la sala de conferencias

Unos cuantos compañeros, no más de media docena, acompañamos el cadáver hasta su última morada, no mucho más angosta y reducida que la extraña casa que él había construido y habitado. Y allí terminó la historia de uno de los más pintorescos tipos que yo he conocido en el periodismo madrileño. Pintoresco por su carácter, por sus «cosas», pero bueno, incapaz de hacer mal a nadie y gran periodista. Porque no hay que entender que la eficacia en el oficio depende sólo del talento para escribir magníficos editoriales o estupendos reportajes. La noticia es lo esencial. Y Gimeno sabía «acarrearla» como nadie. Con una tenacidad extraordinaria que es, al fin y al cabo, una de las mejores virtudes profesionales.

OTROS TIPOS Y ANECDOTAS. — EL «PUERTO DE PAJARES»

No ha sido sólo Gimeno el que a lo largo de tantos años de destajos periodísticos he encontrado con rasgos definidos que pueden presentarse como ejemplo de una «personalidad». Pero acaso lo demás ha sido vulgar. Y citarlo más bien avergüenza que enorgullece. Es de este tiempo nuestro, de rehabilitaciones, de otros estilos, el proceso de dignificación de la clase. No cabe duda que se ha ascendido, que tenemos, en general, otro nivel. Que había en el viejo periodismo hombres de excepcional cultura, de dotación específica para la actividad, buenas plumas, ágiles facultades, ¿cómo negarlo? El tono medio era positivamente inferior al de ahora. En esta decisiva evolución, la Escuela Oficial de Periodismo ha tenido mucha parte. A un periodista de los que salen formados profesionalmente del citado centro docente no se le podría ocurrir aquella pregunta que yo reproduje en uno de los capítulos de estos apuntes: «¿Qué lees?» «Un libro de Garcilaso». «Ese, ¿viene por Teléfonos?» No, afortunadamente eso no podría ocurrir en el periodismo actual. A propósito de ese más bajo el nivel, sin negar las singularidades que son notorias, las grandes inteligencias y las brillantes plumas que ha habido antes de ahora, contaré una anécdota que es curiosa, pero también tristemente reveladora.

A determinado periodista, cuya falta de los más elementales conocimientos era de todos sabida, le gastó un colega esta broma:

—Oye, Fulano—le dijo—, como tú vas a la Presidencia y puedes hacerle una pregunta al Presidente, dile que qué hay del nau-

fragio terrible de esta madrugada en el puerto de Pajares. Han impedido que se dé la noticia, que es, como comprenderás, sensacional. Y si se le pregunta al jefe del Gobierno no tendrá más remedio que decir algo.

Efectivamente, la indotación del repórter tenía tal magnitud que creyó que Pajares era un puerto marítimo. Y, por las buenas, cuando el Presidente del Consejo salió a recibir a los periodistas y darles la cotidiana información, aquel indocumentado le dirigió la pregunta que su compañero le había encomendado. No es necesario decir que la carcajada de todos los presentes fué épica. Y la del Presidente, más. Pero, ¿qué concepto formaría el ilustre político de aquel informador? Lo desagradable no era eso, que se pudiera pensar de uno, concretamente, que era poco menos que analfabeto. Lo grave era que el juicio tenía muchas veces y para no pocas gentes un carácter de generalización.

Pero el periodismo estaba así organizado. El acceso hasta los más encumbrados hombres públicos resultaba fácil, perfectamente practicable. Y la insolvencia tenía abiertas todas las puertas y asequibles todas las posibilidades. Hemos escuchado impertinencias, necedades, tonterías, atrevimientos. Los que llegaban hasta una misión tan delicada y sería como la de interrogar a ministros, personalidades y hombres públicos, para trasladar las preguntas y las respuestas a los lectores, deberían lógicamente tener una preparación. La suficiente para, con el sentido de la noticia, matizar los interrogatorios. Y para no incurrir en manifestaciones de impreparación como las que he apuntado.

También se ha modificado sustancialmente el panorama en lo que se refiere a la facilidad para adicionar a los ingresos normales del periodista, otras remuneraciones no conseguidas en leal y normal competencia. Ya no hay credenciales. Ni nadie puede ser «mula» del Ministerio de la Guerra. Para nuestra satisfacción y nuestro orgullo, las cosas han cambiado mucho. Lo que no quiere decir que eso, lo que he glosado en este capítulo, fuese lo corriente. Lo interesante es que aun siendo como indudablemente era excepcional, ya no es posible que se produzca. Por elevación moral de la clase y por lo que de dotación de cultura representa el haber pasado por las aulas de la calle de Zurbano.

PIO IX, DONOSO Y BALMES

Por Lorenzo RIBER, de la Real Academia Española

EL advenimiento del cardenal Juan Mastai Ferretti en junio de 1846 al solio pontificio constituye un momento crucial en la historia del Papado. José de Maistre dijo que aquél no era un acontecimiento sino que era una época. Ella inauguró una nueva fase de la continua reformatión que se opera en la Iglesia. ¿Reformatión de la Iglesia, que Cristo fundó sobre piedra firme, tan a nivel y plomo? La Iglesia, dice Balmes, «como todo organismo vivo, se reforma siempre». ¿Que son los concilios sino una larga serie de asambleas constantemente ocupadas de reformas? Sus cánones son otros tantos decretos de reformatión. Las instituciones humanas, destituidas de la virtud necesaria para curarse a sí mismas, acaban por sucumbir a sus propias dolencias. La Iglesia, empero, sean cuales fueren sus heridas, las cura a la continua. Está dotada de una sensibilidad tan viva que atina siempre el remedio, y posee tal vigor que la hace capaz de soportarlo por drástico que sea. Este carácter distintivo de las existencias robustas es garantía y demostración de que la Iglesia vivirá hasta la consumación de los tiempos.

Era llegado el momento de que el gobierno temporal de la Iglesia romana se acomodase a la condición de los tiempos, y no era difícil de prever que las innovaciones tendrían que ser extensas y profundas y que chocarían con poderosas reluctancias. Acerca del alcance de estas tan esperadas como temidas novedades existía una gran desorientación, y en los espíritus señeros, una honda discrepancia. ¿Qué vaticinaba el vuelo de las aves agoreras? Balmes, mudo como la Esfinge, atento al volver de los sucesos, cuando se le preguntaba su opinión sobre las reformas de Pío IX, respondía de momento con la evasiva de que, acerca de este punto, tenía él entablada una discusión en su cabeza. ¿Y qué pensaba el otro oráculo, Donoso Cortés? También Donoso Cortés, más parlero, había gestado en su mente una pregunta angustiosa. Era ésta: el sistema general de política adoptado por Pío IX en los principios de su Pontificado, ¿es bueno o es malo? En una carta confidencial de Donoso al duque de Valmy, estante en París, abriéndole todo su pecho, le decía: «Yo he dado a esta pregunta dos respuestas, en realidad idénticas, en apariencia contradictorias, pues que en una ocasión he dicho sí y en otra he dicho no. He dicho sí en un escrito acerca de Pío IX, que vió la luz pública antes que el escrito del señor Balmes sobre el mismo asunto. He dicho no en uno de mis discursos... Ahora, pues, voy a expresar mi pensamiento todo entero. Helo aquí: El mundo creía que la Iglesia no era tan católica como su nombre. El mundo creía que la Iglesia era una reina servida por esclavos y que sólo sus esclavos se le podían acercar libremente. Era necesario desengañar al mundo, y Pío IX ha sido el hombre de quien Dios ha querido servirse para desengañar al mundo por lo que respecta a la Iglesia; así debe interpretarse en mi juicio la conducta de este gran Pontífice. Así como en otro tiempo su Divino Maestro llamó a sí a los judíos y a los gentiles, el gran Pontífice ha venido para llamar a sí a los monárquicos y a los liberales. Ha sido crucificado por los liberales, como su Maestro lo fué por los judíos. ¡Ay de los judíos! ¡Ay de los liberales!... En uno y otro caso ha habido un llamamiento seguido de una catástrofe, y en uno y otro caso, a pesar de la catástrofe, hay que tener el llamamiento por bien hecho.»

Donoso Cortés, excesivo en los vocablos temebundos, denomina catástrofes, o sea trágicos desenlaces, a situaciones que el mesurado Balmes hubiera denominado peripecias o episodios de un proceso previsto.

Y sigue diciendo Donoso: «Este es mi sí; he aquí ahora mi no. Me parece bien que los liberales hayan sido llamados; pero a condición de que, lo mismo que los judíos, no sean llamados sino que una sola vez por todas hasta el fin de los tiempos. Me parece que nuestro gran Pontífice será de la misma opinión. Creo estar en buen camino aprobando lo que se ha hecho; pero no, sin

embargo, creyendo que debe renovarse la experiencia. Justo, prudente y hasta necesario era que la Iglesia abriese sus brazos a todo el mundo; pero justo, prudente y casi necesario es también que la Iglesia, sin cerrar sus brazos, vuelva los ojos hacia los que han encanecido respetándola y amándola. Nuestro Señor llamó a todo el mundo, bendijo a todo el mundo, perdonó a todo el mundo y pidió por sus enemigos; pero cuando, pasada la catástrofe, salió de su sepulcro, no fueron ciertamente sus enemigos con quienes envió a reunir se María Magdalena, sino con sus apóstoles y sus hermanos.»

Esto escribió al duque de Valmy el marqués de Valdegamas. Sorprende que Donoso Cortés no se hubiese expurgado del todo del viejo fermento y espíritu de partido en esa carta, responsiva de otra del duque de Valmy en la que, con un criterio identificado con el de Balmes, le decía que habida cuenta del estado de los ánimos y la mezon reformatora del siglo, Pío IX, mirado desde el ángulo que se quisiera, ha sido el enviado de Dios para estos tiempos desorbitados de la regia común: *Homo missus a Deo*.

«¡TODAS BLANCAS!»

Balmes enfoca el asunto con mayor serenidad. Eleva su pensamiento a aquella *alma región luciente* que siempre había sido su atalaya habitual y de donde pudo crear lo que la caligine ocultaba, no guiándose por otra luz sino la que en su mente ardía. Balmes andaba apoyado inmovilmente en las promesas de Cristo hechas a su Iglesia. ¿Qué piensa Balmes en su «Pío IX», escrito con alguna posterioridad al del marqués de Valdegamas, siguiendo su inflexible y suave y luminoso camino propio?

Las concesiones hechas a tiempo, comenta el biógrafo de Balmes, Blanch-Raffin, le parecen el medio más seguro para operar sin sacudidas ni conmociones las rectificaciones de la política papal. Según él, Gregorio XVI, su inmediato antecesor, debió negarse a toda concesión. No podía allanarse a ella sin doblegarse a las exigencias revolucionarias, exigencias presentadas más de una vez, durante su reinado, a mano armada. Pío IX, en cambio, para la introducción de sus reformas, pudo aprovechar un breve intersticio en que Europa estaba en paz y Roma gozaba de algún reposo, y soslayó hábilmente los peligros inherentes al sistema de la redonda y absoluta negativa.

El Espíritu Santo asistía a Pío IX con sus luces, que le ilustraban a muy larga distancia, contra el parecer común. Sabida es aquella anécdota, en visperas de la concesión por delitos políticos de la amnistía, que viene a ser como la indulgencia plenaria o jubileo para los reatos de la conciencia. El Papa, para dar forma jurídica a esa amnistía, convocó al Sacro Colegio Cardenalicio. Puesta a votación la proposición del Papa, resultó que todas las bolas del escrutinio aparecieron negras, indicio inequívoco de repulsa. Y se cuenta que el Papa, longividente: *aspiciens a longe*, como el profeta, seguro de sí mismo y conocedor con iluminación extraterrestre del camino sembrado de espinas que debía seguir, destocando su cabeza del niveo solideo lo colocó sobre las bolas de la votación adversa, diciendo con entereza y gracejo: «¡Todas blancas!»

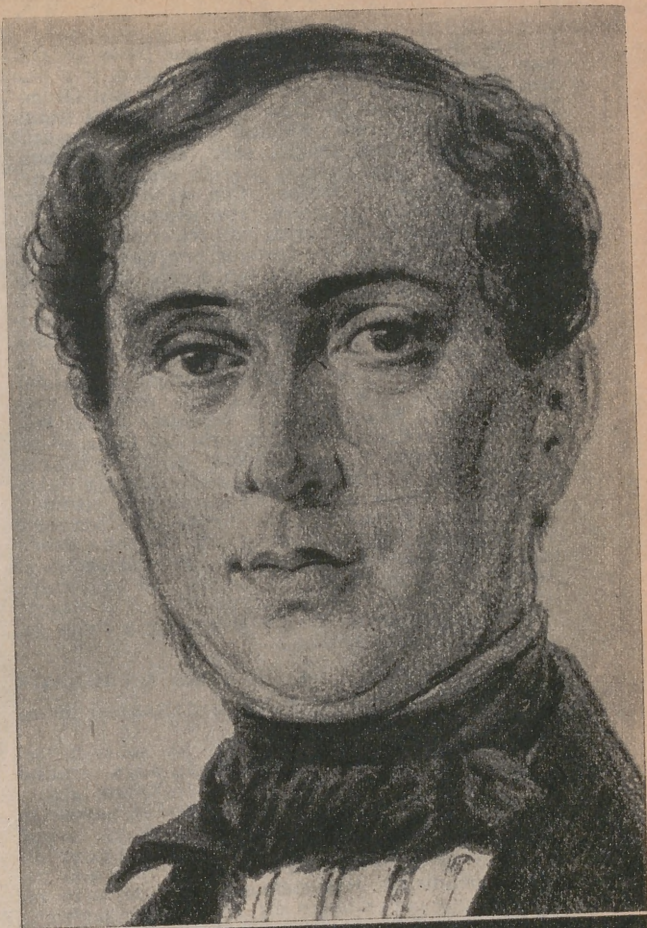
Y la amnistía se concedió: «Y resuena—dice Balmes—por toda Europa un grito de aplauso a la clemencia del Pontífice: los presos que recobran la libertad, los condenados que alcanzan el perdón, los emigrantes que respiran de nuevo el aire de la Patria ensalzan alborozados la mano bienhechora que les dispensa el beneficio.»

De las larguezas de este Año Santo político se lucran indistintamente carbonarios, masones, liberales, revoltosos de toda laya de los Estados Pontificios. ¿Cómo podía mantener el ilustre marqués de Valdegamas el restrictivo criterio de que, no más de una vez, debían ser llamados a colaborar en el gobierno papal los liberales, cuando el Divino Fundador de la Iglesia la cimentó sobre Pedro que le había negado tres veces?

UN VARON JUSTO Y TENAZ

No se le ocultaban a la sagacidad y clarividencia de Balmes los diversos peligros que la autoridad pontificia se vería forzada a sortear. Pío IX era del temple del varón justo y tenaz que, según Horacio, si cayera el orbe a pedazos, le herirían impávido las ruinas. Pío IX no retrocede ante la hipótesis de un trabucamiento de la soberanía de la Santa Sede. Ausente esta soberanía, dice Balmes, dejaría un vacío imposible de llenar. Tamaño acontecimiento produciría una perturbación tan profunda que la restauración del poder caído se impondría inexcusablemente.» Y continúa Balmes diciendo: «Si la Europa estuviera condenada a ver de nuevo el espectáculo que ya vió a principio de este siglo con la cautividad de Pío desde el instante mismo de su caída pudiera pronosticarse su restablecimiento. En determinadas circunstancias el exceso del mal trae consigo el anhelado remedio. Los dominios de San Pedro no ocupan en el mapa más que un espacio microscópico; pero este espacio casi imperceptible es de importancia tan trascendental que ninguna potencia europea de primer orden interesa al mundo en tan alto grado. Suprimid cualquiera de las grandes potencias y el mundo resultaría menos afectado que de la ruina de la autoridad temporal del Pontífice.»

Esto escribía Balmes en aquellos días, y acaso no podía escribir otra cosa. Pero, ¿quién sabe si en la suprema lucidez de la muerte próxima advino, sin que le doliera, lo que a la hija inmortal del Costado de Cristo reservaba la Divina Sabiduría que alcanza de un confín a otro confín del mundo con firmeza y todo lo dispone con suavidad? No ciertamente en desprestigio suyo ni con mengua de su autoridad se consumió en la vida terrenal de la Iglesia la reforma trascendental que prometía la decidida actitud de Pío IX. Si algún espíritu la antevió no era oportuno que la ventilara a la publicidad *propter scandalum pusillorum*, y quizá porque esta reserva pertenecía al ciclo de aquellas verdades que Jesucristo recató a sus discípulos porque no tenían arrestos para soportarla. En nuestros días vemos a la Iglesia en toda su pujanza espiritual, mayor, desde luego, que cuando empuñaba armas materiales, vencedoras en Bolonia bajo Julio II y vencidas en Novara bajo Pío IX. Ahora vemos a la Iglesia imbele y pacífica, con los brazos en cruz, como la Orante de las Catacumbas: no militar, sino militante. La transfiguración política de la Iglesia se ha operado delante de nuestros ojos. La radical mudanza en un organismo vivo y actioso, con dos milenios de existencia y que tiene garantizada su perennidad en la palabra de Cristo, se llevó a término feliz en un lapso de cincuenta y dos años; *in actu oculi*, en un guñar de ojos, como quien dice, comparada con la sucesión innumerable de los siglos hasta el fin de los tiempos. Después que Pío IX rodó sobre sí las llaves de su voluntaria reclusión vaticana, tres Pontífices, en su dorado encerramiento: León XIII, San Pío X y Benedicto XV, iban madurando pensamientos de paz y no de aflicción. Y una mañana delcano febrero romano del año 22, en Dios y enhorabuena, el undécimo de los Píos, con gallardo, majestuoso e inesperado además, rompió simbólicamente el encierro abriendo la galería exterior de San Pedro para impartir su primera bendición a Roma, a Italia y al mundo con la triple cruz a la innumerable muchedumbre arrodillada con múltiple rumor, como de congregación de muchas aguas reunidas de muchos mares y de muchos ríos. En tal día, *Orbis in Urbe fuit*: el Orbe estuvo en la Urbe. La apertura de la logia vaticana significaba no ya la apertura de una época, como De Maistre dijo de la amnistía de Pío IX, sino de una nueva Era. Y este éxodo, como el que Moisés acaudilló de la cautividad babilónica a la libertad espiritual del desierto, esta feliz liberación de la Iglesia de la excesiva pesadumbre del poder temporal se consumió en el reinado de una bienaventurada trilogía de Píos, a quienes se puede aplicar aquel elogio del Eclesiástico: *Hi viri misericordiae sunt quorum pietates non defuerunt*. Estos son varones de misericordia cuyas piedades no descaecieron. Una tras otra se fueron superando las dificultades previsibles de la transición y acomodación a los tiempos nuevos, menores de lo que se temían, con el favor de Cristo que asiste continuamente a su Iglesia.



Retrato de don Juan Donoso Cortés

DONOSO Y CANOVAS, DOS ESPIRITUS AFINES

Espiritus afines del de Donoso Cortés eran en aquellos días barrenados por las mismas inquietudes. ¡Temían por la caducidad de lo que estaba asentado sobre piedra firme! Uno de estos espíritus de poca fe era Cánovas del Castillo. Ello se puso de relieve en su primer discurso como presidente del Ateneo de Madrid. A cuento viene lo que en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el 18 de diciembre de 1904 decía don Juan Valera, pluma ática y espíritu de agudeza y equilibrio:

«Bajo la impresión de dos acontecimientos importantísimos, Cánovas decide y hasta profetiza; pero bien podemos admirarnos de sus pronósticos y decisiones, sin aceptar por inevitables los pronósticos ni las decisiones por seguras y bien fundadas. De que el Padre Santo haya perdido su poder temporal y de que los prusianos vencieran en Sedán a los franceses, ni puede ni debe inferirse todo lo que Cánovas infiere y anuncia. Para todo católico creyente, la Iglesia de Cristo está fundada sobre incommovible cimiento, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Ahora bien, ¿cómo creer que la persistencia de tan sólida congregación y del centro soberano que le presta unidad y armonía puede depender de condición proporcionalmente tan mezquina como es la de que el Padre Santo sea soberano temporal de una pequeña porción de Italia, la obediencia de cuyos habitantes convino conservar a menudo por medio de la intervención y ocupación de un ejército extranjero? ¿Qué garantía de independencia puede dar esto al Padre común de los fieles? La misma Historia enseña lo contrario, y tal vez los Papas que han alcanzado mayor poder espiritual en el mundo son los que menos poder temporal han tenido. Gregorio VII murió en Salerno, desterrado de Roma.»

Hasta aquí don Juan Valera, allá en su ceciente senectud, que apenas le consentía guiar la pluma, pero que ilustraba su mente clara con extraordinarias luces. ¿Quién duda sino que el actual Pontífice Pío XII, que felicisimamente gobierna la catolicidad, ha ganado para la Iglesia

y para sí tan alto prestigio como pudo gozarlo San León el Magno, que atajó a Atila y a sus vándalos ante las puertas de Roma, o San Gregorio Magno, Cónsul de Dios, que defendió a Roma contra los lombardos? En una de las mayores tragedias que se han abatido sobre Roma, que nosotros hemos visto, cuando parecía realizarse aquel fiero vaticinio de Isaías: *Con quebrantamiento será quebrantada la tierra; con desmenuzamiento será desmenuzada la tierra; con trituramiento será triturada la tierra. Con temblor temblará la tierra como un beodo...* Pío XII, en medio de su grey despavorida, se mantuvo bajo el diluvio de trueno y de fuego, entre consternaciones y miedos y agonías, blanco, patético, augusto, con sus inmensos brazos abiertos, como un Cristo vivo; y con la sangre de su grey se manchó el impoluto candor de su sotana. ¡De su sotana, que protegió más eficazmente a Roma que diez legiones! Por el tratado de Letrán, el poder temporal del Papa se reduce a cuarenta y cuatro hectáreas. ¿Y a cuánto se extienden, y cuánto pesan en el mundo, y cuánto pesarán en la historia de los nuevos tiempos, las cuarenta y cuatro hectáreas de la Ciudad del Vaticano, medidas con la medida con que deben medirse, que es aquella caña que fué entregada al Angel del Apocalipsis: «Y se me dió una caña, semejante a una vara, y fuéme dicho: levántate y mide el templo de Dios y el altar y a todos los que en el templo adoran.»

EL FILOSOFO DE PALABRA ILUMINADA

Releamos las últimas palabras de Balmes en su «Pío IX»:

«El humano linaje, aun en su vida sobre la tierra, es conducido por la Providencia a un término misterioso y por caminos ignorados. Quien desconozca la transformación que en todas partes se realiza no ve lo que tiene delante; querer asirse únicamente de las formas pasadas es confiar en el apoyo de un leve arbusto al bajar por una peligrosa pendiente. Respetemos lo pasado, pero no creamos que con nuestro estéril deseo lo podemos restaurar; y al interesarnos por los restos de lo que fué no llevemos la exageración hasta el punto de maldecir todo lo presente y lo venidero. Pues, ¿qué? ¿No fué nuevo algún día lo que ahora pasa? ¿No ocupó en otros tiempos el lugar de cosas que a su vez pasaron también? La vida del género humano, ¿no envuelve una transformación continua? La Historia, ¿es acaso más que una serie de magníficos lienzos en que se nos ofrecen a cada paso la novedades más asombrosas, las mudanzas más sorprendentes? Guardemos intactas las verdades eternas; estemos seguros de que no perecerán las cosas cuya duración estriba en promesas divinas; pero lo demás mirémoslo como es: perecedero. Y al ver colosales construcciones, obra de la mano del hombre, recordemos aquellas palabras de Jesucristo: «¿Ves esas grandes construcciones? No que dará piedra sobre piedra.»

Y continúa diciendo con palabra iluminada:

«El que esto escribe no representa nada ni en el clero ni en el pueblo de España; es únicamente un individuo que emite su opinión, pero está seguro de que su corazón no le engaña al creer que los españoles, así del pueblo como del clero, no se diferenciarán en este punto del pueblo y del clero de los demás países católicos. La fe en las divinas promesas les comunicará confianza de que el Papa acierte en lo temporal; aunque sin confundir lo divino con lo humano, no dejarán de ver que aquí lo humano está muy cerca de lo divino, y no podrán pensar que en la augusta cátedra de donde se han derramado tantos beneficios sobre la sociedad, aun en lo puramente civil, esté sentado un Pontífice que haya de perturbar al mundo... Asistamos, pues, con calma y confianza a ese grande espectáculo; no nos desalentemos por la noticia de pasajeras contrariedades; dilatemus la vista por el espacio y el tiempo; no nos limitemos a un punto; no veamos sólo el día de hoy; recordemos la Historia y pensemos en el porvenir...; no nos amilane un peligro ni un mal, reflexionando que la Humanidad no progresa sin lucha ni se mejora sin dolores. Y unidos de corazón con la Iglesia, que ora sin intermisión por el Papa en todos los ángulos del universo, confiemus que Dios le dará luz y fortaleza, y que las dificultades, los peligros, los males se compensarán con los bienes en que será fecunda la obra comenzada por Pío IX.»

Parece que Balmes tomó para sí aquel consejo goethiano: *Desecha lúgubres cavilaciones y baña tu pecho terrenal en el rosicler de la aurora.*»

LA HONESTIDAD DE LA PRENSA

La singularidad y personalidad de la Prensa española constituyen, dentro de la historia del periodismo, un fenómeno que merece una atención más seria y más reflexiva por parte de todos aquellos a quienes preocupan o deben preocupar los problemas de la «información». Limitando ahora nuestras consideraciones al campo de los intereses espirituales, morales y religiosos, los cuales también se verán afectados, positiva o negativamente, por los principios y procedimientos a que ajusten su conducta los medios informativos y los hombres que los manejan, puede afirmarse que en ningún país dichos intereses están servidos por un conjunto de periódicos y órganos de difusión tan amplio y tan fiel a las enseñanzas de la Iglesia.

Mientras en Francia, por ejemplo, y en Italia solamente encontramos un diario de rango nacional confesionalmente católico, en España la totalidad de las publicaciones periódicas se mueven clara y explícitamente en la órbita de esta confesionalidad.

Es cierto que la unidad religiosa de España es también un caso casi único en el mundo, pero esta unanimidad, esta unidad católica del pueblo español no es de hoy y, sin embargo, fué también un hecho que hubo tiempos en los que se dió Prensa no católica y hasta Prensa anticatólica en nuestra Patria.

Reconocemos que la fragmentación y división de creencias existentes en otros países se ha de traducir, lógicamente, en una múltiple caracterización de su Prensa. Pero está al alcance de cualquiera comprobar que en ellos son muchos los periódicos, revistas, emisoras, etc. para los que, con frecuencia, no cuentan ni las más elementales exigencias morales, espirituales y religiosas de la ley natural.

A la vista de tan radical y sustancial diferenciación creemos que, especialmente, los sectores católicos extranjero están obligados a enfrentarse con la realidad española para averiguar las causas de las que se derivan tan importantes y saludables efectos.

Las causas, como decíamos, hay que buscarlas en los principios, en los criterios y en los procedimientos que hacen posible esta caracterización de la Prensa española. Estos procedimientos, criterios y principios suponen e implican una superación de los que hasta el presente se han querido mantener por muchos como únicamente válidos y aceptables en el ejercicio de las tareas informativas. Pero este sentido progresivo y superador es precisamente la única actitud correcta. Lo contrario es, sencillamente, sumisión al prejuicio y a la rutina.

Sabemos que nuestros postulados doctrinales sobre la naturaleza y fines de la «información» no están totalmente desarrollados y en ello hay que trabajar esforzadamente. La mecánica procesal siempre es perfecta, y a todos incumbe en este perfeccionamiento la obligación de aportar generosamente cuantos esfuerzos sean precisos. Pero los resultados obtenidos comprueban que estamos en el camino recto. De estos resultados se hacia eco el arzobispo-obispo de Barcelona en una reciente carta pastoral. «De lo que más hemos de felicitarnos —dice— es de la honestidad de la Prensa diaria y periódica, a la que nunca alabaremos bastante por su comportamiento y por la docilidad con que siempre ha acogido cualquier indicación nuestra, que hayamos hecho en cumplimiento de nuestros deberes pastorales.»

EL ESPAÑOL

LA TORRE DE BABEL DE LOS POETAS



UNA BIENAL DE LAS LETRAS EN BELGICA

LOS CONGRESISTAS DE KNOKKE-LEZONTE, "ESPELEOLOGOS DEL ARTE"

Cada poeta por su camino. todos nos encontramos en la Secretaría General del Congreso establecida en uno de los lujosos departamentos del casino de Knokke.

Los amigos se encontraban y hacían amigos nuevos. La gran hispanista italiana, Juana Granados de Baynasco iba con la hispanista alemana Carlota Hochgründler - Hofman, la figura menuda y más delgada que el alre de Kikon Yamata, la célebre novelista japonesa, se veía sobrepasada por la de Goffin, el enorme poeta belga. Un muchacho inquieto, Leopoldo Senghor, poeta senegalés, destacaba junto al blanquísimo hábito del dominico Gihoul, albino además. Un mundo en no sé cuántos idiomas bullía alegremente. Abajo, en el hall de entrada principal, las esposas (¡abnegadas!) del Comité directivo, disponían el tinglado de los libros, pues en la Bienal de Poesía —y hablo por feliz experiencia— ¡se han vendido libros de poesía, y novelas de los congresistas!

La tarde fué un incesante ir y venir, con paquetes de libros, con maletas. Un espléndido tiempo acogía a los poetas y el gris delicadísimo del mar se fundía con la noche de necesario reposo... de los que quisieron reposar, naturalmente.

ESPELEOLOGOS DEL ARTE

Porque la inauguración tuvo lugar al día siguiente, 3 de septiembre, en la sala del casino decorada por Magritte con unos frescos surrealistas sumamente decorativos. Cassoa, presidente de la Bienal agradeció al Gobierno belga y a todos cuantos contribuyeron a la realización de la Bienal, su apoyo, a continuación el ministro de Instrucción Pública belga habló y llamó al poeta *espeleólogo del arte*, frase que me pareció muy feliz.

—«El poeta, espeleólogo del arte, acierta a sacar a la luz del día lo que encuentra en la sima del subconsciente. Ascender de lo oscuro a lo claro es lo propio del poeta, que es el lago entre las soledades.»

Hablaron todos los que se sentaban en la gran mesa ante la enorme asamblea. Y se levantó la Scrbona, en expeditiva figura femenina, Mlle. Jeanne Durry, que expresó el saludo de la vieja institución y en una vehemente improvisación conectó la poesía de hoy, con todas sus audacias, a la poesía de siempre.

Cuando todos los saludos se terminaron ya era la hora del almuerzo, y a las tres de la tarde estábamos convocados para una excursión a Brujas. Tres enormes autocares llenos de poe-



Arriba: Un numeroso grupo de poetas y poetisas saliendo de la inauguración de la Bienal. — Abajo: Françoise Delcourt, secretaria principal de la Bienal

tas y otros coches particulares (¡de poetas, sí, de poetas!) emprendieron el viaje en una bella hora de sol. En la ciudad que Rodenbach tendría que llamar ahora «resucitada», los grupos se diseminaron para reunirse a las horas señaladas para el regreso.

EL ENANO JEAN PAUL
DE LA TARARE

¡Qué grato paseo por los canales dieron los poetas! Si muchos los conocían ya—y no por ello dejaban de admirarlos—, para los más era un espectáculo nuevo y encantador. En el hospital de San Juan, después de admirar a Membirg, hubo quien se coló en la Botica de las Mon-



Pierre Louis Flouquet, fundador y director del «Diario de los Poetas»

jas, siguiéndola con la curiosidad de ver algo más vivo y presente. Mientras, sentado en un escalón de acceso a la Sala-Museo, hallé al poeta menos vulgar de todos: al enano Jean-Paul de la Tarare, hombre aparentemente de buen humor, al que acompañaba una mujer que está curvada de inclinarse a hablarle. Le pedí que me dejara retratarle y accedió sonriente. Tanto yo como el poeta Iñigo de Aranzadi disparamos algunos clisés del poeta solo y en grupo con nosotros.

—¿Conoce usted la poesía española?—le pregunté.

—No.

—Pero ¿le interesa España?

—¡Oh, sí! Considero la poca que conozco como mi segunda patria.

—¿Qué piensa usted del Congreso de Poesía?

—Que es sumamente importante para las relaciones humanas y el mutuo conocimiento.

—¿Quiere usted contarme alguna anécdota de su corta permanencia en Knokke?

—No sé... Lo que me maravilla es la generosidad belga para los demás países y para Francia en particular.

Jean Paul de la Tarare nació en 1899 de una familia de pintores y artistas líricos, músicos, escritores. A los veinte años se dedicó al cine (seis films) y al teatro de vanguardia, con Jean Cocteau, teatro cristiano, etc. Escribió una pieza teatral, «La vida milagrosa». Fué el autor y director de un film de vanguardia, «Sueño de playa». Expuso como pintor, publicó poemas y cuentos, y en 1938 editó con Denoël su novela «Yo, un enano», que obtuvo enorme éxito y se agotó. Después de la liberación se dedica al periodismo, a la biología marítima, y colabora en obras científicas. Representa en Francia al «Diario de los Poetas».

Con su cuerpo diminuto, su gran cabeza leonina, de dulces, pero penetrantes ojos, de la Tarare, me ha parecido un sujeto humano digno del mayor inte-

rés; lamento no conocer esa novela suya («Yo, un enano»), que debe ser un documento superior al de Vicky Baum.

Frente a él, Pierre della Faille, un poeta y gran señor belga, nieto de Rubens, según me asegura Juana Granados, con su mujer, la húngara Isabel Vital. Forman una hermosa pareja, sanos, fuertes, altos, llenos de cordialidad. Con ellos y conmigo accede a retratarse el autor de «Yo, un enano», sin que su dulce expresión deje de acompañarnos.

UNA POETISA DEL JAPON: KIKON YAMATA

Poco después, y ya en un salón de lectura del casino, nos encontramos Kikon Yamata y yo. No lleva, y es lástima, su traje nacional; viste como una maestra de escuela, gafas y todo, y pierde vistosidad. A mi primera pregunta sobre ella y su obra abre el bolso y saca una hoja mecanografiada que contiene la relación de su vida. Es una persona fina, correctísima, simpática y eficaz. Porque a la hoja o máquina siguen otras ya impresas de la librería Dosnat hablando de su novela «Tres geishas», y de «stock» sobre la «Dama errante». (Me recordaba a una poetisa española—¡perdón, querida colega!—que siempre lleva sus poemas «por casualidad» en su bolso de mano.) Gracias a ellas puedo ofrecer un resumen biográfico suyo, a continuación del que transcribo de nuestra charla.

—En España conocemos sus primeras novelas, «Masakon» y «La trama del milano de oro». ¿En qué trabaja usted ahora?

—En una nueva novela, «Roma», en donde estudio la psicología de la mujer francesa que se casa con un japonés. Parte transcurre en el Japón del siglo XIX, luego en Francia, y por último en el Japón moderno «d'avant» y «d'après guerre».

—¿Le inspira curiosidad España?

—Muchísima. Encuentro incluso relación entre las danzas españolas y las japonesas: movimiento minucioso, dignidad. La mujer japonesa, en su versión a la danza, tiene humildad, pudor e intimidad. La mujer española tiene conciencia de su femineidad, fiera, orgullo muy españoles. Sin embargo, hay cadencias, actitudes, contrapuntos semejantes entre ambas.

Los ojos de Kikon Yamata afirman lo que sus labios. Es una pequeña y entusiasta criatura esta ilustre y celebrada novelista—hija del cónsul general del Japón en Lyon, Tagazumi Yamata, y de Margarita Varot—nietas de samurais. Nació a su vez en Lyon en 1897; estudió en el Liceo de la misma ciudad y en el convento del Sagrado Corazón, en Tokio. Fué secretaria de l'Associated Pres de América en Tokio, colaboradora en francés del diario «Yomiuri», y en 1918 editó su primer libro, «Baldadas y paseos», en francés, y en Tokio.

En 1923 vino a Francia a la Sorbona, en donde obtuvo certificados de Historia del Arte y de la Cultura Japonesa. Vía Siberia, permaneció en Japón de 1929 al

30. En 1932 se casó con el pintor Suizo Conrad Meli. Vive en París, y en 1939 la invita al Japón la Kokusai Bunka Shinkoka para tres meses, y la guerra la obliga a quedarse hasta 1949, año en que fué repatriada a Suiza con su marido. Y allí sigue, por lo regular.

El barullo de los poetas se confunde con el de los elegantes que acceden a la sala de juego. ¡Qué diferencia de rostros, ojos, frentes!... Un mundo de la inteligencia cerca de otro de otras cualidades que no excluyen a la inteligencia, naturalmente.

«LA GUERRA DE LAS DAMAS»

Mientras los comunicantes expansionan su verbo, nada perezooso, ojeo y hojeo «Ciel bleu», un librito del poeta francés Raymond Quinot, cuya segunda parte está dedicada a sus impresiones sobre España: un viaje por Barcelona, los limpiabotas, el bolero, la corrida, la catedral, la bahía de Palma, la noche... A mi lado otro poeta joven, parisién me cuenta una anécdota de nuestra gran novelista Elena Quiroga. Se trata de la versión al francés (originariamente muy mal hecha) de su novela «La sangre». Como Elena protestó justamente de la traducción—hecha por otra mujer—ante la Editorial, y el asunto lo llevaba una alta empleada de la misma, y luego se le encargó a otra mujer la revisión del texto, la Casa Plon, de París, llama a todo esto «la guerra de las damas». Pero tiene razón la autora. Y triunfará en su lógica exigencia.

DESDE GUINEA ESPAÑOLA A KNOKKE. TREINTA Y DOS DIAS

El poeta Aranzadi ha contado a todos una historia conmovedora de su incorporación al Congreso: él representa a la Guinea española. Estaba allí entre sus negritos y demás cuando supo lo de la Bienal. Tomó el barco, y treinta y dos días de viaje para acudir a ella! Le oye con admiración y asombro. Por eso él se está dando ahora un baño de civilización, después y antes de la selva...

Brujulea una poetisa belga muy compuesta, que a todos habla de la próxima llegada de «Son Mari et re ses filles». En tretanto abre el bolso y saca sus fotografías para que los conozcamos a todos. Por fin asistimos a «l'arrivée» de la familia tan esperada, y la poetisa va llevando a los que puede al umbral del salón de la Asamblea para mostrar personalmente a los suyos. Es conmovedor este amor íntimo en tan heterogénea reunión!

Quando se aparta la mirada de la tribuna de los comunicantes se encuentran pocas variedades al devolverla allí. El Senegal ha consumido turno diario. Goriely, el ruso que vive en París, oye varios toques para que abrevie su verborrea. Va y viene, melancólica y nartalizada, una poetisa que agobia a fuerza de «proliténe» y cordialidad inútil. Angéle Vannier, ciega, levanta sus ojos sobre una sonrisa que parece que ve. Y la afilada taquígrafa de la máquina

teclea sin cesar ¡ni un segundo! y sin mirar el teclado, atenta sólo a las palabras que «ve» decir. Karel Jonckheere, poeta flamenco, preside los debates y contesta en buen español al poeta venezolano Lizcano.

Se ha dicho mucho en las reuniones. Jacques Duron hace una comunicación de envergadura, y asimismo Fernand Verhesen y Alain Bosquet... Pero ¿qué le ocurre a ese muchacho que avanza a grandes trancos por la sala, la barba sacada, los brazos caídos, y que desde la tribuna lanza palabras retumbantes contra Bosquet, atrayéndose risas y protestas a un tiempo? Es el joven e impetuoso Fraigneux, que rechaza la teoría pesimista de Bosquet con un tono bélico que la confirma.

LA TORRE DE BABEL DE LA POESÍA

Fino, nervioso, Louis Emié. Hace sus declaraciones con perfecta convicción, y luego me habla de sus impresiones:

—Knokke es la Torre de Babel de la Poesía; pero en esta confusión se habla la misma lengua, porque a través del mundo es siempre la misma cosa la tratada. Debemos agradecer a Funquet, a Vaudercammen, a Haulot y a tantos más que se haya realizado este milagro, único en el mundo e increíble antes de ellos, de reunir 300 poetas de todos los Continentes. Si la Poesía es una gran familia fraternal es preciso que esta familia conozca todos sus rostros.

—¿Has venido antes de ahora?

—Esta es la segunda vez que vengo a Knokke, a la orilla del mar del Norte, que me asustaba un poco, hombre del Mediterráneo francoespañol. Pero amé en seguida a Knokke y a su mar porque ambos me dan el semblante múltiple de todos mis amigos poetas desconocidos. Ahora, cuando leo en el «Diario de los Poetas» un poema, ya puedo darle una mirada, una forma humana a su forma. Retengo para entonces el sonido de una voz cordial, y esa voz la prolonga el poema hasta mi corazón.

—¿Qué opinas de la Bienal de este año?

—Se ha discutido mucho acerca de la poesía y del lenguaje en esta suntuosa sala del casino, donde los frescos de René Magritte se entreabren a un cielo barroco y fantasmagórico bajo la gigantesca lámpara que sobre nuestras cabezas suspende su madrepora de cristal.

—¿Y no te interesan las discusiones?

—Todo fué, sin duda, apasionante; pero a mi juicio lo más apasionante son los contactos individuales, al amparo de las «rencontres», en los cafés, en la playa, en Brujas... Estoy seguro de que cada uno de nosotros vive durante cuatro días minutos únicos, maravillosos, cuyo recuerdo no se borrará fácilmente. Para mí, déjame decirte, mi alegría viva y profunda es haber podido charlar con mi grande y gloriosa amiga C. C., la admirable poetisa. El solo sonido de su voz me llevaba brusca-

mente a Madrid, al corazón de esa ciudad que yo amo por encima de todo en el mundo, porque es un poco «mi capital» (quizá más aún que «París de Francia»). Y porque he podido estrechar entre las mías las manos de mi amigo Dictinio de Castillo, al que la poesía francesa debe tanta gratitud, y la mía en particular. Gracias a él varios poemas míos (y no de los menos «difíciles») son conocidos al otro lado de los Pirineos, han logrado acceso al corazón de esa España que tan querida me es, que es mi segunda patria; de esa España cuya sangre rápida y apasionada late en la mejor parte de mi corazón!

(Y es verdad que Louis Emié parece un caballero joven del Greco, un español de Toledo.)

Janette Deletang-Tardif es una bondadosa mujer alta, gruesa, albina, autora de poemas, novelas, ensayos, traducciones, conferencias, cuyo pensamiento más sutil traspasa una poesía que después de Mallarmé y el surrealismo, encuentra gracias a ella un lenguaje hasta entonces no oído. Junto a Emié escucha sonríe, aprueba, y cuando le llega su hora lee unas cuartillas con esa voz inesperadamente infantil que suelen tener muchas personas fuertes.

Otra poetisa notable (aunque administrador civil en un ministerio) es Pierrette Sartin. Su carrera universitaria fué brillante, los resultados de sus estudios, también. Tiene además bellos y numerosos libros de poesía publicados entre 1939 y 1953; uno de ellos, «Visages de l'Amour», premio «Tristan Corbière. Perodista y novelista, colabora en «Les Essais», «Cabriers de Paris», «Revue Nouvelle» (belga), «L'Echo d'Oran», «Sud-Ouest Dimanche», «Eclésia»...

DOS HOMBRES DE LUCHA

Entre los congresistas que más frecuentemente suben a la tribuna están Lionelli Fiume y Leopoldo Senghor. Son dos hombres de lucha el italiano y el senegalés, acostumbrados a discutir y a imponer—exponiéndolo muy certeramente—su pensamiento.

—¿Quiere usted hablarme de sí mismo?—le pregunto a Senghor.

—Que nació en 1906 (9 de octubre) en Joal (Senegal), hice



Duquesa de Rochefoucauld, congresista en la Bienal de Knokke-Lezont

mis estudios secundarios en Dakar, en el colegio Libermann, dirigido por los PP. del Santo Espíritu; los superiores, en París, en el Liceo Luis el Grande y en la Sorbona. En 1935 trabajé en la Universidad como auxiliar de Gramática. Después fui profesor en el Liceo Descartes, de Tours, y en el Marcellin Berthélot, de París. Movilizado en 1939, tomé parte, como soldado de segunda clase en la guerra, siendo hecho prisionero en junio de 1940. En 1945 me nombraron profesor de Lenguas y Civilizaciones Negrofriacas en la Escuela Nacional de la Francia de Ultramar. En 1945 también fui elegido diputado del Senegal en la Asamblea Nacional Constituyente francesa, siendo siempre reeligido desde este año. Trabajé en la fundación de un bloque democrático senegalés para crear un laborismo africano que integre los valores religiosos y culturales del Africa negra.

(La lista de obras poéticas de este activo líder de su raza es copiosa y de singular valor e interés.)

—Querido Fiumi, ¿qué piensa usted del Congreso? ¿Cree en la



Flouquet leyendo su bienvenida a los congresistas desde la mesa presidencial

utilidad de las reuniones de poetas?

—Pues, sí. Estas reuniones son siempre útiles por el intercambio de ideas; cuando se trata de una reunión con carácter universal mucho mejor. Un verdadero concilio ecuménico como este de Knokke, organizado ampliamente por Flonquet y Haulot, es sumamente útil tanto por el conjunto del pensamiento como por la posibilidad de comparación entre los países. Como usted ha dicho en su informe sobre la poesía española, yo encuentro un consolador paralelo con la poesía de mi país: retorno a los valores humanos.

—¿Qué piensa usted de la poesía española?

—¡Cómo no voy a pensar que es pura y elevada, después de los nombres que usted citó y cuando se conoce la de tantos poetas actuales!

—¿Qué le interesa más del Congreso?

—Lo que más me interesa es la presencia «física», la presencia «humana» de los poetas. Los conocía a través de sus libros, pero era un conocimiento abstracto, casi impalpable. Aquí tengo la alegría de estrechar sus manos, de mirarlos a los ojos, de llevarme un recuerdo afectuoso que se sobrepondrá de hoy en adelante y prestará calor a la lectura de los versos de este o aquel poeta conocido ya personalmente. Como en nuestro propio caso.

LA ALEGRIA DEL MUTUO CONOCIMIENTO

Como se ve, este regocijo del mutuo conocimiento (ni más ni menos que lo que pretenden los Congresos de Poesía Española) es el que predomina en todos los escritores, que alternan sus horas de trabajo con otras en las que se les ofrecen motivos de distracción. Por ejemplo: el Teatro Joven de la Universidad de Bruselas dió en su honor una representación muy importante: «Los troyanos», de Eurípides, en una bella adaptación de Jean de Paillot, «mise en scene» de Paül Roland, decorados y trajes de Emilio Lan; y música de Paül Danblon. No se intento una absurda reconstitución arqueológica, porque el teatro vive y evoluciona. Se destacó la potencia dramática de la obra, su movimiento, su ritmo, su conclusión, su moral.

En esta misma noche, y antes de «Los troyanos», se leyeron versos (algunos malos y tendenciosos, porque la selección escapó al cultivo del comité organizador, según me dijeron) de poetas muertos. Nuestro Pedro Salinas muy bien traducido, obtuvo gran éxito.

UNA POESIA PARA CADA POETA

La fina y elegante figura de Gibert Mauge, que tal es la firma literaria de Edmée de la Rocheforcauld, estuvo presente en todos los momentos del Congreso. Su pluma ha sido infatigable tomando notas de aquello que oía y estimaba digno de retenerse, mujer de acción intelectual, su vasta cultura la mantiene alerta en todos los planos: es presidenta de los Amigos de las Le-

tras, miembro de la Sociedad de Gente de Letras, presidenta del Comité Fémica, posee la Legión de Honor. Conferenciante notable, su voz se ha oído en París, Bruselas, Upsala, Oxford, Roma, Berna, Madrid, Lisboa, Oslo Copenhague, América del Sur, Estados Unidos, Africa Negra, Túnez, Argel, Canadá, Flindandia...

—¿Qué piensa usted de la Bienal de Knokke?—le pregunté.

—En las Bienales de Knokke los brillantes congresistas han discutido con gran interés el tema «Poesía y Lenguaje». Por mi parte, pienso que «hay una poesía para cada poeta», lo mismo que el azul de Nottier no es el de Durero; cada poeta escribe «sus» versos. Para pintar el mundo tiene sus palabras, sus giros, y podía decir, como Ana de Noailles: ¡Yo tengo mis adjetivos!». Cada poeta elige su lenguaje.

¡Ah!, he ahí las verdaderas conclusiones a que hemos llegado todos. Y esta gran poetisa, autora de unos veinte libros, obtiene la conclusión que transcribo.

OMER BILLIET, POETA CIEGO

A mí me dura el eco de sus palabras cuando me acerco a Omer Billiet, poeta ciego, que ha ido siguiendo los debates—y tomando sus notas—pacientemente...

—Los Congresos son buenos para darse a conocer—me dice—y para comunicarse mutuamente las impresiones. Son útiles. Pero «las definiciones» no sirven para nada.

—¿Está aislado un poeta ciego?—me atrevo a decirle.

—¡Oh, no! Aunque va solo (yo voy solo a todos partes) se siente acompañado por los otros. Además, «así» mi vida interior es más completa que la de los videntes; ellos se sienten más solícitados por lo exterior y han de cerrar los ojos para abstraerse. La imaginación del ciego no realiza el esfuerzo de los que ven para concentrarse.

—¿Conoce usted la poesía española?

—Sí, la clásica; y de los modernos, García Lorca y Salinas.

—¿Qué prefiere hacer?

—Poesía lírica y teatro. Quiero decirle que en lo poco que conozco de la poesía española encuentro humanidad, emoción muy directa y característica. Yo quiero visitar España pronto; hasta ahora sólo he visitado los Pirineos. Su música popular me es muy querida; y la de Falla, Granados, Albéniz... Los españoles son todos un poco reyes, orgullosos y espléndidos.

(Un poco reyes, es verdad. Yendo por la vida que nos han dejado se comprueba cuánta realce, orgullo y esplendor ha derramado esta raza española, tan dura y exigente para sí misma.)

DEFINICION DE POETA: UN HOMBRE COMO LOS DEMÁS, PERO MAS DIS- TRAIDO Y LUNATICO

Y ahora un momento más. Hay un personaje que no puede quedar fuera de nuestra información: Françoise Delcourt, la

activa, eficaz, gentil secretaria principal de la Bienal. Entre sonrisas que tratan de convencerme de que ella no ha hecho nada logro que me vaya contestando.

—Dígame usted, Françoise, ¿le ha dado mucho trabajo la organización de su Secretaría?

—Francamente, sí; la organización de la Bienal exige mucho trabajo de preparación, sumamente complejo. Mil pequeños detalles deben resolverse con atención, pues es en los detalles en donde se reconoce una buena organización. Los grandes problemas se resuelven siempre mucho más fácilmente, porque su propia amplitud no permite perderles de vista. En suma, y ello es lo esencial de una organización: no perder nada de vista, no olvidar nada, preverlo todo dentro de los límites de lo posible, como es natural. El trabajo más difícil y complicado ha sido el alojamiento de más de 200 personas, tanto por los congresistas como por los hoteleros. Hemos necesitado casi cuatro meses y medio para organizar esta II Bienal.

—Perdóneme usted la indiscreción: ¿Hubo algún poeta que le causara molestias con su comportamiento?

—Todos los poetas presentes han sido encantadores con respecto a mí, y sólo me han dado las preocupaciones inherentes a mi cargo. Es lógico que acudan a mí para pedirme montones de informes. Yo estoy para ayudarles con todas mis facultades.

—¿Y qué piensa usted de los poetas?

—¡Preguntar difícil y delicado! Como seres humanos son hombres como los otros, un poco más distraídos y lunáticos que los demás, acaso. Como poetas no los juzgo porque no comprendo la poesía y no me permito juzgar a los poetas.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy secretaria y me he especializado en los Congresos internacionales. La II Bienal de Poesía es el onceavo Congreso que he hecho en tres años.

—¿Es muy difícil su trabajo?

—Mucho. Porque hay que recordarlo todo, contestar a todas las preguntas lo más rápidamente posible, velar por todo, prever el trabajo que hay que hacer en los días siguientes, organizar la tarea de manera que se obtenga el mayor resultado posible, evitando una excesiva fatiga a los miembros de mi Secretaría.

Informes, más informes, ahora de las Comisiones de estudios. Por fin, la cena de despedida, en el mismo local que la de llegada. Después del banquete los poetas se entregaron a improvisaciones burlescas y festivas. Desde el gordo Goffin al alto y flaco Haulot; todos los importantes contribuyeron a dar apariencias de «music hall» muy francés al Nueva Orleans, lejos ya de las preocupaciones del lenguaje y la poesía.

¿Resumen?

¡Poetas de todos los países, conocele! Hombres de buena voluntad, amaos.

Carmen CONDE

Amsterdam, septiembre, 1954.

POR TIERRAS DE PAN LLEVAR



PALENCIA, OTRA PROVINCIA QUE SE TRANSFORMA

LOS palentinos, esos castellano-leoneses de tierra adentro, esos hombres que llevan en las espaldas el sambenito de la parda tierra, acostumbran a nombrar la hermosa catedral de la ciudad de una manera única. La llaman la «bella desconocida». Y la nombran así, personalizando la piedra, para señalar, quizá sin darse plena cuenta, el íntimo secreto de la ciudad. La catedral de Palencia, piedra blanca, lúcida y sin retórica, esconde dentro, en un pleno anfiteatro de tres cruceros, un real tesoro artístico. Y aun bajo ella, penetrada la tierra, hundidas en las arcadas de la cueva, se levantan las columnas visigóticas. Las columnas del siglo VII que vieran ya con la cruz a cuestas, que Palencia era una ciudad cristiana. Pues bien, si la catedral es un secreto que sólo los palentinos saben, la provincia de Palencia es un secreto de crecimiento y de potencialidad que ni aun los mismos palentinos conocen.

LA CIUDAD TIENE SU COLUMNA VERTEBRAL

A Palencia, ¿por qué vamos a intentar esconderlo?, se llega con la cara larga. La cara de los días sin pan en la tierra del pan. Y se llega así, sin más, por un colosal desconocimiento de la tierra española. De su misterio y de su realidad. Decía Unamuno, hombre peregrinante, hombre con los pies listos siempre para la excursión, estas ásperas y directas palabras: «Cuando oigáis hablar a algún español de España con ligereza, informaos si conoce algo más que la aldea o el lugar en que se crió...» Pues bien, yo he leído con plena humildad ese capítulo unamunescos durante mis días palentinos.



Arriba: Páramo de la tierra triguera palentina: «Tierra de pan llevar».—Abajo: Panorámica de la capital de Palencia, desde el monte «El viejo»

Palencia, ciudad vieja (no vamos a hinchar ahora el perro y convertir las cañas en lanzas), tiene, como todas las ciudades castellanas, una vía de penetración y de conquista. Una calle Mayor-Principal, antigua cañada, cauce y sendero de los rebaños trashumantes de la clásica Mesta medieval, hacia la que discurren todos los caminos. Pero la calle Mayor y Principal de Palencia se diferencia de las otras calles semejantes de Castilla en su longitud. Es una calle larga, quizá como una garganta, colmada, eso sí, por un vasto pleamar de soportales. Soportales durante un kilómetro largo, que son en los días de lluvia y nieve el «pa-

raguas municipal». La ruta seca del comercio y la manta blanca de Palencia. Del comercio de la manta que viaja y se exporta y de la manta campesina y recia que se lleva en los hombros a la manera de los fusiles de campaña.

Bajo estos soportales, primera mirada que acepta y recoge la del forastero, se expande como un aliento, como la pelusilla blanca de los árboles que rodean y circundan la ciudad, el crecimiento potencial de ésta. Cada comercio, renovado, de anchas cristaleras, con el soporte moderno y algunas veces ultramoderno y abstracto de los escaparates, nos recuerda que la vida ha

cambiado. Que desde muchos lugares de la ciudad se presiona, aunque existan vetustas edificaciones comerciales, para ganar la batalla al tiempo. Por eso también, rompiendo la apretada unidad de las casitas que se levantan sobre las zancudas y larguísimas columnas de los soportales, se han introducido ya muchos nuevos edificios que parecen, ciertamente, presionar con sus anchos biceps de cemento sobre toda la vieja arquitectura. Y esto nada tiene que ver con el respeto y la emoción que nos merecen las piedras mayores. Se trata simplemente de señalar que Palencia crece, y que ese crecer tiene un cierto galope oculto y significativo, que no priva a la ciudad de su sabor clásico, de su música soterrada y antigua.

Hay mucha gente por las calles, gente viva y despierta, gente mañanera y compradora, que mira y mira, y pesa y repasa las cosas. Mucha gente del campo, de las tierras paneras que vienen a gastar el trigo. Muchos puestos, casi «mejicanitos», encienden la variedad y los colores de los mil caramelos.

LAS MANTAS DE PALENCIA

Este reportaje, yo lo sé, va a tener, en cuanto a mí mismo, cierta emoción particular. La emoción limpia de haber descubierto, aunque de prisa y al galope, el crecimiento de España. Y haberlo visto sin más, en las tierras donde más nos duele España: en Castilla. En la Castilla del adobe y el trigo que tenía en sus hombros dos siglos y medio de abandono. Dos siglos de ascética y amarillenta miseria, de la que únicamente se puede decir no fué capaz de quebrantar y destruir una serie de virtudes espléndidas. Pero es que, el crecimiento de la vida en estas tierras, tiene una significación mucho más vasta: la de advertirnos que España, la España emigrante, ha sabido levantar en estas tierras del trigo y del castillo, la técnica más presumidora. La técnica y el estilo científico que tantas veces hemos oído decir «no era cosa de españoles».

Todo el mundo sabe que Palencia hace mantas. Que cada casa española tiene mantas de Palencia. Hablo de ellas, pues, para hablar de otras cosas. Porque es cierto que lo textil, lo mantero, era y es asunto de Palencia, «pero ya una entre tantas cosas que esta provincia se ofrece y ofrece a los demás».

La tradición de las mantas es tan vieja en la «Pallantía vacea y romana» que no merece hablarse de ella. Pero existen, entre sus calles, las calles clásicas de la manta. El barrio viejo de los cardadores donde la lana del vellón, la lana trasquilada y sucia, se hacía hilo recto. Este barrio es La Puebla. Un lugar de la población que ha cambiado mucho. Ahora, en los lugares tradicionales se encuentran las fábricas nuevas. Y ya los antiguos recolectores, los viejos y picarescos trotamundos que iban a comprar lana a todos los puntos cardinales de Castilla han levantado fábricas perfectas que lanzan cada año a España nada menos que 150.000 mantas;

150.000 mantas cada año, suponen hoy la bonita cifra de 40 millones y medio de pesetas.

EN LAS FABRICAS

El proceso de trabajo de la lana, según va pasando por las distintas fases hasta llegar a la hilatura, es asombrosamente sencillo y fácil. En la Textil Palentina, S. A., el gerente, don Emilio Ortega, me dice «que tiene un documento notarial concediendo el título de fabricante a un bisabuelo. Y esta cargazón de herencia a herencia, no es sólo en los grandes puestos, en los cargos de responsabilidad, sino que alcanza también a los obreros y a los trabajadores. Frente a una de las máquinas, «la carda-mechera». Un operario lleva en el oficio la friolera de cuarenta años. Es un hombre fino, de pelo blanco, que ha debido ser de mozo rubianco. Me dice: —Eso no es nada. Mi padre trabajó en la misma industria durante cincuenta años.

—¿Cómo se llama?

—Félix de Miguel... Yo soy de aquí; de la misma Puebla. Nací casi en la fábrica.

Y señala con la mano ligera un rincón extremo. Una familia que lleva, pues, como los patronos, un siglo en la casa.

Otro operario, un técnico, un habilidoso maestro, Rupiniano Lezcano, hereda la tradición del trabajo del padre y del abuelo. Han venido las máquinas, cierto, se ha impuesto la técnica, pero continúa el tácito parto humano que se estableciera en los primeros tiempos: cuando se cardaba y se tejía a mano. A pura mano de hombre.

LOS PERSONAJES HUMANOS

Desde todos los sitios, en este ir y venir entre las mantas, se me ha ido empujando insensiblemente para conocer a Mariano Herrezuelo. Don Mariano Herrezuelo tiene ahora sesenta y un años, y es administrador de La Castellana de Lanás. Este hombre, entre áspero y tierno, con cierta parálisis, que no detiene por ello su empuje, se concentra en buena parte de la historia heroica de los recolectores de la lana.

«A los diez años —me dice— ya fui con mi padre a comprar lana a los pueblos.» Eran los tiempos de andar a pie y a mula, y, recordándolo, este hombre de mirada brillante y pícaro, me dice: «De ida íbamos en la mulita, pero a la vuelta, como venía cargada, pues, andando morena». Estos muchachos salían «a provincias». A León y a las comarcas fronterizas. Era una vida dura y escasa. «Entonces —dice el hombre al que, por cierto, no le ofende ni molesta hablar de sus viejas y pasadas tribulaciones— he comprado lana a siete pesetas la arroba. Y ya de mozo, recién casado, por el año 1921, a trece pesetas». Tiene al hablar y al recordar una memoria prodigiosa. No sólo alude al año en que ocurrieran las cosas, sino que tercamente, como aprisionándolas entre los dientes amarillentos, ofrece la fecha entera e íntegra: el día, el mes y el año. «Comiendo un pimientó

muchos días, he llegado a donde estoy hoy». O el pan seco y a secas, don Mariano.

Y se andaba en una plena y urgente necesidad de caminar. «Yo he salido de Paredes —dice— en un atardecer de un 23 de junio, llegando a León a las ocho de la mañana, para ir a comprar lana a la feria. Son 105 kilómetros». Y como alguien en el despacho, en el que permanece con la boina, la gabardina y el bastón, como si se sintiera allí de paso, le discuta la cifra, añade: «No me contradigas. Yo sé todas las distancias de la provincia, medidas paso a paso».

Un hijo de Mariano Herrezuelo hace lo mismo. Pero el padre, entre contento y no contento termina: «Sólo que éste es más señorito. A mí —sigue diciendo— a estilo perro me trataba mi hermano. Hoy a los hijos los tratamos de otra forma... pero mire, lo que hay que saber es gramática parda, pero bachiller, que a mi hermano le agradezco yo aquello.»

Este hombre me hace recorrer, con él a su lado, la nueva fábrica. La capacidad de producción de ella es de varios centenares de miles de kilogramos al año. Por los 16 millones de pesetas anuales. En la fábrica, llena de un ancho y penetrante olor a oveja, se lava y se seca la lana por procedimientos modernos. Una maquinaria implacable va dejando blanca, casi pulquerrima, la sucia lana trashumante de las merinas. «De esas merinas —dice el viejo conquistador—, que tienen la mejor lana española. ¡Ah, cuánto sé yo de eso y de andar!»

EL CRECIMIENTO DE LA CIUDAD. EL CASCO INDUSTRIAL

Creo que no pueda existir ninguna cifra que diga a los españoles lo que han significado los últimos dieciocho años en Palencia que la de la cifra de su crecimiento. Esa cifra humana, esa cifra sin trampa ni cartón, nos ofrece este dato asombroso: en el año 36, unos 27.000 habitantes. Hoy, 42.000.

El inaudito crecimiento de esta «bella desconocida» no se debe a lo fortuito. A lo puramente accidental. Cuando la vida crece de esa forma, crece por algo. Crece porque se la empuja. Y el empuje de Palencia radica en la valentía y ardor con el que este pueblo ha sabido ver, con pura sencillez, el porvenir. Estos últimos dieciocho años han traído el bagaje de una gran industria, de un poderoso movimiento mecanicista que ha renovado toda la provincia.

He subido hoy, en la mañana, al monte El Viejo —donación de doña Urraca a la ciudad— desde cuya altura, pulmón auténtico, se domina todo lo que es conjunto, el escenario vital de la ciudad. Una vega inmensa, prodigiosamente fecunda y verde, está abajo, a nuestros pies, rodeando y poniendo su cerco a las torres. Esta vega, la del río Carrion, mentis íntegro a lo «parado», dibuja a la ciudad perfectamente. La sigue y la abraza. Y la hunde en el trampolín verde de lo verde.

Una mano amiga va señalándome en lo que ha quedado ya



Izquierda: «Grupo Teniente Velasco», construido en Palencia. — Derecha: Primera fase del Hogar Nacional sindicalista, de 360 viviendas, también en la capital

la industria de la manta. Lo que es hoy, sin más, la ciudad de Palencia. Su casco industrial.

Un casco curioso e impresionante. «Aquí tenemos la Bloquímica Española, S. A.», filial de la Empresa Nacional Calvo Sotelo. Por el paseo Fray Francisco Calvo, las grandes letras de la fábrica sobresaltan las huertas. La industria está destinada a la fabricación de productos químicos. Y ya en ella, en los momentos actuales se produce el butanol suficiente para el mercado español. En estos instantes está procediéndose al montaje de la maquinaria para obtener acetona sintéticamente y por un modernísimo procedimiento, que será utilizado, según me dicen, por primera vez en el mundo. Se alcanzará una producción de 2.000 toneladas métricas al año. Lo suficiente para las necesidades españolas.

También en ese nuevo mundo industrial de la Palencia actual ha aparecido una fábrica nueva e importantísima: la de Vitaminas. Y por ese rumbo de trabajo y de esfuerzo se levanta otra impresionante: la que todo el mundo conoce aquí por la Electrolisis. Esta Empresa, la Electrolisis del cobre, con minas propias, obtiene aquél por procedimientos electrolíticos. O lo que es lo mismo, la ciudad tiene, aunque ella no acierte a concebirlo en toda su amplitud, un dispositivo científico rodeándola, que la cambia y la modificará incesantemente. Ello así, porque la mayor parte de los operarios de estas Empresas tienen un carácter técnico importante. Centenares de obreros viven de ellas.

Ya en la avenida de Valladolid, la sorpresa del forastero es otra vez asaltada. Estamos en esta vía en una zona de plena prolongación y ensanche de la ciudad. No se trata, como en el centro, que, al fin y al cabo, se defiende, de atisbos de nuevas edificaciones. Aquí, simplemente, todo es nuevo. Lo es la avenida, cruzada en su centro por una hilera de farolas, y lo son, de igual forma, todos estos barrios. Desde el importantísimo de la Obra del Hogar, que, ahora, entre paréntesis, está terminando la última fase de otras 800 viviendas, a las particulares y oficiales que se van levantando hasta el «Campo de la Juventud».

LA PROVINCIA DE PALENCIA, COMO LA CAPITAL, EN UNA TRANSFORMACION ASOMBROSA

He pasado dos días enteros, dos días en un coche lleno de polvo, recorriendo, desde las siete de la

mañana, la provincia de Palencia. Con el primer sol y con el último. Con coche y a pie. Con coche y «andando morena», que le gusta repetir a don Mariano Herrezuelo.

Una de las grandes sorpresas en este viaje sorprendido ha sido ver, y no cansarme de ver, la revolución económica, agrícola y geográfica más importante que cabe disfrutarse por un español: la transformación de esta Castilla. De esta Castilla que fué en un tiempo parda. Y no quiero que se me entienda mal. He dicho de esta Castilla que fué en un tiempo parda. ¿Es que Castilla es otra cosa?

LA REVOLUCION DEL AGUA Y EL ARBOL

Habrán inmensidades castellanas, inmensidades españolas, que no sepan aún que el agua es una vena lírica y vital que cambia y estremece, como un milagro, la geografía. Habrá tierras españolas sobre las que todavía pese la espadaña dialéctica de las palabras de Joaquín Costa: «El mal de España es un mal de piedra.» ¿Quién puede dudar que grandes y anchas zonas españolas sean así? Nadie. Pero lo cierto es que yo he visto, y doy las gracias a Dios por ello, lo que significan el árbol y el agua en Castilla. ¿No es acaso Palencia, en la tradición y la memoria de las gentes una parramera seca para el trigo?

—Pero diga—me decía casi ardentemente el director del «Diario Palentino»—lo que ha significado el agua para nosotros.

Y yo lo repito. Los pantanos de Palencia son como grandes mares interiores, como lagunas milagrosas que van regulando sobre la piedra, sobre el mal del río, la carnadura de una nueva existencia.

RUTAS PALENTINAS DEL CONTRASTE

Geográficamente, Palencia está también inexplorada por los españoles. Lo está igualmente por los palentinos. Y, sin embargo, su cargazón poética, su contraste y variedad es extremo. Desde la tierra de Campos, de las grandes llanuras «del pan llevar», hasta Saldaña y Cervera, como estribaciones montañosas, como espadañas cortadas a pico, toda la tierra palentina es un gran contraste.

EN CARRION DE LOS CONDES

A Carrión llegamos tan pronto, con tan ligera luz, después de atravesar «a derecho» las tierras

paneras, que se nos mira de mala manera. El farmacéutico, en principio, nos habla de su desayuno. Y sólo más tarde, cuando la conversación rompe el hielo, nos cuenta cosas y cosas de la tierra. Y de paso se siente vinculado a la defensa de los condes de Carrión.

—Mire—me dice—, muchas cosas del «Poema del Cid» son maledicencias del juglar. Los condes eran bonisimos. Y, además, Menéndez Pidal tampoco dice nada que ratifique el poema.

Así es Carrión, la hermosa Castilla, preocupada todavía de lo que dijera hace un millar de años un mozárabe de Medinaceli.

Cuando le hablamos del plan de acequias, de la regulación definitiva de las aguas por el pantano de Compuerto, que veremos más tarde, muchas horas después, al hombre se le alegran los ojos.

—La puesta en marcha de los regadíos va a cambiar la vida. Tendremos 2.000 hectáreas regables sobre las 200 actuales. Todo el tendido de acequias ya está hecho. No falta nada más que el revestimiento de cemento.

Asomados fuera, peregrinantes anónimos de un pueblo que fuera vía romana, ruta jacobea, aprendamos a viva voz la variación del paisaje. Los árboles: el chopo el pino y el álamo, acometen la llanura. Es como una carga de Caballería verde que no da cuartel. El farmacéutico, ya animado, nos dice:

—Ahora, lo que se corta, lo planta inmediatamente la Confederación Hidrográfica del Duero.

El regadío en estas tierras significa la ampliación de la vida. Donde se recogía una cosecha regular, se recogerán ahora dos.

—Necesitaremos nuevos trabajadores agrícolas.

Y así, cada uno de los hombres que tropezamos nos da su impresión vivida y compacta:

—La mayor parte de los labradores—me dice uno de ellos—teníamos saldos en contra; hoy, a favor.

—Y los números—añade el farmacéutico, al que, por cierto, han abierto ya la botica—son impenables.

Una de las cosas sorprendentes y hermosas que voy recogiendo en cada uno de los pueblos que toco es la ancha y orgullosa manera de conducirse de estas gentes.

—No tenemos—me dicen en más de un pequeño pueblo—analfabetos.

Y es verdad; váyase por donde se vaya, se ven escuelas nuevas. Estos años, como ningún español sabe, son los años de un trabajo tan inmenso y fecundo, que realmente, y por ello nuestro desconocimiento es disculpable, no tene-

mos la perspectiva necesaria para darnos cuenta. Otra cosa interesante que me da Castilla es la de verme advertido, en Carrión, una vez más, el espíritu social de las gentes. Algo queda de la gran veta medieval española que florece otra vez en las Cooperativas y en las Hermandades. Esta vega de Carrión, felizmente verde y ancha, manda a España más de 1.500 vagones de trigo.

UN EJEMPLO EN LA OBRA DE LA UNIÓN TERRITORIAL DE CARRIÓN

Barbáchano Girón, otro enamorado también del estrenado y ancho tiempo que vivimos, me cuenta, en la mitad de la mañana, cosas sorprendentes. Antes pasamos a ver el nuevo edificio. Es igual que un Banco. Como un Ministerio, estas instituciones, plantadas en medio del campo, en una edad nueva, han redimido a los colonos de viejas y seculares servidumbres.

—El absentismo ya no se conoce. Los colonos, con los créditos de la Cooperativa y del Sindicalismo, se han encontrado en disposición económica de comprar las tierras a los arrendadores. Hoy, por aquí, todo el mundo tenemos nuestras tierras.

Y al grupo humano que formamos van llegando nuevas caras.

—Pero mucho que trabajar, no se crea.

—Yo trabajo mucho y no me canso—dice otro.

—Y usbad, ¿cómo se llama?

—Yo, Cantero.

—Es el hermano del obispo de Huelva—me advierten en seguida.

Miro al hombre, naturalmente, con una plena curiosidad. Y le pregunto cosas y más cosas.

—El carrionés ha cambiado mucho—me dice—; yo tengo tres estudiando.

Es un hombre especial. Un hombre cetrino, de mirada franca y alerta.

—Yo soy como mi padre—añade—; no me preocupo de cómo ando... pero ahora vamos con el regadío a los buenos tiempos. Hombre, y ya que es usted periodista, diga que nos acostumbramos todos a hacer las declaraciones verdaderas de los productos... porque tenemos miedo a declarar la exacta, y después, como el Gobierno hace mal los cálculos, importa, y nos coge el toro.

Todo el mundo, en el corro que formamos en la plaza, se ríe reclamando. Después le pregunto por su hermano. Con un respeto entremezclado de una ingenuidad perfecta, me dice:

—Yo no me había dado cuenta de lo que era un señor obispo hasta que llegué a Huelva. Yo, un labrador de Castilla, lo aprendí entonces de corrido.

Y rápido, quitándose la boina, se despidió:

—Me marcho a las rogativas para que el campo siga prosperando.

Al lado de Barbáchano Girón, el registrador de la Propiedad, don Ricardo Merino, me acentúa lo del absentismo:

—Hoy no se conoce a los propietarios ausentes. Todo el mundo es propietario.

Por venir de quien tiene que conocerlo mejor que nadie, las palabras son punto y aparte. Pero, sin embargo, se cruzarán constantemente con nosotros en la ruta. Es una señal.

Para advertir su significación, baste decir las cifras siguientes, que recojo directamente de la Cooperativa. El año pasado, la Caja ha movilizado 255 millones de pesetas. Sólo 17 millones han sido concedidos de préstamo agrícola.

Arriba, desde una pequeña terraza del magnífico edificio, Carrión de los Condes aparece con sus tejados grisáceos. En las torres de dos iglesias dos banderas blancas. Cuando pregunto su significado, Barbáchano me dice:

—Son las iglesias que fueron hitos en la ruta jacobea.

He aquí, pues, las dos historias juntas. La de la arqueología y la del riego. La del árbol y la de la torre.

SEGUIMOS CAMINO

Toda la ruta hasta Saldaña es lo mismo. Un gigantesco y denodado esfuerzo. El paisaje es hermoso. Las acequias llevan el agua liberadora hasta lo hondo de las tierras.

—Y todavía el nuevo pantano de Compuerto—me dicen en Saldaña—dejará esto terminado.

El regadío de anarquía, con malas acequias, va a ser terminado. El plan de riegos no admite bromas. El agua es el oro. ¿No lo vemos, acaso?

Esta tierra que seguimos ahora, comarca de Saldaña, es tierra de trigos y de alubias. De alubias pintas se recogen 150 vagones. Don José Ruiz Nocé, director, hasta ese momento de nuestra visita, del Banco Español de Crédito, y que acaba de ser destinado a Pamplona, nos cuenta algún dato curioso:

—Piense usted—me dice—que éste es un pueblo de poco más de trescientas cabezas de familia. Pues tiene por el centenar de teléfonos. Ha sido necesario ampliar la línea inicial. Y no se tienen por capricho; es por necesidades comerciales.

El dato es tan importante, que más tarde comprobare su veracidad. Y era verdad; por ahí andaba la cosa. En este pueblo de Saldaña, vemos la casa solariega de un grande madrileño: el marqués de la Valdevia.

Por toda esta zona, la repoblación forestal del Estado ha alcanzado números y cifras fabulosas. A nuestra vista, en las espaldas del pueblo, está un monte repoblado enteramente. Las tierras rojas, inútiles y estériles, han desaparecido completamente. La decoración, el paisaje y la tierra se han alterado completamente. A un paso del pueblo, en la pura estampa vegetal de los árboles, está el Instituto Laboral de modalidad agricolaganadera. Un Instituto que perfeccionará los conocimientos de las gentes de la vega y pondrá en marcha, con pleno rigor, nuevos métodos de trabajo.

Ya en marcha, el coche rueda, a lo largo de 23 kilómetros, por un túnel de árboles. Al otro lado se levanta el Instituto Social «Virgen del Valle». Todo el paisaje está sacudido de una inmensa fuerza creadora.

GUARDO, COMPLEJO INDUSTRIAL DE PRIMER ORDEN

Estamos en el corazón de la montaña palentina. Desde la ca-

rritera, todo lo que vemos, en una perspectiva de distancia inguatable, es nuevo. Guardo, en el año 1937, tenía 2.000 habitantes, y hoy, sencillamente, pasará de 6.000. ¿Qué ha ocurrido?

En Guardo, la Unión Española de Explosivos ha montado todo un complejo industrial, en el que hoy, comenzada apenas la primera fase, trabajan más de 500 obreros. Las factorías de la fábrica electroquímica van achicando los amplios terrenos que tuvieron al principio. Se van comiendo la montaña. En una de las partes bajas comienza a replantarse lo que ha de ser más tarde la fábrica de cloratos.

Marcos Bravo, uno de los maestros, nos lleva por entre los portentosos hornos eléctricos.

—Aquí—nos dice—es donde se produce, por transformación de la cal, y con el carbón, el carburo.

La nave, iluminada fantásticamente por las «sangrías» que, de vez en vez, se hacen en el horno, tiene un aspecto impresionante. A mi lado, el Alcalde de Guardo, y Royuela, el perfecto acompañante, me dicen:

—No mire para allá.

Pero yo miro, con unas gafas negras que me dan, «la colada» fantástica que, como un río de fuego, rojo y azulenco, es transportada con elemental sencillez por los operarios.

La Empresa produce también ácido acético y acetona. En la actualidad existe una producción anual, según se me dice, de 13.000 toneladas de carburo; pero ello no es, ni mucho menos, el tope de la industria. No hay que decirlo. No hay nada más que ver los alrededores, todos levantados y replanteados para nuevas factorías, para darse cuenta de lo que supondrá esto dentro de muy poco tiempo. Desde la montaña del complejo industrial de Guardo miro, por sobre el humo y la neblina, al otro lado de la vaguada. Al otro lado, donde Guardo ha crecido, y se sabe ya, en lo más profundo de sí mismo, potencia económica.

El Alcalde, que es un hombre de las montañas, entre desconfiado y noble, me dice:

—Si que me acuerdo de cuando llegaron aquí estos señores... que iban a hacer una fábrica. Yo no me lo creí, pero en cuanto empecé a ver esto... no le digo nada.

—Piense sólo que este pueblito—añade el director del Colegio de San Antonio, de Enseñanza Media—ha construido en estos años más de 500 casas. Cuando yo llegué—sigue—teníamos cuatro alumnos de Enseñanza Media estudiando, y, naturalmente, lo hacían fuera de Guardo. Ahora tenemos 50, y aquí.

—¿Algún caso de interés?

—Tenemos un estudiante ciego que es poeta y músico.

La riqueza y el porvenir de esta zona es amplísimo. Palencia tiene aquí, en estas alturas, otra auténtica y extraordinaria novedad industrial y humana. Porque, además, las minas figuran en este vasto designio de riqueza.

—Y piense—me dicen—en los árboles. La repoblación forestal ha tenido aquí una importancia extraordinaria y decisiva. Se puede hablar de una riqueza de millones de árboles.

LA HORA DE LOS PANTANOS

El pantano de Compuerto, que se está construyendo en estos momentos, nos ha hecho subir hasta la cota, de 1.300 metros, donde don Enrique Calderón dirige la obra. Calderón, con barba de dos días, oye alegremente, con un ademán amable y atento, un poco así como si prefiriera ya hablar con los pastores, todas nuestras preguntas.

—Llevo—nos dice—cuatro años aquí. Este invierno ha sido terrible. Pero esto marcha.

La altura y la belleza de este paraje son extraordinarias. I a vaguada por donde corre el río necesitará, para ser cerrada, esta gigantesca cantidad de cemento: 65.000 toneladas. ¿Y de hormigón? ¡Ah! De hormigón, 260.000 metros cúbicos. El pantano será de una capacidad de noventa millones de metros cúbicos, y la altura de presa, de 76 metros. Cuando se termine, el sistema regulador de las aguas palentinas tendrá ya todo lo necesario para continuar la transformación de su vida. Pero es necesario ver realizarse estas prodigiosas obras en el mismo lugar de la peripecia y la batalla para tener una idea remota de lo que significan de trabajo y de esfuerzo.

LOS MARES INTERIORES DE CASTILLA

Seguimos subiendo por zonas palentinas de una extrema belleza. Todo lo que se diga de esta región es poco. Y en esa plena altura, por entre las montañas, se nos aparece el pantano de Camporredondo. Nada de exclamaciones de sorpresa. Estamos ante la pura maravilla expresiva del mar. De un mar quieto y solemne que, superando el nivel máximo del pantano, se escapa por los bordes a velocidades increíbles. La extensión del pantano es impresionante. Y quizá algo más que impresionante. Estas obras de los pantanos, por su propia belleza física y por el alarde de esfuerzo y de trabajo que suponen, alcanzan aspectos de acontecimiento geológico. No creo, por ello, que nada pueda definirlos mejor que ese nombre puro y simbólico de «mares de Castilla». Mares son, al fin y a la postre. Mares que, a la pura belleza, al simbolismo extraordinario de asentarse más allá de los 1.000 metros de altura, son el motivo y la causa de esa otra grande y estrenada vida alegre que se disfruta a lo largo de 100 kilómetros de una Castilla que fué llanura y páramo.

EN AGUILAR DE CAMPOO, TORRES Y GALLETTAS

Hemos bajado por pueblos como Cervera, pueblos hermosos de verano y de mercados de abastos espléndidos, para llegar a las tierras de las galletas, el harina, como es natural, tiene en el paisaje de Palencia una importancia extrema. Palencia no sólo produce el trigo, sino que lo molitura en sus fábricas y lo guarda, ahora, en una red de silos espléndidos que se están construyendo a toda prisa. Porque, dato asombroso, la tierra del pan no tenía silos. Así estaba España.



Dos bellas perspectivas de la ciudad castellana desde el río Carrión.—A la izquierda: Iglesia de San Miguel, y a la derecha, la catedral

En Aguilar de Campoo, el gerente de la fábrica Fontaneda nos enseña la industria. Don Tomás de la Cruz tiene, y hay que creerlo porque él lo dice, sesenta y un años; pero vuela por esa otra magnífica y espléndida fábrica de Castilla que produce las galletas con la más alta precisión técnica. Y demos a la técnica ese aire que aquí tiene: el de ser conquistada por los pueblos del pan con la misma tranquilidad que han construido en Aguilar esa abadía de Santa María la Real, que se derrumba, y esa ermita de Santa Cecilia.

—Lo que aquí se ha hecho en quince años, aquí y en la España que recorro constantemente—nos dice don Tomás Cruz—, no lo sabe nadie.

Y seguimos trotando por la magnífica fábrica de don Rafael Fontaneda, y en la que trabaja otro de los Fontaneda, don Aniano, con un asombro regocijado y feliz. Don Tomás nos hace recorrer el pueblo y nos enseña, en la plaza, los momericios más lujosos «del mundo». Y es implacable, no deja nada para otro día.

—Aquí—nos dice señalando una hermosísima casa señorial—, la de los Alfaro.

Toda la villa, toda Castilla, toda Palencia, está en revisión. Luz eléctrica llegando a todos los sitios. En todas partes, nuevas y nuevas edificaciones. A todas partes, el agua y el alcantarillado, que, hasta hace poco, Dios mío, eran sumideros cercanos a los pozos del agua. Toda una obra rectora que no deja cerrar los ojos. Que nos lleva de un lado para otro, tocando con las manos incrédulas la realidad demandada. La realidad uncida a los yugos.

—Piense—me dice don Tomás— que ahora lo hacemos todo. Castilla tiene fábricas harineras de transformación. Tiene fábricas de galletas. Y tiene también importantes fábricas de transformación de azúcar, para hacerlo todo en esta tierra.

Al lado de la iglesia colegiata nos despedimos de este vivo y singular hombre de Empresa.

Ya hacia abajo, en Herrera de Pisuerga, patria chica de José Antonio Girón, volvemos a encontrarnos, ya cansados, diezmados por dos jornadas implacables, con un vasto y maravilloso mercado para el ganado. No cabe posibilidad de hacerse mejor. En la plaza, sobre los soportales, en una placa, leemos que «en aquella casa nació el Ministro de Trabajo». Y como nos ven forasteros, nos llevan a ver la plaza del pueblo.

—La hicimos—nos dicen—por acciones.

Igual que Chamartín.

PALENCIA, VIA NUEVA QUE DEBE ABRIRSE

Antes de marcharme de Palencia fui hoy, en la mañana, a Venta de Baños. Ciento cuarenta o ciento cincuenta trenes pasan diariamente por allí. Es un nudo orgánico que cruza todos los rumbos. La R. E. N. F. E. y el Ayuntamiento han hecho allí, sin más, una gran obra. Pero yo, viendo Venta de Baños, pensaba, simplemente, en que era ésta la gran hora de abrirse las puertas de Palencia. La hora alegre y perfecta en que nos la encontraríamos, familiarmente, en nuestros itinerarios de excursión y camión.

Cuando regresaba, dispuesto a marchar, me detuve a las puertas de la ciudad, por la avenida de Valladolid, creo, donde la Fábrica de Armas, centro industrial perfecto, da cabida también a centenares de obreros palentinos.

Esta fábrica, que empezara despacio y tiene hoy ya perfectas y aguerridas las cartucheras de todos los soldados españoles.

Todavía, antes de irme, pasé un momento a ver si era verdad que la catedral, «la bella desconocida», estaba allí, en su oscuro rincón de piedra, sin sentir impaciencia. Y allí estaba, sólo que, sabiamente, la están preparando mejores accesos. Acercándola al mundo.

Enrique RUIZ GARCIA
(Enviado especial.)

SOMMERSET MAUGHAM, EN MADRID



«Yo he sido un «wonderer» toda mi vida»

“HE SIDO COMO UN PEREGRINO CUYO SANTUARIO HA SIDO LA TIERRA”

EL FAMOSO NOVELISTA INGLES DEFINE LA TRAYECTORIA DE SU VIDA

“ESPAÑA ME PARECE EL UNICO PAIS EDUCADO QUE QUEDA EN EUROPA”

—Ahi le tiene usted. El gerente del hotel Ritz se ha acercado para advertirnos la llegada de William Somerset Maugham.

—¿El de gris?
—Si, el que se acerca. Con puntualidad británica, el famoso novelista inglés ha acudido a la periodística cita. Dijo las diez y media, y en el momento en que nos internamos en el hall del hotel empiezan a sonar, y ya los saludos se han pasado. Mientras, Somerset Maugham, volviéndose, interroga:

—¿Y por qué, vamos a ver, por qué quería usted verme?

—Como si el famoso necesitara del halago! Pero así debe de ser. Hablamos mientras nos acomodamos en un par de sillones, frente a una mesita pequeña. Cosas triviales sobre la tranquilidad de la hora en el desierto hall. Somerset Maugham tiembla al moverse, y al hablar se le puebla la cara de gestos nerviosos. Se le enganchan las palabras, las sílabas, y a veces se le quedan colgadas en la boca, sin que parezca que vaya a poder salir del atolladero. Pero sale y subraya entonces un nervioso gesto, con la cabeza entera, con un movimiento que le nace del cuello.

Sobre el traje gris, cubierto de paralelas rayas blancas bien

marcadas, está la cabeza toda llena de surcos profundos. Geografía extraña la de esta cara. Detrás de la vivacidad locuaz del hombre permanecen quietos como gatos los ochenta años de su vida.

—¿Y decía usted, decía usted? ¿Preguntar...?

Bueno, vamos a ello. Y le hacemos una pregunta de resumen.

UN PEREGRINO EN LA TIERRA

—¿Qué ha estado usted buscando por el mundo?

Somerset Maugham se conmueve en un aspaviento.

—Pero eso... eso es una terrible pregunta, una horrorosa pregunta que no debería serle preguntada a nadie...

Y se queda haciendo gestos. Tiene un ritmo extraño en la mano, como de director de una orquesta invisible.

—Entonces, ¿cómo calificaría usted su propia postura ante la vida?

—Yo he sido un «wonderer» toda mi vida. En mi infancia nunca conocí un hogar ni algo que se le pareciera. Quizá esta fué la causa de mi sed de viajes y movimiento.

Sin interrogarle, Somerset Maugham empieza a recordar



en voz alta. Solo es necesario escuchar e ir anotando, y aunque la biografía del gran novelista inglés la podemos encontrar extractada en la contraportada de cualquiera de sus novelas, la historia de su juventud cobra una extraña vida ahora en boca de este hombre octogenario que, como por arte de magia, resulta ser aquel mismo estudiante inquieto que se paseaba en bata blanca por los pasillos del hospital de St. Thomas, en Londres.

—Estudiante de Medicina, sí... Parece extraño, pero lo he sido. Y me gradué de doctor en aquel mismo hospital. Mi especialidad fué la Tocología. Y ayudé a venir al mundo a 163 bebés en aquellos tiempos. Verá: para aprobar se le exigía al alumno haber asistido a 160 partos..., y yo tuve que hacerlo así para aprobar. Aún me excedí en tres, tres más de la cuenta.

—¿Y ya escribía usted entonces?

—Mi primera novela apareció siendo yo estudiante de Medicina. Y ese fué el punto de partida. ¿Y a que no sabe usted lo que hice después de haber tenido mi título de médico en la mano? Pues... coger el tren. Coger el tren, y luego el barco, y luego otra vez el tren, y venirme a España, a Sevilla. Era el año 1897.

—¿Y después de aquel viaje a España han venido todas esas interminables peregrinaciones por Oriente y por el mundo entero?

—El mundo entero, sí. He sido como un peregrino cuyo santuario ha sido la tierra.

JAMAS VEO MIS PELICULAS

—Y usted, que durante toda su vida ha insistido en evadirse de su propia civilización occidental, ¿qué diferencia establecería entre Oriente y Occidente?

—No sé, yo no sé definir esa suerte de cosas. Yo no entiendo más que de hombre y mujer. Con ellos trabajo. Ellos son los importantes en mis novelas. En las islas del sur del Pacífico encontré gentes que me parecieron interesantes. Y escribí sobre ellos. Yo tengo poca facilidad para escribir.

Lo ha dicho con un aire tranquilo, simplemente.

—¿Qué portentosa humildad!

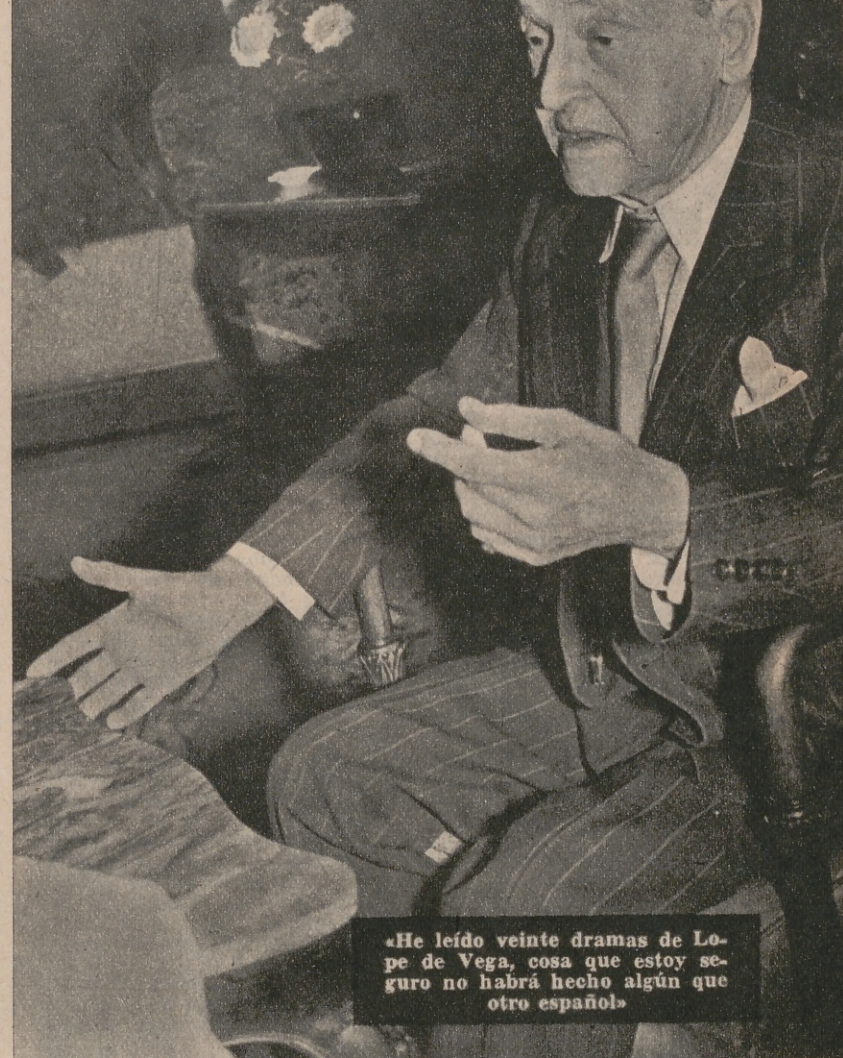
—Humildad? No, no lo crea. Es completamente sincero lo que le estoy diciendo. Yo he suplido la falta de facilidad que me ha sido concedida con la experiencia inagotable de mi vida viajera.

Y echándose hacia atrás en el sillón:

—¿Cuántas tierras...! ¡Qué gentes tan diferentes!

—¿Y le ha gustado ver a to-

... en las islas del sur del Pacífico encontré gentes que me parecieron interesantes»



«He leído veinte dramas de Lope de Vega, cosa que estoy seguro no habrá hecho algún que otro español»

das esas diferentes gentes que usted ha ido pintando en la pantalla de un salón de cine cualquiera?

—Pues, si le digo la verdad, nunca voy a ver mis películas o, mejor dicho, las películas basadas en las novelas que yo he escrito.

—Tendrá una razón.

—Y poderosa: que por regla general no se parecen demasiado a lo que yo imaginé.

—¿Y siente algo especial en relación con sus personajes hechos carne de pantalla?

—Especial... bueno, que no me gustan. Salvo honrosas excepciones, mis personajes hechos carne de pantalla, como usted dice, me han decepcionado siempre.

—¿Qué piensa entonces de Ryta Hayworth en esa cinta americana tan requeteanunciada y que titulan «Miss Sadie Thompson»?

—Bueno, ya sabe usted que esa película está basada en un cuento que yo titulé...

—«Lluvia», sí, me acuerdo.

—Eso es, «Lluvia». Pues, al igual que las anteriores cintas,

todavía no la he visto. Ni tengo intención de hacerlo.

Y se dedica a detallar lo es céptico que es en relación con intérpretes cinematográficos. «Es tan difícil el matiz, es tan difícil el matiz...» La mano sigue siendo una rítmica mano, exacta y flexible, que a veces llega ansoyosa hasta las cuartillas, en las que unos rápidos apuntes de la conversación van surgiendo. Como si quisiera subrayar las palabras ayudándonos a escribirlas. «No voy nunca, nunca a ver mis películas». Y cuando, insistiendo en el tema, le preguntamos por qué cree que sus obras han sido tan utilizadas como guiones cinematográficos, la respuesta se produce tajante:

—Porque mis novelas son dramáticas por naturaleza.

PERDIAN LOS PROTESTANTES...

Hablando de películas basadas en sus guiones—«Soberbia, et cétera—llegamos a la discusión de personajes, de temas, de factores. Y una pregunta que nos venía rondando desde hace rato sale al fin a la palestra.



—¿Y por qué siendo usted protestante trata tan bien a los sacerdotes católicos y tan mal a los pastores protestantes?

—Eso tiene algo que ver con mis muchas experiencias del Oriente. Especialmente en China tuve ocasión de conocer y observar a numerosos misioneros, protestantes y católicos. Y quedé de verdad impresionado por la labor que realizan los católicos en aquellas tierras. Me conmovieron, sobre todo, aquellas dulces monjitas católicas. Y juzgué al misionero protestante muy desfavorablemente.

—Esta es una fantástica confesión.

—Pero, así es.

—¿Y en qué obra cree usted que ha dejado mejor expuestas sus experiencias en este sentido?

—Sin duda alguna en este libro...

—¿Qué importancia cree usted que concede al factor religioso?

—Tanta como es natural a lo humano.

—¿Y al político?

—Muy escaso o nulo.

—Y, sin embargo, usted ha vivido a través de dos guerras mundiales.

—Exactamente.

—¿Y no ha tomado parte en la política de su tiempo?

—Ninguna. Yo soy un narrador de historias más o menos verdaderas. Tengo un don natural para contarlas. Y a ello me limito.

—¿Así que la política...?

—No he tomado nunca parte activa en el campo político.

No existe la pausa. El ros ro moreno y arrugado de Somerset Maugham permanece de continuo a la expectativa. Cuando no oye bien se inclina para no perder el hilo y no hacerse esperar en la respuesta. Los movimientos nerviosos de la boca le delatan en sus apresuramientos. Empieza las palabras y se queda en la primera sílaba, como colgado, y entonces hace una mueca nerviosa de impaciencia, porque en su interior la frase está ya dicha. Quiere, exige el apoyo del interlocutor, y cuando guardamos silencio se asegura de que estamos allí: «¿Me entiende usted? ¿Me entiende usted exactamente lo que quiero decir?»

ARABESCOS DE UN ANILLO

El viajero incansable, joven anciano trotamundos, es infatigable. De los innumerables países

que ha visto, cada uno le dejó un recuerdo amable y una historia que contar.

—Díganos por qué le atrae España.

—¿España? Porque es casi el único país educado que queda en Europa.

—¿De verdad lo cree usted así?

—Estoy seguro de ello.

Y ahora damos en pensar si será castellano ese anillo que luce en el dedo meñique de la mano izquierda. Un anillo en oro de toscano trabajo que hace juego con la mano del dueño. Mano como de trabajador, llena de fosas y surcos, morena. Un anillo muy simple que, desde luego, no ha sido diseñado por ningún joyero industrial. Aunque, mientras pensamos, la conversación sigue adelante por los halagadores cauces de la pleitesía a la Patria.

—Doce veces estuve en España. Doce viajes. Algunas veces he llegado a permanecer aquí varios meses. Y en las estancias más cortas he permanecido en su país de cinco a seis semanas. ¡Imagínese si me gusta!

—Y como de Oriente ya nos ha hablado, ¿qué país de Europa es el que le ha atraído más o le ha dado más?

—Sin duda alguna, Francia. En ella nací y en ella he comprado una casa hace algunos años.

—¿En la Costa Azul, según creo?

—Sí, en la Costa Azul. Es el lugar ideal para el descanso.

—¿Le ha influido algún autor francés?

—Yo nunca hice ningún secreto de la gran influencia que Maupassant ha ejercido siempre sobre mis obras. Le he leído mucho y le he admirado más.

—¿Algún escritor más que usted admire?

—¿Algún escritor...? Leo poco...

Y como le miremos con sorpresa repite:

—Sí, no se asombre. Leo muy poco; en realidad no tengo tiempo.

YA NO ESCRIBE NOVELAS

—¿Está escribiendo mucho actualmente?

—Sí.

—¿Alguna novela?

—No. Hace mucho tiempo que dejé de escribir novelas. (Y no hay tristeza en el tono.) Ahora lo que preparo es una serie de ensayos sobre novelas y novelistas. En realidad está a punto de

aparecer—lo hará a mediados del próximo mes de octubre—uno bajo el título de «Diez novelas y sus autores».

—¿Así que de leer?

—Poco, muy poco.

—¿Está leyendo algo en el momento actual?

—Sí. Y algo que me está gustando mucho. Se trata de «La cuerda de presos», de Tomás Salvador.

—¿Conoce usted mucho de la moderna literatura española?

—No. La desconozco en absoluto. En cambio conozco bastante bien la literatura del Siglo de Oro español. He leído veinte dramas de Lope de Vega, cosa que estoy seguro no habrá hecho algún que otro español.

—Pues...

Y dejamos en el aire la dejensa.

UN JUGADOR DE «BRIDGE»

En la mesa, justamente al lado opuesto que S. Maugham ocupa, hay un libro. «¿Qué es? ¿Qué es?», interroga curioso cuando lo advierte allí, seguro casi de que es alguna de sus novelas. Y con un poco de esfuerzo consigue leer y pronunciar casi correctamente el título que en español tiene el libro.

—¡Este español mío! Yo digo que es elemental, por no llamarle malo.

—Pero usted, si bien no habla español, habla, en cambio, otros idiomas.

—Sí, el francés.

—¿Y no ha aprendido usted ninguna de las sugestivas lenguas indígenas que se estilan allá por aquellas islas del Sur que usted tantas veces nos ha descrito?

—Pues aprender, lo que se dice aprender...

Y como el gesto vago y la sonrisa traduzcan a palabras la respuesta, abandonamos el tema. Vuelve a hablar él de sus andanzas al preguntarle nosotros si practica algún deporte.

—Me gusta conducir. En cierta ocasión estuve conduciendo durante veinte días seguidos sin detenerme nada más que lo necesario para mal descansar. Fue allá en Asia, en un inolvidable recorrido.

Brotan los nombres de su memoria y apenas si sirve para algo el apuntarlos. Porque es el mundo entero lo que este hombrecillo gris—en el sentido de que va vestido de este color—ha recorrido.

—¿Y usted cree que esos frecuentes viajes le han mantenido fundamentalmente separado a veces de lo que hemos dado en llamar civilización?

—Es posible. Pero nunca he echado de menos la tal civilización.

Y como se eche para atrás en el sillón, la cuestión queda zanjada.

—¿Algún deporte más que usted practique?

—Golf, natación, tenis, ¡ah!, y el «bridge».

—Indispensable.

Y pregunta interesado:

—¿También usted juega?

EL HOMBRE QUE NO LEE

Sobre el tapete el panorama mundial de las letras. He aquí junto a nosotros al novelista que no le importa lo que escriben sus más o menos sesudos contemporáneos. Somerset Maugham insiste en afirmar sin rubor alguno que no conoce a casi ningún escritor moderno fuera de sus compatriotas.

—De los escritores americanos apenas si conozco a alguno. Con la excepción de Hemingway no leo literatura americana.

—¿Y cuál es su opinión sobre Hemingway?

—Que es el mejor escritor americano.

—¿Tiene algún juicio formado sobre la actual literatura italiana?

—Tampoco la conozco.

—¿Ha leído a Papini?

Da en enterarse del nombre.

—¿A quién ha dicho usted?

—A Papini.

—No sé quién es.

Con lo que nosotros hacemos una raya sobre el papel mientras el novelista inglés hojea el ejemplar español de sus obras. Ahora es él quien levanta la cabeza para preguntar:

—¿Lo ha leído usted todo?

—Todo, no. Es mucho. ¿Tiene usted idea de la cantidad global de obras suyas que se han vendido en el mundo?

—No me ocupo mucho de esas cosas. Pero recientemente mis editores me han asegurado que ya había alcanzado los 35.000.000 de ejemplares vendidos.

—¿Cuál es el libro que más dinero le ha dado?

Menea la cabeza pensativo antes de contestar. Y luego, con un aire trabajoso y aquella ja morsa sílaba colgada antes de arrancar del todo:

—Es... es muy difícil de decir. He tenido libros que en un principio no tuvieron éxito alguno y más tarde fueron ganando en venta. Así..., éxito rotundo..., «El filo de la navaja». Fue un éxito instantáneo. De este libro se vendieron 3.000.000 de ejemplares.

—¿Qué escritor inglés joven le parece más sugestivo y con más posibilidades de celebridad?

—Sin duda alguna, Graham Green. Y también I. Waugh. Somerset Maugham mira al techo.

...NI LE INTERESA LA CRÍTICA...

Hay que aprovechar la última tanda de preguntas.

—¿Está contento de la crítica española?

Es nuestra pregunta. Y oímos con sorpresa que jamás lee una crítica.

—No, no se asombre. Jamás me molesto en leer lo que se dice de mis obras o de mí en la Prensa. Hubo un tiempo en que pertenezco a una agencia que se ocupaba de mandarme a casa toda la crítica de la Prensa mundial que me atañía. Ya sabe usted cómo son esas agencias, ¿no?

—Pues me hago una idea.

—Me mandaban cada mes o cada quince días lo que aparecía sobre mis libros en la Prensa de todo el mundo... Y así

hasta que durante uno de mis viajes, que duró de cuatro a cinco meses, permanecí sin saber nada de críticas. Cuando volví a la civilización tenía amontonados en mi casa una serie de recortes y papelotes, montón desagradable a la vista que no me molesté ni en tocar. La crítica ya me tenía sin cuidado.

—¿No lee nada de lo que se publica o se dice sobre usted?

—Absolutamente nada.

Y con un gesto de confidencia:

—¿Para qué? Créame...

Le creemos. Al fin y al cabo, ¿para qué necesito leer críticas él, que lleva vendidos 35.000.000 de ejemplares de sus libros? Somos nosotros los que necesitamos conocer su opinión, y a por ella vamos:

—Sin coacción, ¿qué opina de la mujer como novelista?

—Pues, de verdad, creo que la intuición de la mujer como escritora supera, y con mucho, a la del hombre. Yo citaría ejemplos.

Y ante el gesto de apremio se arrepiente.

—Pero, no, no...

—¿A qué hora escribe mejor?

—Por la mañana. El talento me desaparece por completo en cuanto llegan las dos de la tarde. A partir de esa hora soy un negado para la literatura.

—Y...

—Pues...

—Perdón, ¿a dónde se dirige ahora?

—¿Ahora mismo?

—No..., en estos días.

—A Granada.

—¿Y ahora mismo?

Se levanta.

—Al Museo del Prado.

«ADIÓS, MISTER MAUGHAM»

Aún charlamos hasta la puerta del hotel. Nos confiesa que si no conoce Madrid es por su culpa únicamente. «Porque en cuanto llego me encierro en el Museo del Prado y ya no hay quien me saque de allí. Alterno con paseos por el Retiro. ¡Y de ahí no he salido nunca!»

—¿Así que...?

—Gracias por la visita.

—A usted, mister Maugham. Y hasta su próximo viaje a Madrid.

Menea la cabeza.

—Yo, ya...

Le espera el secretario y juntos bajan hacia el paseo del Prado. El traje gris, de gordas rayas blancas; la británica chaqueta corta y un caminar de profesional vagabundo, el novelista se aleja.

«Adiós, mister Maugham.»

Maria Jesús ECHEVARRIA



El célebre novelista Somerset Maugham en el momento de entrar en el Museo del Prado. Es un asiduo visitante

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

YO TOCO COMO A MI ME GUSTA

Por Humphrey LYTTELTON



The Memoirs of an old Etonian Trumpeter
by

Humphrey Lyttelton

LAS AFICIONES MUSICALES DE MI INFANCIA

Yo nací en Eton (Inglaterra) el 23 de mayo de 1921, en una casa denominada «San Cristóbal». No recuerdo muchos detalles de esta vivienda, porque nos trasladamos de domicilio al poco tiempo, con motivo del ascenso de mi padre de profesor ayudante a director de una residencia de alumnos del Colegio de Eton. Nuestro nuevo hogar se hallaba situado en el edificio «Warre House», con capacidad para cuarenta alumnos. Era éste de ladrillo rojo, triste y de vastas dimensiones; se encontraba muy próximo a los pabellones centrales del Colegio. Habitábamos unas dependencias particulares, con cuartos destartados, distribuidos alrededor de un vestíbulo. Un pasillo como un laboratorio comunicaba nuestra residencia con la parte dedicada a hospedaje de los cuarenta alumnos.

Entre aquellas viejas paredes se fueron desarrollando mis aficiones musicales. Yo mismo estropeado de que mi vocación no se asfixiara bajo el peso de las tradiciones familiares, aunque reconozco que mis padres no se opusieron apenas. Mi deseo de ser trompeta de una orquesta de jazz significaba una violenta innovación, en contraste con los cargos de relieve que mis antepasados habían desempeñado en la Administración, en la Iglesia y en la Milicia. El rango social de mi profesión desmerecía al lado de los blasones y de los uniformes que ostentaban mis parientes, algunos de los cuales pertenecían a la nobleza. El ambiente familiar en el que había nacido era el típico de la clase superior inglesa. Tenía cuatro hermanas: una casada con un profesor de Eton; otra, con un oficial del Ejército; otra, con un marino, y la cuarta, soltera, estaba al servicio del Foreign Office, en la Secretaría de Prensa del Palacio de Buckingham. Y yo deseaba ser trompeta de jazz.

Mi madre se interesó en mis actividades musicales y artísticas desde que era yo un niño. Conoció esperanzas en mi habilidad para el dibujo y me regalaba constantemente libros ilustrados con muchos colorines. Cuando tenía tres años y

El inglés Humphrey Lyttelton es uno de los más populares trompetas de «jazz»; su fama ha traspasado las fronteras de su país y es conocido en todo el mundo. Ha creado una nueva modalidad en la interpretación de la música de baile moderna. Como director de su orquesta interviene en las fiestas sociales más elegantes de Londres; los clubs más distinguidos le han abierto sus puertas. Hijo de una familia de abolengo, ha renunciado a todos los privilegios que su origen le hubiera proporcionado por servir su vocación musical. Desde sus primeros años demostraba ya notables condiciones artísticas que luego no quiso contrarrestar, aunque esto significara entregarse a un porvenir incierto. En sus Memorias nos describe sus años escolares en Eton, sus actividades durante la guerra en el regimiento de Granaderos de la Guardia y su época de sacrificios hasta conseguir triunfar al frente de su orquesta. Lyttelton considera el «jazz» como una manifestación artística, popular y genuina de la sociedad contemporánea. Lyttelton posee también una acusada personalidad como dibujante y ha hecho famoso el seudónimo «Humph» colaborando en el periódico de Londres «Daily Mail».

«Yo toco como a mi me gusta.»—Memorias de un trompeta, antiguo alumno de Eton.—Por Humphrey Lyttelton. — Editores: Macgibbon and Kee.—Londres, 1954.

medio sorprendi a mi madre interpretando una canción con un timpano. Este fué el primer instrumento musical de mi propiedad, formado por una colección de platillos que yo golpeaba con dos mazos pequeños. Estaba acompañando con los platillos a la música de un gramófono cuando oí la voz de mi madre, que se dirigía a la niñera: «¡Escuche! lo hace perfectamente!» Aquellos instantes son los que mejor recuerdo de mi infancia.

Con esa especie de timpano me fui aficionando a los instrumentos musicales; cada Navidad pedía que me regalaran otros nuevos. Pronto tuve una caja de música con diez composiciones, que yo acompañaba con el ruido de mis juguetes. El primer

instrumento de verdad que me dieron fué un banjo, que me enseñaba a tocar una profesora que venía diariamente de Windsor. Me cansé pronto de intentar en vano sacar algún sonido agradable a esa clase de guitarra. La música que me llamaba la atención era la de las bandas militares, interpretada durante el relevo de la guardia en el castillo de Windsor. Mientras los chicos de mi edad correteaban alrededor de los soldados con sables y escopetas, yo permanecía inmóvil escuchando la música. Cuando los Reyes no estaban en el castillo, el relevo se hacía sólo con pifanos y tambores; si estaban presentes, venía de Londres la banda completa, y entonces yo no faltaba ni un día, a las diez y cuarto de la mañana, para presenciar el espectáculo. Mi interés decrecía cuando interpretaban música clásica; me parecía que ésta no se podía expresar con los instrumentos de la banda. Volvía a ser feliz cuando una marcha militar ponía en movimiento a los soldados y los hacía desfilar con arrogancia por los paseos del castillo de Windsor.

Las primeras letras me las enseñó una profesora, miss Scott, que me daba clase en unión de veinte alumnos más, hijos casi todos ellos de profesores del Colegio de Eton. Aquella señorita me inició también en los secretos del piano, y tengo que declarar que aprendí muy poco. No llegué ni a leer con facilidad las notas del pentagrama.

Considero que para interpretar música de jazz no son precisos estudios teóricos, porque esta clase de música se puede aprender de oído y posee, además, tales cualidades de tono, que no pueden reflejarse en el pentagrama. El mejor procedimiento de estudiar una composición de jazz es aprenderla con la ayuda de un disco de gramófono. La música escrita es útil sólo para «fijar» la idea y para hacer arreglos sobre un tema, e incluso para estos fines hay también otros procedimientos. No estoy de acuerdo con los que creen que la música es una especie de club abierto solamente para aquellos que han estudiado muchos años, según la técnica europea. Creo que las mejores obras son debidas a artistas que no se han iniciado en el complicado sistema europeo de escritura musical. Para mí es un impostor aquel que es incapaz de interpretar algo si no tiene delante la partitura escrita.

MI MADRE ME REGALA LA PRIMERA TROMPETA

A los nueve años ingresé en una escuela preparatoria, «Sunningdale School», en la que permaneci hasta los trece años. Logré aprender unos rudimentos de latín, griego, Historia, algunas ideas sobre matemáticas y algo de francés. En un principio seguí con las clases de piano, pero hice muy pocos progresos, debido al sistema de enseñanza que empleaba la profesora, tan viejo como ella misma. Al poco tiempo dije a mis padres que el piano no me interesaba, y no volví a perder la paciencia con él.

Si hubiera que citar la fecha más trascendental de mi vida, habría de ser la de un fin de semana del año 1936, cuando el espigado joven que era yo acudí al campo de cricket de Eton para presenciar un encuentro entre el equipo de este colegio y el de Harrow. Me senté al lado de mi madre. Ponia cierto interés en el partido, porque participaban en él nada menos que cuatro parientes míos. Sin embargo, me cansé muy pronto del espectáculo; mi pensamiento estaba entregado a cosas más importantes. En efecto: recordaba que mi madre me había ofrecido comprarme una trompeta y quise aprovechar la oportunidad de estar a solas con ella en esos momentos. No necesité emplear muchos argumentos para convencerla, porque mi madre se aburría con el cricket. Los dos de acuerdo, abandonamos nuestras localidades y salimos del campo como conspiradores. Elegí en la tienda una trompeta «Mannhattan», de lujo. Este modelo era uno de los más baratos de aquel tiempo; costó unas cinco libras. En la actualidad no podría adquirirse por menos de doce libras. Aunque no era una obra de arte, me parecía el objeto más hermoso del mundo. Al regresar al campo de cricket tuve que depositar la trompeta en el cuarto de aseo, porque se habría desencadenado una tragedia si cualquiera de mis cuatro parientes que jugaban el partido se hubieran enterado de nuestra deserción para ir a comprar una trompeta.

Hasta el día siguiente no tuve oportunidad de probar el instrumento. Estábamos pasando entonces unos días en Londres, en casa de mis abuelos, y aunque éstos se hallaban ausentes, el lugar no era muy propicio para hacer funcionar la trompeta; la atmósfera que allí reinaba era de silencio y de calma. En la planta baja había unas estancias con buenos muebles y gruesas alfombras. En las ventanas, pesadas cortinas para apagar los ruidos de la calle. De cuando en cuando aparecían figuras silenciosas que llevaban servicios de té de auténtica porcelana china. De ninguna manera podía romperse aquel ambiente de sosiego. Por eso no tuve más solución que subir escaleras arriba en busca de un sitio adecuado. En la buhardilla encontré el lugar que necesitaba: un cuarto de baño. Allí hice funcionar por vez primera la trompeta. Soplé y no se produjo ningún sonido. Repetí los intentos sin resultado positivo; las venas de la frente parecían que iban a estallar; expulsaba aire de mis pulmones como si se tratara de inflar un balón. Al fin coloqué los labios en posición adecuada y se produjo un ruido horrible. Aquello fué mi primera nota musical.

A los pocos días conseguí dar una escala completa con el registro bajo. Volví a la tienda donde mi madre había comprado la trompeta y allí me dieron una lección; el dependiente me pronosticó que si seguían haciendo los mismos progresos pronto «ganaría muchos puntos». Yo no tenía ambición de llegar a ser un virtuoso, y no soñaba tampoco que mi nombre apareciera algún día

en todas las carteleras. Yo quería ser simplemente un músico de jazz, y esta especialidad no suele ofrecer la ocasión de ganar fama y fortuna.

En Eton, a mi regreso, me uní a varios compañeros aficionados a la música y constituimos una especie de banda. A las dos semanas conseguimos interpretar algo parecido a la popular canción «Basin Street Blues». Sin embargo, no recomiendo a nadie mi sistema de aprendizaje. Tuve la suerte de que, al guiarme por un simple manual, no adquirí vicios que más tarde son difíciles de eliminar. El ideal es ponerse en manos de un buen profesor. Yo aconsejo a los principiantes que ensayen frente a un espejo. Si al soplar se ve que uno pone los ojos en blanco y las venas parece que van a estallar, lo mejor es que un experto nos dé sus consejos. Da pena observar cómo en muchas orquestas los trompetas, al tocar, parecen transfigurados en seres monstruosos que se dedicaran a dar presión a las cámaras de un camión de gran tonelaje

ALUMNO DEL COLEGIO DE ETON

Al llegar al final de mi estancia en «Sunningdale School», tuve que preparar mi ingreso en el Colegio de Eton. Los exámenes no fueron nunca mi especialidad. Siempre obtuve resultados mediocres y me costaba trabajo luego convencer a mis padres y profesores de que sabía mucho más de lo que contestaba en las pruebas. Después de los exámenes tuve que esperar bastantes días hasta conocer las calificaciones, que se publicaban en el tablón de anuncios de «Sunningdale School». Cuando había suspenso se consideraba que el honor de la escuela quedaba por los suelos, y los rostros de los profesores acusaban el descalabro. Yo tuve suerte y conseguí ingresar.

En Eton, los alumnos tienen que vivir internos en alguna de las residencias afectas al Colegio. En virtud de una norma establecida, yo no pude alojarme en la que dirigía mi padre. Tuve que acomodarme en «Butterwick's House». Cada residencia poseía características propias, según la personalidad del profesor que la dirigía. Algunas demostraban sus preferencias por la música; otras, por la mecánica; por las ciencias... La mía era conocida por su afición a los deportes. Pero mis gustos me llevaban por otro camino. Conseguí formar parte de la orquesta del Colegio, tocando el timpano. La orquesta no contaba con mucha ayuda de los superiores y solamente se reunía una vez a la semana. El director era el doctor Henry Ley, organista de mérito, que fué designado para tocar durante la ceremonia de la coronación de Jorge VI, en Westminister.

Además de mis quehaceres en la orquesta del Colegio busqué otras ocupaciones que me divertían más. No resultaba entretenido tocar a solas el timpano o el tambor. Me dediqué a la armónica.

Me cansé de la armónica a los quince años y me aficioné definitivamente al jazz. A partir de esa edad sólo había dos cosas que me llamaban la atención: la música militar y la de baile. Fui conociendo poco a poco los secretos del jazz a través de artistas como Payne, Henry Hall, Harry Roy, Gronella y Louis Armstrong. Como los gramófonos y los aparatos de radio estaban prohibidos en la residencia, tuve que fabricar un aparato de galena. Pero no logré con él ponerme en contacto con las orquestas de jazz, porque en las horas de descanso, que es cuando lo podía hacer, no se retransmitía esa clase de programas. Tenía que aprovechar mis horas libres de paseo para entrar en las tiendas de discos y escuchar en ellas los que más me interesaban. Un día tuve la suerte de oír por la radio una grabación de Louis Armstrong: «Basin Street Blues». Me impresioné tanto, que no viví tranquilo hasta que fui a la tienda a encargar el disco. Para mí no había más idolo que Armstrong.

Con estas cosas fui adquiriendo fama de aficionado al jazz, modalidad musical que no se miraba con simpatía en Eton. Se creía que era impropia de un caballero. No puedo enumerar la serie de horrores que mis profesores asociaban al jazz. La base de esta animadversión descansa en la falsa creencia de que el jazz es una especie de música revolucionaria, que terminará por destruir lo que se llama «buena música». Mi parecer es que el jazz no va contra las aficiones de aquellos que están capacitados para sentir la música tradicional y, en cambio, se dirige a tantos miles de personas incapaces de experimentar alguna emoción con la música clásica.

El mes de septiembre de 1939 nos trajo la guerra. El 13 de octubre de ese mismo año fui a Londres para alistarme en el Ejército. No experimentaba por entonces ningún sentimiento patriótico nuevo, pero las circunstancias mandaban. Elegí unidad y me presenté en el Regimiento de Granaderos de la Guardia. Hice antesala en un cuarto cuyas paredes estaban cubiertas de trofeos deportivos. Me recibió un teniente coronel, que me preguntó dónde había estudiado y quiénes eran mis padres. Después se interesó por el puesto que yo ocupaba en el equipo de cricket del Colegio de Eton. Esta no era la idea que yo tenía de la milicia y de sus problemas. Al contestarle que no me preocupaba nada aquel juego sufrió una gran desilusión.

A pesar de la guerra seguí en Eton hasta 1940, año en el que terminé los estudios en ese Centro. Como el Ejército seguía sin llamarme al servicio activo, se me planteó el problema de pensar lo que iba a hacer. No me sedujo la perspectiva de ingresar en Oxford o Cambridge para cursar estudios intensivos. Un tío mío me aconsejó ir a trabajar a unas fábricas metalúrgicas del sur de Gales que él dirigía. Acepté y estuve empleado hasta el 6 de junio de 1941, fecha en que me incorporé a un Centro de instrucción del Ejército en Caterham.

Mi primera licencia la empleé en ir a casa a buscar mi trompeta. Había en la unidad dos compañeros que eran músicos; los tres juntos hicimos gestiones para formar parte de una banda de la localidad, y conseguimos intervenir en algunos conciertos. Mientras tanto, mi periodo de instrucción llegaba a su término. Fui promovido al empleo de alférez de Granaderos y destinado al cuartel Victoria, de Windsor, adonde yo acudía en mi niñez a escuchar música militar durante los relevos de la guardia. Al cabo de algún tiempo embarqué con mi unidad con destino al campo de operaciones en el Mediterráneo. Estuvimos en Salerno y en las acciones que siguieron al embargo. Pronto tuve que ser evacuado por haber contraído unas fiebres infecciosas. Me trasladaron a un hospital de Argelia, y el 23 de diciembre de 1943 embarqué en un avión que me llevó a Inglaterra.

La convalecencia fué larga y penosa; fui de hospital en hospital, y llegó un momento en el que nadie sabía ya la causa de mis males. Hasta me diagnosticaron que mi enfermedad era producida por las extraordinarias dimensiones de mis intestinos, de tamaño fuera de lo normal. Dado de alta, al fin, fui destinado nuevamente al Centro de Instrucción de Caterham, donde me sorprendió el final de la guerra. Presencié en Londres las fiestas de la victoria y participé en aquellos actos interpretando con la trompeta, frente al palacio de Buckingham, lo mejor de mi repertorio musical.

Tan pronto como pude me dediqué a explorar el mundillo londinense del jazz. Al terminar la guerra solamente existía una modesta Sociedad, «Feldman Swing Club», en la calle Oxford. Se abría nada más que los domingos. Había también otros locales de infima categoría en tabernas y «pubs», en los que se cultivaba la música de baile de vanguardia.

Cuando me desmovilizaron, mis padres intentaron que me matriculara en la Universidad de Londres para diplomarme en Ciencias geográficas. Tuve en mis manos los programas y el plan de estudios, que comprendía dos años. Yo pensé que ni en veinte años conseguiría meterme en la cabeza aquellos conocimientos y le dije a mi padre que me negaba a emprender aquella carrera. El disgusto fué grande. Solucioné la situación declarando que no decidía por el dibujo, aunque no tenía entonces ninguna idea concreta sobre cómo ganarme la vida con esa actividad. En aquellos instantes no me atreví a hablar de la trompeta.

Me matriculé en Camberwell School of Arts and Crafts para seguir tres cursos, al cabo de los cuales obtendría un diploma. Se decía que este certificado daba paso a buenos empleos, pero lo cierto es que solamente era útil para hacerlo valer en el campo del profesorado; en el mundo comercial carecía de validez, pues las Empresas contrataban a quienes dibujaban bien, tuvieran o no diplomas. Influido por estas consideraciones dejé la escuela a los dos años. Aprendí en ella

nociones generales de tipografía, arquitectura y anatomía.

Hice una colección de dibujos para presentarlos a un concurso convocado por una casa editora. Se trataba de ilustrar unos libros de Edgar Allan Poe; los temas no podían ser más serios. Cuando los exhibí me dijeron que me los podía llevar otra vez, pues resultaban festivos.

Como mis dibujos no encontraban ningún comprador, volví a pensar en la música. En 1947 tocaba en todas las reuniones del Feldman Swing Club y en las de otra Sociedad denominada The Orange Tree. Un día vino a buscarme un representante de la orquesta del célebre George Webb para pedirme que participara, en calidad de músico invitado, en unos de los conciertos del Hot Club. Después me pidió que ingresara en su agrupación para cubrir el puesto de primer trompeta. Al principio me era muy difícil ajustarme a la disciplina del conjunto; mi estilo interpretativo era más libre. El primer viaje profesional que realicé con Web fué a Harwick. Durante el trayecto ninguno de los músicos de la orquesta dejó un momento de ensayar, aun a riesgo de dejarse algún diente por un vaivén del ferrocarril. Todas aquellas actuaciones eran desinteresadas y no obteníamos más beneficios que la satisfacción íntima de dar a conocer a todas las gentes los secretos del jazz.

MI EMPLEO EN EL PERIODICO «DAILY MAIL»

La música no me daba para vivir; había que volver a pensar en el dibujo. Yo conocía a Wally Fawkes, diplomado en arte comercial y considerado como joven promesa por Illingworth, caricaturista político del periódico «Daily Mail» y de la revista «Punch». Wally Fawkes entró en el «Daily Mail», recomendado por Illingworth, e hizo popular muy pronto el seudónimo de «Trog». Sus viñetas produjeron la admiración de Fleet Street. Al ser designado para otros trabajos en el mismo diario, Wally Fawkes me ofreció su puesto. Lo acepté, enviando en seguida dibujos míos. Firmaba con el seudónimo «Humph». Fueron tan bien acogidos, que empezaron a llegarme encargos particulares. Conseguí al poco tiempo reunir unos ingresos semanales de 140 libras; la fortuna me sonreía. Pero el periódico cambió de propietario y mis trabajos se consideraron inútiles; al fin me mandaron que no volviera a dibujar viñetas y me dieron el encargo de ilustrar historietas. Pero faltó espacio en el periódico para esta sección y yo quedé cesante. Habían pasado cinco años desde que ingresé en el periodismo.

Mientras dibujaba no abandoné la música. Formé una orquesta, y el 22 de febrero de 1948 actuamos por primera vez en público en un club del Norte de Londres. Sin embargo, muy pronto cada músico fué tomando un camino distinto; la compañía se disolvió. Con motivo del Festival Internacional de jazz, en Niza, me invitaron a que formara parte de la orquesta que representó a Inglaterra. Allí pude escuchar a las agrupaciones musicales más famosas del mundo: Armstrong, Teagarden, Hines, Catlett... Reorganizada la primitiva orquesta que yo fundé, empezaron a llegar los contratos. Mi nombre se había hecho popular en Niza. Y fuimos los titulares del «London Jazz Club» y actuamos en muchas excursiones organizadas en barcos que recorrían el Támesis. Y los clubs más elegantes nos abrieron sus puertas, empezando por el Cambridge's. Después actuamos en Bruselas en otro Festival Internacional. Empezaba la época de nuestro triunfo y el jazz. Las sociedades de aficionados se han constituido en casi todas las localidades inglesas. Las casas de discos se disputan las exclusivas de las orquestas más famosas. Como cada vez se nos reclamaban más nuestras actuaciones, tuvimos que establecer unas oficinas en Londres para que nos organizaran los programas y los compromisos.

En 1951 fundamos un club en el mismo local del «London Jazz Club». En 1953 adoptamos la resolución de pasarnos al campo profesional, con algunas limitaciones; las cargas y los gastos nos obligaron a regularizar los ingresos.

El resumen de mi vida se expresa en dos palabras: vocación y servicio. El jazz nos da buena música y encierra en sus notas la poesía de la vida moderna. Cole Porter, George Gershwin, Jerome Kern, Victor Herbert y Noel Coward viven ya en el alma del pueblo. A los intérpretes sólo nos queda la misión de dejarnos llevar por ellos.

LA ESTAMPERIA DEL "PUEBLO ESPAÑOL" DE BARCELONA

**UN TALLER DE GRABADO
AL BOJ EN LA PLAZA
ARAGONESA DEL
PINTORESCO RECINTO**

LA OBRA DE JUAN CASTELLS MARTI ES CONOCIDA EN EL EXTRANJERO

El estampero del Pueblo Español había empezado a intrigarse. Hacía tiempo que los turistas se metían en su tienda de la plaza Aragonesa con demasiado aplomo. Traían escrito su nombre en un papel. Al asomarse preguntaban por Juan Castells Martí.

—¿Quién les había dado su nombre? Lo que le chocaba bastante al estampero era que sólo tenían tan precisa información los ingleses y los norteamericanos. Los turistas acostumbraban a responderle con dificultades y vacilaciones lingüísticas. El no sacaba el agua en claro ni los acababa de comprender. Hasta que un día dió con la pista. Y con la explicación. Su nombre figuraba en la importante Guía de España y Portugal, de Gordon Cooper. Con una recomendación: Castells Martí vendía a un precio razonable.

LOS APUROS DE UNA JOVEN INGLESA

Una de las compradoras, una joven inglesa, miss Elsa de Stefano, le prometió enviarle la Guía.

Pero, por lo visto, había algo que la intranquilizaba. No atinaba a explicarse cómo a aquel hombrón de espaldas anchas, que mordía constantemente la boquilla de una pipa ennegrecida, le habían confundido con una dama.

«Es lamentable — escribió miss De Stefano a nuestro estampero — que los autores de la Guía le hayan confundido con una señora. Le han puesto un nombre de



mujer: Joan. Si usted quiere, yo misma me encargaré de hacer la reclamación.»

Castells Martí me lo cuenta con una sonrisa llena de satisfacción. Con un gran humorismo vital. Los autores de la Guía no le habían adjudicado un nombre femenino: se habían limitado a poner su nombre en catalán: Joan Castells Martí.

EL DESCUBRIMIENTO DE UN ESTILO

Pero no vayan ustedes a pensar que sea únicamente la «reclame» la que atraiga a los turistas a la pintoresca tienda de este catalán optimista, hijo de un carpintero de Santa Coloma de Queralt. Todo en ella tiene un aire de pintoresquismo, un sabor poético que nos encanta. Desde esos grabados al boj con imágenes de la Virgen y de los santos, hasta los últimos lienzos que han pintado Castells, como un inédito descubrimiento del ritmo de la danza.

Me señala algunas de aquellas últimas creaciones pictóricas: el baile andaluz, el bolero mallorquín, una danza popular catalana... El pintor ha estilizado la figura hasta quedarse sólo con el movimiento. Imaginen ustedes a unas figuras que de puro danzar se quedan en las rápidas y esbeltas líneas de la danza. El ar-

**Un interesante rincón de la
estamperia de Juan Castells**

tista ha ido trazando curvas, líneas que juegan en una dulce y presurosa ondulación y que se cruzan y se encuentran prescindiendo de las masas de carne. La cintura de estos bailarones prácticamente desaparece: no hay cintura o queda reducida al punto que forman dos líneas al cortarse. Sin cintura, sin codos, sin rodillas ni tobillos... Sólo líneas que se mueven presurosamente, se vuelven, se cortan, juegan...

—Un crítico francés me aseguró: «Sus personajes no pueden vivir; pero pueden danzar.» Estaba trazando el boceto para un tema de danza — continúa —. Líneas, sólo líneas. Mi intención era rellenarlo después. Darle volumen corporal. Pero comprendí que no merecía la pena...

Y así surgió hace poco, en este mismo año, la última etapa artística — el último descubrimiento — de este inspirado artista que es el estampero del Pueblo Español.

UNA VOCACION INQUEBRANTABLE

La biografía de Castells Martí, dentro de su aparente simplicidad, es la historia de una voca-

ción inquebrantable. Hijo de un carpintero de Santa Coloma de Queralt, un día le preguntó su madre: «¿A qué oficio te quieres dedicar?»

—Le respondí sin vacilación: «Quiero ser escultor.» ¡La que se armó! Me reprendió por mi idea insensata. Los artistas eran unos desgraciados que se morían de hambre. Además, yo tenía el taller de mi padre y ya tenía un camino.

La vocación a la escultura se le murió a Castells en el taller de carpintero. Sin embargo, continuó haciendo dibujos y pintando. Y cuando, para unos asuntos del taller, se trasladó a Barcelona, lo primero que hizo fue solicitar el ingreso en la Escuela de Bellas Artes. Dificultades. Había demasiados alumnos. El muchacho de Santa Coloma no podía ingresar. Hasta que un día algunos de sus dibujos cayeron en manos de un influyente crítico barcelonés, que le hizo ingresar en la Escuela.

—Me entregué a dibujar y a pintar con fruición. La pesadilla del taller de carpintero empezaba a quedar atrás. Hasta que un día tomé mis trastos y me fui a Francia.

En Francia había de iniciarse en la técnica del grabado.

—El grabado al boj tiene una importante tradición en Cataluña. Sin embargo, fué en Francia donde empecé a dedicarme de una forma seria. Sólo dibujando y grabando me ganaba la vida. Colaboraba en un periódico: «Le Loire». Además, algunos amigos habíamos formado una Peña. Vendíamos nuestras obras en las librerías, tiendas de anticuario, etcétera.

Dos años en Francia. Al regresar se dedicó a la ilustración de libros de bibliófilo.

—Me encargaron una magnífica edición del poema «Nerto», de Mistral: con dieciséis bojes y diez aguafuertes. Más tarde hice algunos trabajos para la Editorial Montaner y Simón: unos gozos del beato Ramón Lull. San Federico y San Conrado...

Ahora tiene entre manos una voluminosa obra de Juan Amades sobre costumbres. El prestigio que Castells alcanzó con sus ediciones de bibliófilo le abrió las puertas del Pueblo Español.

—Hace doce años, me establecí en Barcelona. En el Pueblo Español, sólo hace siete. Durán y Sampere, director del Archivo de la Ciudad, que conocía mis ediciones, me la facilitó. Me cedieron esta tienda en la plaza Aragonesa.

UN GRABADO DE TURMEDA QUE SE CONVIERTE EN LA IMAGEN DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Y hoy, esta «estampería» de la plaza Aragonesa es un constante entrar y salir de turistas. Como una movilización en peso para contemplar los trabajos de Castells.

A mano derecha, el tórculo. Un operario lo acciona, imprimiendo los bojes. A la izquierda, sobre una mesa, una verdadera exposición de temas diversos. Predominan los de danzas regionales o los paisajes rústicos y urbanos de las regiones españolas que tienen su representación en ese maravilloso museo al vivo que es el Pueblo Español: la puerta de Avi-

la, una plaza aragonesa, unas casonas del Norte...

Castells me muestra su colección de grabados; los que él ha ido imaginando, convirtiendo con el esfuerzo terco de cada día en una realidad artística más; y aquella colección del Archivo Histórico de la ciudad, que el operario del tórculo también imprime.

—Sin embargo, no son los que se venden más—me dice Castells.

Y de pronto nuestra conversación es interrumpida por un grupo de turistas.

—«C'est Sain François»—asegura con aplomo un joven con aspecto de intelectual, señalando una xilografía.

Cuando se van, Castells me dice con una sonrisa:

—Todos aseguran que es San Francisco. Yo les digo que sí... Al fin y al cabo, son clientes. Pero no es San Francisco: es Anselmo de Turmeda.

Anselmo de Turmeda, cubierto por una gorda capucha de fraile, se sienta en el campo en medio de unos animales. Pensamientos en seguida en los Bestiarios



El estampero del Pueblo Español en un momento de su trabajo

de la Edad Media. Sin embargo, Castells no deja volar demasiado nuestra imaginación. Aquello es una ilustración para «La disputa del ase»: una obra que el extraño personaje—un catalán que se trasladó al Norte de Africa y se hizo mahometano—escribió en Túnez el año 1417 para polemizar con alguna agresividad contra el Cristianismo.

—Sin embargo, para no contradecirles, he acabado vendiéndolo como San Francisco de Asís. Le podría contar cosas muy curiosas. Vea usted este trabajo.

Me muestra un grabado en colores de una extraña modernidad. Diríase la obra de un impresionista realizada sobre el boj. Manchas, como golpes de luz o trazos fuertes de color.

—Sin embargo—me explica—, es un grabado del siglo XVIII. Entró un francés y me pidió un grabado muy moderno. Apenas le

empecé a mostrar la colección, se enamoró de éste... Cuando estaba en la puerta, le anunció: «Me había olvidado de decirle una cosa: es un grabado del siglo XVIII.»

LA AGILIDAD DE LA PESCA SUBMARINA

Una de las pasiones más violentas de Castells Martí: la pesca submarina.

Castells Martí, con su enorme pica en la boca, parece un lobo de mar. Deja la pipa sobre la mesa, se pasa un pañuelo por la frente para enjugarse el sudor y le dice a su hija, que está allí escuchando: «Saca cerveza.» Después de unos sorbos de cerveza fría, Castells continúa.

—Soy un entusiasta de la pesca submarina.

Y me señala, colgados de la pared, dos frescos con un buzo que se lanza con increíble agilidad contra un enorme pez que le saluda con un coletazo.

—No la practico. No sé bucear. Pero allá en Palamós el agua es tan clara, tan transparente... Desde una roca de la orilla, uno los ve zambullirse, sumergirse ágilmente, resbalar hacia el pez, que se revuelca cuando le clavan la flecha que le deja malherido... Es un gozo. Se lo aseguro. Desde la orilla he filmado películas.

Castells ha filmado películas y traza cuadros llenos de movilidad. Sus buzos luchan con peces que nos recuerdan los de algunos frescos pompeyanos, y tienen la movilidad de lo que es puro impulso.

LA INSPIRACION: METODO DE TRABAJO

—Mi método de trabajo—me confiesa—no puede ser más simple: es la inspiración. A fin de cuentas, el grabado no tiene una técnica ni exige un estudio...

Cuando le encargan una edición de bibliófilo, lo primero que hace es leer la obra, anotando aquellos pasajes que le suscitan una imagen plástica. Es como si el artista la estuviera contemplando: como si la pudiese palpar y estrujar entre los dedos.

—Casi siempre, la imagen que he visto, de pronto, en el momento de la lectura, es la que llega a convertirse en realidad.

La ejecución es también una aventura de impulso. Nada se hace fríamente. El boceto se hace con el calor de la inspiración; pero es siempre algo incompleto. El grabado surge a medida que el artista va hendiendo con el buril la madera, abriendo largas heridas en el boj.

Castells sorbe un poco de cerveza y me dice:

—Ahora lo comprenderá mejor.

Y llamando a su hija: «Tráeme el grabado de Schubert.»

Un boj trabajado con verdadera violencia y un grabado impreso sobre una lámina de papel grueso.

—Mire: todo paralelas. La pureza del grabado catalán lo exige. Nosotros no nos permitimos, como algunos grabadores franceses, trazar líneas verticales finísimas que produzcan una sombra y un punteado...

Efectivamente: la frente, las mejillas, la barba, la nariz, han surgido a base de unas hendiduras que se mueven en rápida on-

dulación, pero que no se entrecruzan jamás.

El artista lucha con amor y entusiasmo con el boj. Luego, el trabajo pasa al tórculo. Un operario imprime sobre hojas de papel.

Algo muy pintoresco que se realiza constantemente en todos los establecimientos del Pueblo Español: los objetos se idean, se elaboran, se acaban a la vista de los compradores.

EL BRILLO DE UNAS GAFAS EN UN GRABADO AL BOJ

Sin embargo, no todo ha de interpretarse en un sentido absoluto. Es posible que las rigidas leyes del grabado catalán tengan alguna excepción. Como ésta, capaz de producir el extraño brillo de las gafas de Schu- bert.

Miran ustedes los ojos del músico y los contemplan a través de los cristales de unas gafas que tienen realidad. ¿Cómo se consigue esta sensación de cristal verdadero?

—Es muy sencillo—me dice Castells sonriendo—. Basta con trazar, en este trabajo todo de hendiduras paralelas, unos pequeños trazos perpendiculares. Y ya tiene usted al sensación de cristal.

PROFESIONALES Y CLIENTES

El grabado catalán tiene, como hemos visto, una importante tradición. Cuenta con figuras destacadas: como este estampero de que ahora nos estamos ocupando, o como Oller Pinell.

—Admiro a Oller Pinell—me dice—. Actualmente me parece el más completo de nuestros grabadores.

Sin embargo, no vayan ustedes a creer que el grabado al boj sea un negocio. Es difícil que un artista viva sólo del grabado. Los ingresos más importantes en este campo vienen de las ediciones de bibliófilo y de los pequeños grabados que se venden encuadrados. Sin embargo, casi ninguno puede vivir sólo de esta profesión. Oller Pinell es al mismo tiempo grabador y fotógrafo. Otros alternan la aventura del grabado con otras actividades más remuneradoras y más seguras.

—Además, no hay clientela del país. Los barceloneses no adquieren grabados. La época para vender grabados es el verano. Los clientes: los turistas. Sobre todo, los italianos, que se apasionan extrañamente.

Por la estamperia de Castells han pasado muchos, muchísimos extranjeros. Algunos de gran prestigio en el mundo de la literatura, de la música o del arte.

—Aquí estuvo el violinista Thibaud, poco antes de morir de un accidente de aviación. El legado pontificio, cuando el Congreso Eucarístico. Y pasó por aquí un maharajá que se volvió a su país cargado de cosas.

Un profesor de la Escuela de Bellas Artes de Amberes vió un día algunos grabados salidos del taller del Pueblo Español. Era el grabador Händrig. Su propietario sólo supo decirle que eran obra de un español.

Händrig, lleno de interés, hizo gestiones cerca de la Embajada de España. Después de repetidos esfuerzos, dió con el paradero del



Dos bellos aspectos de la estamperia de la Plaza Aragonesa, conocida ya en varios países extranjeros

autor de los grabados. Y Castells recibió una carta afectuosa: el belga le pedía los grabados de su colección.

—Naturalmente, se los remití en seguida. No tardé en recibir la colección de grabados de Händrig.

Los extranjeros son los clientes y los impulsores del arte del grabado. Se entusiasman; pero a veces exigen la creación de temas.

—Esos dos grabados del Quijote los tuve que hacer acosado por los turistas. Todos me pedían Don Quijote, Don Quijote. Y yo no tenía nada sobre el caballero de Cervantes.

UNA EDICION DE BIBLIÓFILO PARA UNOS MARI- NOS AMERICANOS

La tripulación del portaaviones americano «Corac Sea» está preparando una cuidada edición de bibliófilo como recuerdo de su crucero por el Mediterráneo. El «Corac Sea» forma parte de la Escuadra norteamericana del Mediterráneo y ha fondeado repetidas veces en el puerto de Barcelona.

—Quieren que colabore en la ilustración del libro.

Temas: danzas españolas; una vista de Venecia, de Florencia o París; un viejo pescador remendando las redes; una composición de deportes; diversas actividades —aparte de la tarea normal— a bordo del bajel.

Castells visitó la Escuadra con el subteniente Gaylei. A estas horas ya tiene una idea clara de lo que van a ser las ilustraciones. Para el tema de la danza española se limitará a realizar

en grabado el estilo frenético —movimiento en pureza— de su último descubrimiento: un juego de líneas como el alma del movimiento de los bailarines, el espíritu sin carnadura de la danza.

—La vista de Venecia—comenta—, en lo que se refiere al tema, quizá le parezca un tópico: un canal con los palacios y las góndolas. Pero todo es nuevo cuando uno se empeña en que lo sea.

Claro que la novedad y la modernidad no tienen el vocabulario de este estampero—creador de obras de jugoso sabor tradicional—un valor menguado de presunción y «snobismo».

—No es nuevo porque me proponga hacer algo insospechado para llamar la atención. La novedad es algo maravilloso, incomparablemente maravilloso que, no sabemos cómo, un día nos empieza a nacer desde dentro.

Y de la imaginación, al papel, al lienzo o al boj. De la fantasía, a la materia. De la elucubración, a la tangibilidad de los objetos, que se sienten llenos de fuerza y de vida.

Como estas imágenes de hombres y mujeres que danzan, de pescadores que se sumergen con increíble agilidad en la transparencia del mar, de calles, de viejas ciudades con antiguos caserones, con torres de iglesias que de puro vetustas parecen tener sus campanas muertas. Como todo este mundo de prodigio o alucinación que saluda y deslumbra al turista que entra, quizá con la Guía de Gordon Cooper abierta en las manos, en la pintoresca «estamperia» del Pueblo Español.

Francisco SALVA MIQUEL



LA RISA DE LOS DUENDES

NOVELA, por Marino GOMEZ SANTOS

CONOCI a Matías Roben en París. De esto hace ya muchos años, puesto que yo me ocupaba entonces en preparar la tesis doctoral de mi carrera de Medicina.

Matías Roben se hospedaba en la misma fonda que yo. Era un hombre elegante, que hablaba muy bien francés. Si no recuerdo mal, la primera vez que conversamos fué en el comedor, con motivo de haber recibido yo unos periódicos de Madrid.

A Matías no le importaba demasiado la política, según me dijo; pero le interesaban los periódicos para enterarse, por las críticas literarias, de los libros que se habían publicado durante su ausencia.

Era escritor y tenía talento. A mí, personalmente, eso me ha parecido leyéndole, aunque como conversador le creyese más eminente.

Matías Roben decía que era abogado, pero que como no tenía pleitos se dedicaba a tomar cafés y a charlar con los amigos.

En realidad, lo que hacía era tomar unas notas para escribir una novela sobre París.

Salía por las mañanas a huronear por las viejas calles y a charlar con tipos extraños, entrando en las tiendas de pelucas y en los anticuarios.

Por las noches me invitaba a ir a su cuarto, que era bastante amplio, con un balcón a la calle de Reynouard. Fumábamos pitillos y, entretanto, él me contaba lo que le había sucedido aquella tarde. Siempre tenía cosas pintorescas que contarme, porque los sitios en que hurgaba no eran para menos.

Por él supe que en la calle en que vivíamos también había vivido Balzac.

Desde París yo me fui a Alemania y, después de los azares de la guerra, volví a Madrid. Un día leí en un periódico de la tarde una larga entrevista con mi amigo el escritor. Se había hecho un pequeño estudio en un pueblecito llamado Or-

bayal, en el Cantábrico, sobre la misma playa. Allí, según el periodista, Matías Roben hacía una vida de anacoreta.

Le escribí; me contestó al poco, confesándose sus dolencias. Padecía una neurosis bastante antigua, y yo, a instancias suyas, fui un verano a visitarle.

Por quehaceres profesionales viví algunos años en Santiago de Compostela, y desde allí hice frecuentes viajes para acompañar algunos días a mi amigo.

Desde entonces él me escribió cartas y más cartas, detallándome sus sensaciones de enfermo.

Ahora se han cumplido cinco años de su muerte. He andado en mis papeles y, al volver a leer la correspondencia de Matías Roben, he seleccionado ocho de sus cartas, porque las creo curiosas y porque me parecen un vivo documento; la novela que no llegó a escribir, quizá porque era demasiado sombrío y triste su tema.

Las copio, además, porque pienso mandárselas imprimir, en edición de bibliófilo, numerada, para regalar a sus amigos y a algunos de mis clientes.

Si Matías pudiese ver esta decisión mía estoy seguro de que la aprobaría, porque era hombre que venía de vuelta de todos los caminos y no hubiese tenido escrúpulos sociales para relatar el mismo su vida así como realmente fué.

De todas maneras creo que no perjudico nada su memoria. Las cartas revelan sus buenos sentimientos y sus sanas preocupaciones.

Y eso es lo que me decide a mandárselas imprimir. De otro modo yo hubiese sido incapaz de darlas a la publicidad; estoy seguro.

1

Querido doctor: Regresé anoche. No pude resistir en Madrid más de diez días, por mucho que

«28 de agosto.

luché conmigo mismo. Atroz, pesadísimo e incómodo todo. Ya se lo explicaré a usted si todavía me queda fibra para ello.

Sobre la mesa del estudio encontré su carta. Gracias; muchas gracias, querido doctor. Su admiración por mis libros me parece, más que consecuente con la calidad de mi obra literaria, con nuestra amistad. Sobre todo cuando vuelvo sobre mis lecturas juveniles y cojo una obra de Dostoyevski. Esto basta para convencerme de que me he mirado a mí mismo con ojos demasiado benévolo, confiando acaso ingenuamente en una porción de cosas de las que estoy casi seguro de que carezco.

De este modo se me caen al suelo las aspiraciones y me hago el propósito de no seguir embotronando papel. Y tengo un pronto, un impulso de calentar el estudio, echando en la chimenea los diez o quince libros que he cometido la estupidez de publicar en mi vida. Así creo absolverme de un cinismo y de una insensatez evidentes; pero el caso es que todo se queda en teoría, porque luego no me decido a echarle ese bocado al fuego, reconociendo que esto sería también una insensatez. Esa es la verdad.

No creo que soy un hombre pesimista, como usted me repite siempre, sino que más bien un aficionado a medir y a sopesar las cosas.

Esto es tan formal en mí, que si hubiese tenido afición y algunas aptitudes para pintar, me sucedería lo mismo ante el recuerdo de Velázquez, por ejemplo.

Puede que esto sea cobardía, resultado de una autocrítica destructora que llega hasta eliminar a uno mismo. ¡Quién sabe! En todo caso, pretender encontrar así como nuevas posturas o como originales formas y modalidades en el arte, más bien me parece vacua pretensión que sana intención. Porque, la verdad, han pasado ya tantos aires y tantas corrientes por el río viejo del mundo artístico, que vaya usted a saber qué ojos y qué formas faltan todavía por mirarse en él.

La prueba de todo esto la tiene usted en que una obra de arte lograda con cierto estilo y con cierta inspiración, en nuestros días, tiene más que ver con el pasado que con el presente. «Como todo tiene que ver», dirá usted. Es verdad. Y siendo así, ¿qué pretendemos ver ante un horizonte artístico pequeño y confuso de nieblas? Pues nada; posiblemente, casi nada. Si acaso, de siglo en siglo, dos otras notas de la flauta de la casualidad. Esto me parece bastante poco alentador.

Y de éxito no hablemos, puesto que éste es bastante relativo, desde el momento que no hay así como unos cánones precisos para concepcionar la obra artística.

Se opina categóricamente, eso sí; pero en el fuero interno de cada cual, estoy seguro de que nadie tiene una confianza plena en la eficacia de su juicio.

La verdad indudable es que lo que tiene valor se levanta ante nuestros ojos y ante otros ojos nuevos hasta casi lo indefinido, porque me imagino que el mundo es mucho menos viejo de lo que aseguran los científicos. Y también es verdad que lo que no tiene valor, así haya pasado en su tiempo por definitivo e inmovible, se cae a un charco cuando menos se lo cree nadie.

En fin, doctor, muchas gracias por el halago a mi enferma y débil vanidad. Yo, ya le digo: he escrito porque no sabía hacer medianamente otra cosa. Me he entretenido así, como otros se entretienen jugando al dominó o haciendo solitarios con las cartas. He decidido por la literatura porque yo nunca tuve dinero para jugarlo al dominó. Le soy sincero.

Le escribo así, dejando la hebra suelta, para continuar cualquier otro día. Quise que no pasara de hoy el echar su carta y la escribí nada más tirarme de la cama, para que sepa usted que ya he regresado a Orbayal y pueda dirigirme aquí sus alentadores consejos facultativos.

Mis nervios, deplorables; cada día peor; pero nada voy a confesarle hoy, para que no me repita usted que soy tan obsesivo como infantil.

Disculpe mis observaciones y mis preocupaciones de enfermo, y ya sabe cuánto le estima su buen amigo M. R.»

«29 de agosto.

Querido doctor: Ayer, nada más entregar mi carta a la vieja Francisca, para que la echara en el pueblo, me sentí fatalmente mal. Ni con Beller-

gal, ni con las otras grageas que me recetó usted en su última visita, ni con nada logré levantar mi espíritu.

Encendí yo mismo la chimenea con leños demasiado grandes que no tuve voluntad para cortarlos, aunque de haberlo intentado, es posible que no hubieses tenido tampoco fuerzas para ello.

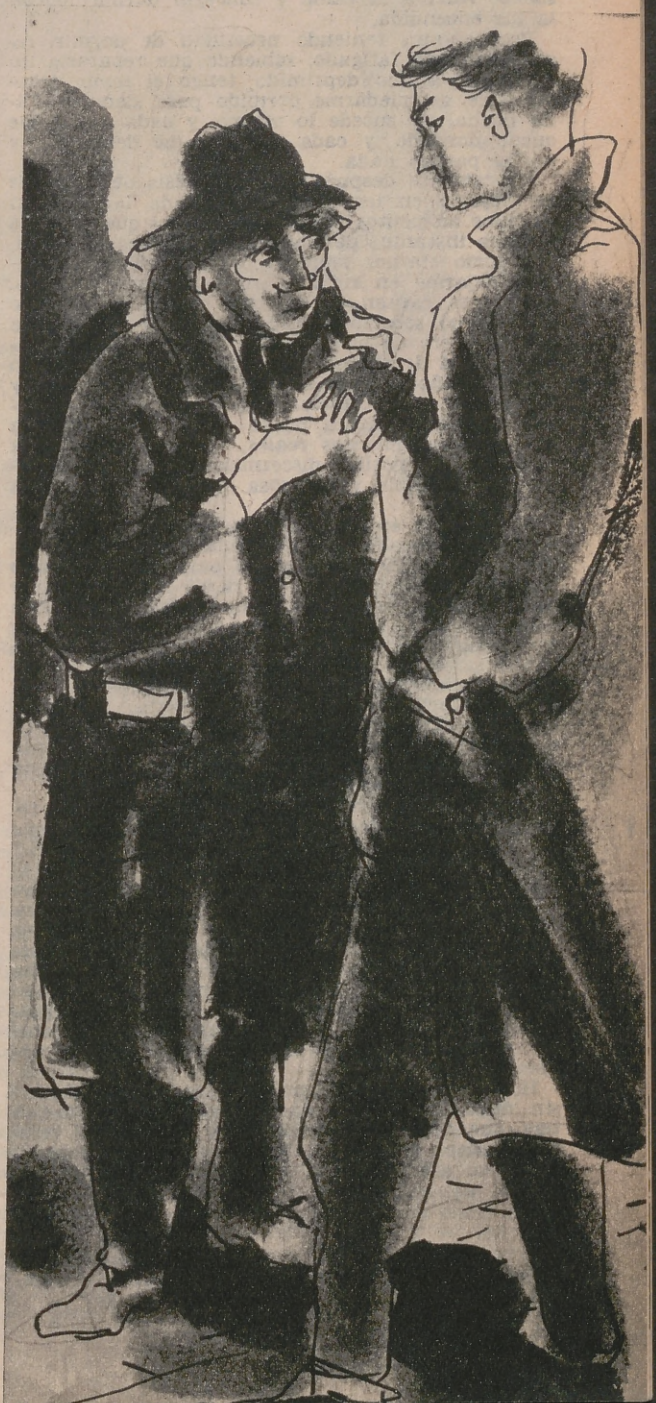
Me senté en la butaca y hasta las primeras horas de la noche no estuve así como consciente de mí mismo.

Sin dormir, pero viéndome y contemplándome flotar en una nube de tormenta, me pasé el día con un ojo cerrado y otro abierto.

A las ocho tuve voluntad para ir a mi cuarto, sin llevar libros siquiera, como es mi costumbre de siempre, pero cuidándome de que no me faltase ninguna de las entrañables farmacopeas recetadas por usted.

Ya entre sábanas comprobé que todo estaba en su sitio, que la lista de los teléfonos urgentes tenía apuntados los números de su clínica, de su domicilio particular, de su café y de su club de recreo, además de los números de la farmacia del pueblo, del practicante, del párroco y de la funeraria. ¡Dios mío, a qué extremos inverosímiles le lleva a uno esta enfermedad trágica! ¡Hay que ver cómo le va comiendo a uno la moral!

Yo me pregunto en un claro desapasionado, com-



pletamente sereno ¿y para qué necesito yo el número de la funeraria, si a fin de cuentas, o a fin de vida, yo no voy a pedir un ataúd después de que me haya muerto, ni tampoco voy a encargarlo con ocho días de anticipación, como un chaquet para apadrinar una boda?

Lo malo de estos casos, es que hay momentos de lucidez, momentos de verdadera y clara perspectiva, que permite otear el propio ridículo. El enfermo de esta broma pesada del nerviosismo y de las crisis, anda entre nube y nube, entre claro y claro, no como el loco que se tumba, así por las buenas, en el limbo de su locura y allí se las den todas.

Pero, en fin; las cosas son como son. Paciencia y serenidad. Después de todo, no por mucho analizar va a resolverse la neurcosis, o lo que sea, más pronto.

Y, como decía a usted, de un principio, me acosté. Las sábanas estaban tibias y los nervios se calmaron un poquillo; me sentía bien de aquella manera... hasta que apagué la luz.

Figuraciones, perfiles de fantasmas, pesimismo. Se me imaginaba que me habían enterrado en vida y que estaba tragando arena fina de la playa, que el techo de mi cuarto tenía una bóveda con aristas de prisma, como un ataúd.

Y encendí, y me tiré de la cama, y anduve paseando por la habitación, con la puerta y las ventanas abiertas, hasta que, fatigado y muerto de sueño, volví a la cama y conseguí dormirme con la luz encendida.

Porque, aun teniendo necesidad de dormir, reconociéndome fatigado, sabiendo que repararía un estado de ánimo deprimido, tengo el temor insobornable de quedarme dormido para siempre. Cada noche me sucede lo mismo, y cada noche me quedo dormido, y cada mañana me despierto: y no ha pasado nada.

Únicamente después de estas crisis observo que los objetos en los que tenía posada la vista en aquellos momentos son testigos de los que yo creía últimos instantes de vida. Estos objetos, para mí, son como eternos amigos confidenciales que pueden dejarme en ridículo, revelando mis secretos, cuando se cansen de tenerme piedad. Vivo entre ellos como sobornando su silencio, y hasta creo que los miro de modo melancólico, con una mirada antigua de enamorado adolescente. Y como en aquellos años, no estoy seguro de ser sincero y fiel a mis manifestaciones, porque de hacer teatro con la literatura no sé dónde acaba la vida real, los sentimientos reales, y dónde empieza la farsa. No es posible discernirlo. Y no es una voluntad inflexible y perezosa la mía. No lo crea usted.

Si no viajo es precisamente por eso, porque estoy acostumbrado a andar tentando las cosas como un ciego viejo y avezado para quien el tacto logra sustituir la vista. Yo perdí el optimismo y ando apoyado en estas cosas queridas. Me dan miedo los ojos nuevos que se posan en mí o los que cruzan con los míos en los andenes de los «Metros», en los bulevares y en los cafés. Me cansan los ambientes. Me encuentro feliz, sentado en una silla, del circo, próximo a la pista; deseo que la función comience pronto, porque creo que va a distraerme. Pues bien: cuando sale el primer caricato me doy cuenta de que estoy incómodo y cojo el sombrero y me voy.

No puedo evitarlo; si intentase distraerme, resistiendo a mi deseo de salir al aire, creo que me daría un colapso.

Aquí en mi pueblo estoy mejor, soy menos desdichado; porque conozco todos los tejados y, uno a uno, todos los palos del telégrafo; sé quién entra y quién sale en las puertas; qué motivos hay para que una cara lleve gesto de dolor o de risa. Las voces conocidas que hablan por los caminos del pueblo o por la orilla de la playa son suficientes para acompañarme, para darme confianza. Cuando las escucho desde el interior de mi estudio respiro hondo y creo que pongo cara de satisfacción.

Hoy he conseguido trabajar toda la mañana; sin duda, porque me encuentro mejor. ¡Pero no hay que soltar las campanas a vuelo! ¡Ya veremos cuánto dura todo! Mientras tanto, espera su carta su afectísimo M. R.»

3

«30 de agosto.

Querido doctor: Contesto a su atenta y alentadora carta de fecha 29 del presente mes.

Desde luego, no le falta a usted razón al indicarme que debería procurarme compañía para distraer «los negros pensamientos» de mi enfermedad solitaria. No crea usted que yo no he pensado ya en ello detenidamente. Lo que sucede es que no creo, en este caso concreto, en la eficacia de las enfermeras, las cuales están familiarizadas con el dolor, como las monjas viejas, que no sirven más que para incorporar a uno y darle un zumo a cucharaditas.

A este extremo de necesidad no he llegado yo todavía. Usted me comprenderá. Mi enfermedad está más en el espíritu que en los músculos. Por eso, lo que yo precisaría inminentemente sería la mano de mi pobre madre, a quien tuve la desgracia de perder hace tantos años. De no ser ella, nada me consuela ni me vale. Tampoco creo, como usted, que la falta de compañía («son gajes del celibato»). Puede que sea así como afirma. No discuto. Pero la verdad es que yo nunca tuve mucha confianza en mí mismo, en mi permanencia ni en mi continuidad. Fui un hombre que vivía en la pura improvisación, de veleidad en veleidad, bailando en la cuerda floja y flexible, a la que me confiaba cada mañana, sin pensar demasiado en que un día cualquiera pudiera fallar y cayera de bruces en el fracaso o en la más deplorable pobreza de salud, con lo cual iba a dar en el mismo punto.

Yo nunca supe tampoco empezar y concluir un cuaderno con la misma letra clara y uniforme de las tres o cuatro primeras páginas, porque no supe continuar nada ni terminar nada tampoco. De esta suerte he hecho, a mi modo de ver, un bien considerable, puesto que no arrastré a nadie a la inseguridad y, posiblemente, a la vida triste y sombría.

Las mujeres me han entusiasmado siempre; pero de un modo temporal; quince días una, dos meses otra, una hora o cinco minutos ésta o aquella. Y luego las he repugnado a todas, una a una, rigurosamente, porque vi una mancha en su traje, o una uña descuidada, o una palabra torpe, o poco delicada. En fin, por lo que fuera, se me iban cayendo al suelo, como frutas podridas picoteadas por los pájaros. Y ante estos fracasos, yo tuve un justificado miedo de tomar siempre compromisos que fueran a acarrear después serias consecuencias.

Venga usted por aquí alguna tarde. El campo no está tan triste como en invierno, porque hay una luz estival bastante vigorosa, con un cielo relativamente limpio y un césped menos húmedo, menos verde, menos melancólico. En fin, usted verá si viene. A mí me parece que no le pesará. En casa hay una veintena de libros que me han llegado por correo durante mi ausencia y, además, un té moruno del que a usted le gusta, y es posible que quede todavía algún que otro habano por los anaqueles, entre los tomazos del «Larouse», donde hallamos aquel Portagás ejemplar la última vez que tuve la alegría de verle a usted en mi casa.

Y se me olvidaba comunicarle a usted que la vieja Francisca me encargó decirle que haga usted el favor de volver a indicarme qué dosis ha de ponerme de los polvos blancos que he de tomar antes de acostarme. Al parecer, extravió la tarjeta en que se los había apuntado. No se olvide de esto, por favor, porque de hoy de tomarlos ante la inseguridad, no sea que me exceda en la cantidad y me perjudique.

En el correo de hoy le envío un ejemplar de mi última novela, traducida al francés. Puro milagro; ha sido debido a mi amistad con un tipo influyente en la Editorial traductora, ya que los franceses se resisten a aceptar toda obra de autores españoles, como si no valiera la pena nada de lo que hacemos aquí. Estupideces; créamele usted. Esa actitud me parecería bien si en la actualidad tuviesen un Hugo, o un Balzac, o un Verlaine, o un Baudelaire, y no un Premio Nobel como François Mauriac novelista mediano, con mentalidad de escritor vulgar de provincias.

Y no le distraigo más. Ya continuaré mañana o cuando sea. Un cordial saludo.—M. R.»

4

«2 de septiembre.

Querido doctor: En su carta del 30 me dice usted que flaquea mi memoria, pues yo le había prometido darle cuenta de mi estancia en Madrid y nada le he escrito todavía acerca de ello.

Si no lo hice créame usted que no fué por olvido, sino que por vergüenza de recordármelo a

mí mismo, pues yo, naturalmente, no tenía pensado inventarme nada.

Pero como veo que no hay manera de de escarpase, voy a confesarme aunque no me sea nada grato.

Me habían recomendado un hotel en la glorieta de Bilbao bastante confortable, y en él escogí yo mismo una habitación alegre y espaciosa, cuyos balcones caían sobre las terrazas de los bares, frecuentadas por gentes jóvenes, con jerseys de colores vivos, que me recordaban a los muchachos del bulevar Saint-Germain des Près.

Instalé mis ropas, mis libros y todos los bártulos debidamente por cajones y armarios. Me tumbé en la cama y paseé la vista por la habitación. Aquello estaba muy bien. De seguro que iba a ser feliz allí. El techo estaba pintado pulcramente de blanco; los muebles eran modernos y estaban muy bien cuidados. No había por ninguna parte ese sello de conejera que tienen las habitaciones de los hoteles; más bien parecía una casa de familia. Por eso yo lo encontraba excelente.

Mientras estaba así, paseando la vista por el cuarto, llegué con el pensamiento bastante lejos y me vi vendiendo mi modesta casita de Orbayal y llevando allí los materiales indispensables para instalarme definitivamente en el hotel.

Pero aquella noche no pude dormir porque no me dejaron las partidas de beodos que pululaban por la calle, entrando y saliendo en las tabernas a altas horas. Y para rematar la broma, «claxons» de automóviles, y etc., etc.

Se lo expliqué a la camarera que me entró el desayuno y entonces me cambiaron para otro cuarto interior, con un solo balcón, que caía sobre un patio grande.

Pues tampoco pude estar allí más de dos noches. Las conversaciones de las chicas del servicio me ponían de un humor malísimo con sus historias amorosas y sus tópicos. Ya ve usted. En otro tiempo eso me hubiese divertido y hasta me hubiese servido para hilvanar algún que otro artículo que iría muy bien para la Prensa de provincias.

Pero aquello me irritaba de tal suerte que no pude por menos de sacar la cabeza entre la cortina del balcón para mandarlas callar, usando bastante malhumor y hasta no muy exquisito vocabulario.

Luego no quiera usted saber las contrariedades que me surgían cada vez que ponía los pies en la calle.

Si quería tomar un autobús, naturalmente, tenía que formar cola. Bueno, pues iba y la formaba. Miraba el reloj; a los cinco minutos volvía a mirarlo: el autobús no asomaba por ninguna parte. Empezaba a impacientarme. Volvía a mirar el reloj: había pasado un cuarto de hora. El autobús seguía sin aparecer.

Entonces me salía de la cola, la cual ya había crecido de modo alarmante, y cruzaba la calle para tomar un taxi.

Este berrinche, que solía ocurrir casi siempre por la mañana, me duraba todo el día. Llegué a hacerme el propósito de tomar únicamente el taxi cuando lo necesitara; pero tampoco esto daba resultado, porque en los momentos necesarios es fatal que no aparezcan.

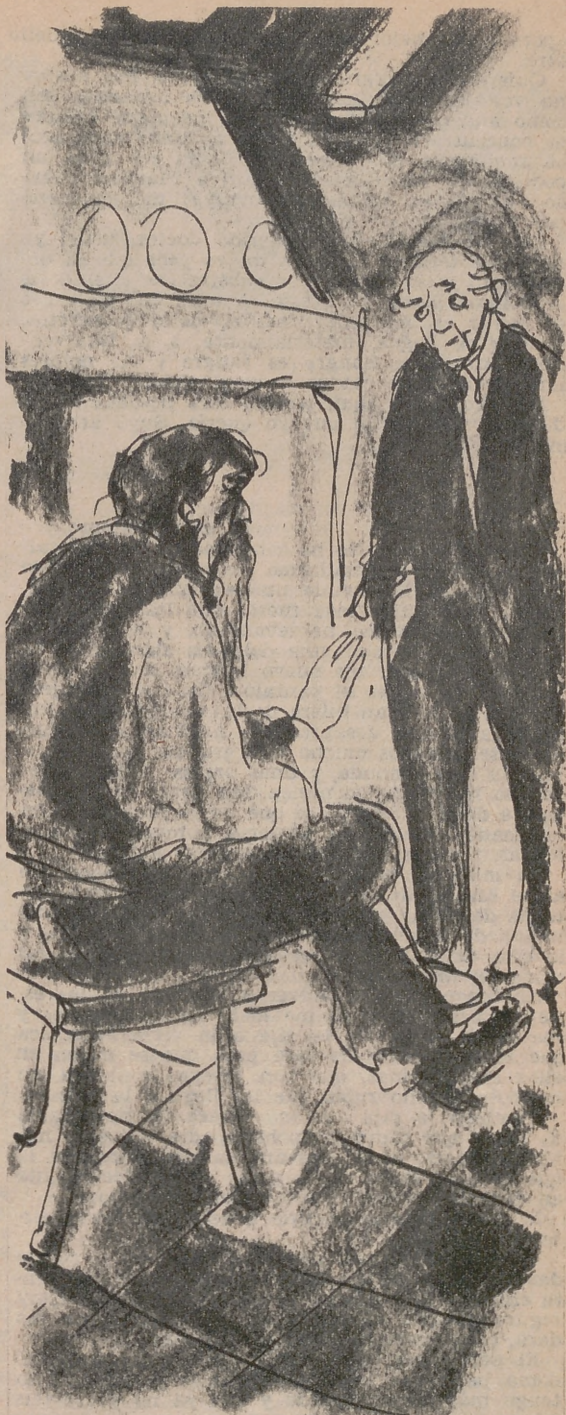
Por eso y por muchas cosas más, querido doctor, decidí volver a Orbayal. Creo que la civilización, según se entiende actualmente, no me va. Prefiero recluirme en mi estudio, aunque me pase muchas tardes solitarias, contemplando desde la ventana el mar gruñón y perezoso, que viene arastrándose hasta el murete de mi casa, y ver a los lados suaves y jugosos los prados, esos prados melancólicos, con un palo de telégrafo en el medio y una vaca sola rumiando los pastos.

Prefiero acompañarme de una de esas bestias filosóficas que asistir a una de esas tertulias de café donde, en definitiva...; pero no, no quiero opinar, porque voy a decir barbaridades de las que luego quiero arrepentirme, como siempre.

Usted quería saber el resultado de mi viaje a Madrid y ya lo sabe. Ahora mismo ha llegado el practicante y me despido de usted. Suyo afectísimo, M. R.)

«P. D.—Antes de cerrar la carta quiero decirle que de mis diez noches de Madrid me pasé sentado al fresco cuatro o cinco, a lo menos. Bajaba al bulevar y me sentaba en una cómoda butaca de la terraza, solo y a solas con mis negras manías.

Una de las noches estuve hasta cerca de las cuatro de la madrugada. No se movía una hoja.



La temperatura, sofocante durante el día, había cedido con la madrugada y estaba deliciosa.

El dueño del puesto de refrescos salió a poner las maderas para cerrar el establecimiento y, como pasase cerca al ir recogiendo las sillas, se acercó a mí con una mirada protectora y me preguntó: «¿Al señor le sucede algo? ¿Puedo ayudarle en algo?» Yo, de momento, me limité a decir que no me sucedía nada y que muchas gracias. El hombre del puesto de los refrescos quiso disculpar su indiscreción, y entonces se me desató a mí la lengua y le confesé que no me encontraba bien desde hacía varios años.

Naturalmente, le conté la historia de mis calamidades. Los enfermos de mi mismo mal aprovechan siempre, a la larga, al compasivo para contarle lo que padecen y lo que han padecido desde que tuvieron el primer síntoma.

Cuando nos reunimos varios somos como los sordomudos, que acuden a una determinada plaza en todas las ciudades para comunicarse. Y en estos casos uno le dice a otro que tiene una sensación así y puntillazos de esta manera; aquél confiesa que de ese modo lo sintió él al principio de su mal; pero que «se le marchó» desde tal fecha,

porque lo mejor para curar aquello es aquello otro.

Quiere uno evitarlo, pero no puede. Por eso yo no voy jamás a las clínicas, las antesalas son como andenes de la calamidad, pequeños campos de concentración donde el que no tiene nada acaba teniéndolo por sugestión. A mí me pasa un poco lo que dicen que le pasó a Flaubert cuando escribía su «Madame Bovary»: me enveneno por sugestión.

Esto de la sugestión, querido doctor, usted ya sabe qué terrible es. Para mí es peor que la enfermedad misma. El dolor «abstracto» y el dolor «concreto» llamo yo a esto. A mi modo de ver o de sentir es más llevadero el dolor «concreto», aunque se llegue, materialmente, a la intervención quirúrgica. Sangre es sangre y no dolores imprecisos en la cabeza o en el alma.

Peró cortemos aquí, porque esta posdata se ha dilatado más de lo que yo quería. Suyo afectísimamente, *M. R.*»

5

«9 de septiembre.

Querido doctor: No he contestado a las dos cartas de usted por hallarme en cama desde hace una semana. He tenido una de mis crisis habituales, pero quizá más fuerte que las anteriores.

Esa mañana me he levantado, y al mirarme al espejo noté en mí una delgadez alarmante; he tenido que hacer un nuevo agujero en la correa con que me sujeto el pantalón. Un nuevo agujero al final de la gran hilera de los que ya tiene, impresiona al más desaprensivo. Además, al afeitarme noté mis ojos mucho más grandes, que me comen la cara menuda, y unas orejas transparentes que no he tenido yo nunca. Me siento extremadamente débil, y esto ya sí que no es aprensión. En las manos también se advierte, porque son esqueléticas, y en las piernas, de jilguero enfermo.

Mi mayor tristeza fué porque me acordé de aquel Matías de trajecito de terciopelo negro, botones de nácar y cuello blanco de encaje almidonado; de aquel Matías con la cabecita rubia y los ojos azules; de aquel Matías que es para mí como un hijo muerto...

No tengo pensado volver a mirarme en los espejos porque después me meto en aprensiones y me siento peor. Ya le dije a la vieja Francisca que se los llevara de casa para que se miren en ellos sus sobrinas, que son jóvenes y tienen un hermoso cabello rubio que les llega a la cintura.

También le dije que me sacara la vieja cama de metal que ocupó mi pobre madre y que yo había guardado en el desván. La sustituiré por la que tengo, que es caoba y me veo perfectamente en el brillo de ella igual que en un espejo.

Y ahora quisiera pedirle a usted un favor personal:

Véngase usted esta semana a casa; no se confíe demasiado en mi aprensión, porque estoy realmente enfermo de cuidado. Venga usted, porque estoy seguro de que solamente su presencia física me dará, como siempre, valor y confianza.

El editor me ha escrito varias cartas asediándome para que le entregue un original que no tengo más que empezado y que ya no podré terminar seguramente porque no me quedan fuerzas ni para tenerme en pie.

Lo malo del caso es que hace unos meses vino a visitarme, y a la firma del contrato me entregó unas pesetas en concepto de anticipo. Le escribiré diciéndole que puede descontarlas de las liquidaciones de mis libros, porque no podré cumplir el contrato debido a mi poca salud.

Ahora que uno no puede moverse empiezan a llegar ofertas tentadoras para publicar aquí y allí. Esta es la broma pesada de la vida; cuando se tiene brío y sobran impulsos es uno demasiado joven y madrugador; cuando se está vencido por el trabajo vienen a llamar a la puerta. Está visto, querido doctor, que todo llega tarde.

Anoche vino a visitarme el párroco de Orbayal. Me habló de varias cosas triviales y luego me dejó caer así, como quien no dice nada, que debía de ir a comulgar más a menudo, ya que no se sabe nunca lo que puede sucedernos. Esto viene a respaldar lo que yo le he dicho antes: que estoy muy arruinado de salud y que no tiene nada de particular el que cualquier día cercano, desde luego, me arrojen en el camosanto con una colcha de arena y que mis huesos se encarguen de decorarla bordándola de malvas.

He pensado—hay que ponerse en todo—que mi estudio pudiera servir muy bien para biblioteca

de los chicos pobres del pueblo, y por eso he mandado venir a un notario para testamentar.

Supongo que esto es mejor que dejarlo para mis parientes lejanos, los cuales estoy seguro que se encargarían muy pronto de darle aire, vendiendo los libros y haciendo en la playa una hoguera con los papeles y otras cosas que no les sirvieran para llevar a los anticuarios.

Mis ahorros y los pocos derechos que den los libros que quedan por el mundo he pensado que se destinaran para la conservación de la biblioteca y para todo lo que abarque el patronato, o lo que sea.

Como usted ve, esto ya es el canto del cisne. Si le queda tiempo no se demore usted en venir a despedirse de mí, porque ya sabe cuánto le estima su viejo amigo *M. R.*»

6

«20 de septiembre.

Querido doctor: Todo sigue igual, paralizado, con lo cual vamos viviendo penosamente.

El otoño entrará mañana oficialmente y creo que para la inauguración será una hermosa alfombra amarilla, para la cual han dado los plátanos y los castaños del paseo de San Pedro sus mejores hojas.

Llevo varios días bastante distraído con un huesped que me cuenta su vida capítulo a capítulo, uno cada noche, cerca de la lumbre, como en los cuentos.

Se trata de un viejo mendigo con unas barbas bíblicas y porte noble. Llamó a mi puerta una tarde endiablada de viento y de lluvia, y mi conciencia no me permitió dejar marchar al anciano, disponiendo como dispongo de alojamiento. El sólo imploraba caridad, y con unas monedas se hubiese ido a llamar a otra puerta; pero yo le invité a entrar, porque el pobre anciano iba descalzo y el tiempo era, como le digo a usted, infame.

Verdaderamente, yo, que tanto me observo a mí mismo, noto que soy distinto desde mi enfermedad. Antes, cuando estaba plétórico de salud, no se me hubiese ocurrido mandar pasar al mendigo. Es más, creo que le hubiese dado con la puerta en las narices por menos de nada.

Doy limosnas, cada día más; pero no me siento satisfecho después, porque creo que las doy para cobrarlas en la eternidad. Me imagino a mí mismo yendo a reclamarlas. Eso, doctor, no es válido ante Dios. Yo bajo al pueblo y comulgo. Creo en Dios; pero me acerco a El ahora que me encuentro vencido, cuando ya posiblemente sea un poco tarde. Estuve de espaldas a El, creyendo en su existencia, desde luego, pero sin cumplir rigurosamente sus preceptos. Con aquella salud me figuraba que el mundo estaba a mis pies, listo para dejarme gozar en él. Creía que yo no figuraba en censo alguno, de esos que me imagino que debe haber en el cielo colgados de un clavo, como las listas de la sección de quintas en los Ayuntamientos.

Tenia razón mi pobre madre cuando me decía que no estaba bien acordarse de Santa Bárbara solamente cuando tronase; pero ya le digo a usted que hay cosas que las comprende uno tarde.

El viejo mendigo se marchará mañana. Temo esta marcha porque estoy seguro de que volveré a sentirme peor; pensaré lo menos posible en ello. Suyo afectísimamente, *M. R.*»

7

«10 de octubre.

Querido doctor: Muchas gracias por la remesa de medicamentos que me regala; buena falta me harán. Dios se lo pagará a usted.

Estos días he tenido un altercado con mi inquilino, el arquitecto, a quien le alquiló mi madre la planta de arriba, para estudio.

Este individuo se presentó en casa y me dijo que deseaba ocupar las dos plantas, ofreciéndome una cantidad bastante ridícula, que yo me negué a aceptar, diciéndole que no era mi idea vender nada. Bueno; pues al ver que yo no cedía dió media vuelta, bruscamente, y se marchó, dando un portazo que hizo temblar los cristales.

A los pocos días vi que llegaba de la ciudad con el automóvil repleto de amigos. «Tendrá alguna obra importante», me dije; pero no; me equivocué. Eran bohemios, a los cuales hartaba de beber, con el fin de que hiciesen ruido, rompiesen cristales y dieran escándalo, para martirizarme a mí. Yo no dije nada el primer día, ni el segundo; pero anoche fué tal la orgía que se organizaron que me fué imposible dormir, y me pasó la



noche en la playa, a pesar de que hacía un frío insoportable.

Al notar mi inquilino que yo cerraba la puerta y que me marchaba, encendió un pequeño faro que tiene en la terraza y se entretuvo en enfocarme.

Inmediatamente fui a dar parte al puesto de la Guardia Civil. Eran las cuatro de la madrugada; me acompañaron un cabo, un sargento y dos soldados; pero cuando llegamos no había nadie en la casa, más que el arquitecto, acostado en una «chaise-longue».

Se registró bien el cuarto; no se encontró a ninguno de los alborotadores. El arquitecto, muy cuco, los había soltado cuando sospeché que yo iba a dar la denuncia a la autoridad.

Al pedirle explicaciones del escándalo se limitó a decir, con gran cinismo, que él nada sabía de eso, puesto que estaba durmiendo, como podía comprobarse; pero que nada tenía de particular la denuncia, puesto que yo estaba loco y me pasaba las noches metido en una habitación llena de gatos, a los que alimentaba con carne humana.

Como usted puede suponer se organizó el consiguiente papeleo en el Juzgado, y de su solución estoy pendiente, para despedir a mi inquilino, haciéndole saber que yo, como propietario, pienso ocupar toda la casa para mi servicio particular.

Si usted desde ahí puede hacer algo por mí, no deje de hacerlo, seguro de que se lo agradecerá su viejo amigo M. R.»

«20 de noviembre.

Querido doctor: En estos dos meses que no he escrito a usted han sucedido cosas sorprendentes. La más patética de todas es que se ha muerto la pobre Francisca, que era para mí ya casi como una madre, pues llevaba en casa nada menos que cincuenta años.

Ahora sí que me quedo solo, porque no pienso tomar criados; únicamente cuando me sienta con fuerzas bajaré a una taberna de la playa para almorzar; cuando no las tenga me resignaré al ayuno. A nuestra edad creo que no importa mucho esto, hasta el punto de que la sobriedad resulta beneficiosa. Ya veremos cómo me va el nuevo régimen.

Lo que sí tengo que confesarle a usted es que con el frío y las desazones de mis muchos problemas, vengo desde hace un mes tomándome buenas cantidades de coñac, que me dan bastante ánimo. Ni en la juventud he tomado dos copas, lo que se dice seguidas; más bien fui un bebedor de cafés con leche, que también emborrachan, a su modo, subliéndosele a uno los nervios a la cabeza.

Un temporal impresionante, como una lucha de mil titanes, se ha llevado los armazones de las casetas de la playa y ha cuarteado un pequeño dique de hormigón, del lado donde están los merenderos. Yo temía que el temporal se ensañara con mi pequeño cuartel general, pero, afortunadamente, por ahora no tiene pensado trastornarme.

Como consecuencia de los embates, la playa está llena de unos pedruscos enormes y de trozos de madera podrida, cristales, algas y basuras, a lo cual ya estamos acostumbrados los que vivimos aquí.

Lo que no había notado nunca, hasta ahora, son como unas risas que no me atrevería a decir que son humanas, las cuales llegan hasta mí incrustadas en el ruido del temporal. Son unas risas fuer-

tes, risas de Apocalipsis, de las que no habla para nada San Juan Evangelista. Pero son risas, y eso basta.

Yo no estoy loco, doctor; soy un maniático; pero no un demente todavía. No sé lo que mi vida dará de sí, y por eso puedo decir que no estoy loco, aunque no me atreva a asegurar que no pueda estarlo mañana, pero el caso es que las risas son ciertas y que las trae el mar, como una vomitona de duendes enanos, con caras de viejos idiotas, que no hacen más que reírse sin saber de qué, concretamente.

Hace varias noches las risas eran ya carcajadas que le ponían a uno enfermo. Observé un momento y tuve la sensación que del estrépito se iban a cargar mi pequeña chabola de un momento a otro. Me tiré de la cama y monté una antigua pistola, con la cual recorrí la casa, llevándola bien empuñada; pero no v nada. Las carcajadas salían de entre las paredes.

Hubo un momento en que las carcajadas cesaron, y empezaron a oírse unas conversaciones absurdas con palabras poco precisas. Todo esto, como le digo a usted, salía de una cámara, de entre las paredes. Mañana, como no cesen las fastidiosas risas, mandaré hacer unas perforaciones en los muros de la biblioteca. Sospecho que me voy a encontrar con algo imprevisto, como, por ejemplo, con que mi casa está construida sobre la parte superior de una concavidad, en la que Dios sabe qué podrá encontrarse.

Pero, en fin, querido doctor, ya el tiempo se encargará de descubrirnos todo lo que hasta ahora no es más que misterio. Lo único que puedo confesarle es que he llevado unas noches infernales, porque, sin poder evitarlo, tengo un miedo que hace moverse la cama y también, uno a uno, todos los libros del estudio.

Hasta que vuelva a escribirle, le saluda su affmo.
M. R.»

EPILOGO

Matias tenía razón; era un maniaco, pero no un demente. El oía risas y conversaciones entre las paredes de su estudio y estaba en lo cierto. Cualquiera otro ser que estuviese allí, a las altas horas de la noche, lo hubiese oído también.

El arquitecto, tipo maquiavélico, se dedicaba a hacer ruidos por el registro de la chimenea, de suerte que las risas y las conversaciones llegaban al cuarto de mi amigo en forma de sonidos misteriosos.

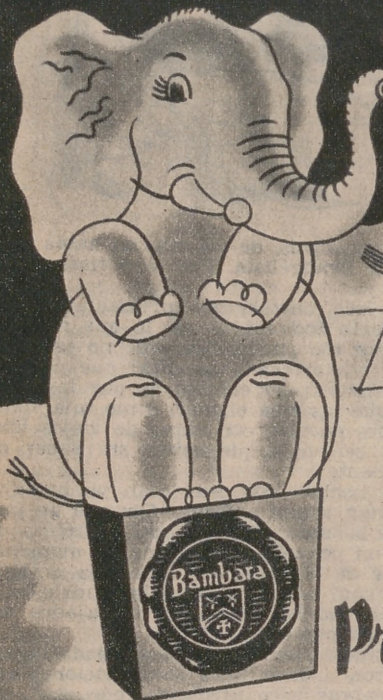
Una noche, Matias Roben había bebido más que de ordinario, y al oír «las risas de los duendes» hizo varios disparos. El arquitecto los oyó y aumentó el volumen de las risas y conversaciones inconcretas.

Matias Roben, exaltado como un gato que se lanza sobre las paredes, saltó a la playa por la ventana de la biblioteca y fué corriendo ciego, desesperado, avanzando hacia el mar.

Un grupo de pescadores lo encontraron a la mañana siguiente entre unas rocas. Estaba muerto, y unos pájaros negros habían empezado ya a desvestirlo, picoteándole en el cuerpo.

José Fernández, un indiano de Orbayal, que ha comprado a un comisionista de libros la Enciclopedia Espasa y que dice que es muy divertida y que ya ha leído hasta la «F», se limitó a decir, cuando supo la triste noticia, que así acababan todos los escritores y que había que expulsarlos de la sociedad, porque no sirven más que para pedir dinero a los ciudadanos trabajadores.

*En Vanguardia
de la Moda*



Presenta



la mas hermosa coleccion de pañeria

*Nuevas y autenticas creaciones
Nuevos toros
Nuevos estilos*

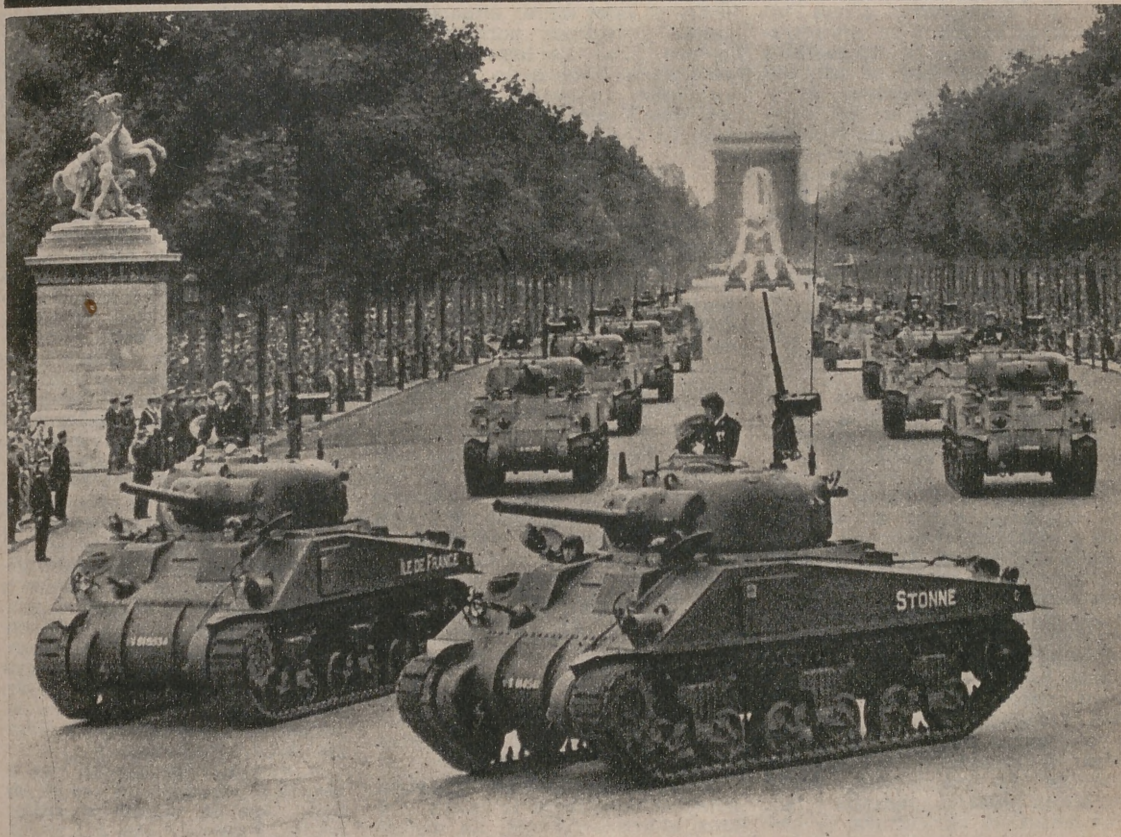
*pidalos a su
proveedor*

- ★ ENTRETIEMPO
- ★ DOBLES TELAS
- ★ PUNTO
- ★ AUSTRALIAS

S. Fontcuberta

**FABRICA DE PAÑERIA SELECTA
DESPACHO: RONDA UNIVERSIDAD, 33 · BARCELONA**

UNA FICHA MILITAR QUE PUEDE SER UNA INCOGNITA



¿ES FRANCIA UNA GRAN POTENCIA?

Momento actual de un país hipotecado

Al terminar la guerra última —la segunda conflagración mundial— los «grandes» eran cinco: Estados Unidos, Rusia, Inglaterra, Francia y China. ¡Luego...!, quien lee conoce seguramente el retruécano. Los «cinco» grandes son actualmente «tres»: Norteamérica y la Unión Soviética.

Pero, ¿y Francia? ¿Es o no Francia gran potencia? He aquí una pregunta a la que habría que contestar según reza el conocido verso. ¿Por qué, en efecto, no preguntárselo a ella? Tal es, justamente, lo que vamos a hacer.

Hace unos años, apenas tres o cuatro lustros, el potencial de un país era cosa que en la política internacional se medía con facilidad. Bastaba contar el número de sus batallones, de sus cañones, de sus aviones y de sus acorazados. Ahora la cuestión se ha hecho mucho más complicada. Todo se ha enredado en extremo a estos efectos. El potencial militar de un país hay que estudiarle ahora a través de un complejo grande de hechos y circunstancias. Algo, en fin, ciertamente difícil; pero que se ha intentado analizar según los factores más importantes y decisivos en la política de los pueblos. He aquí lo que vamos a intentar con respecto a Francia.



Una escena patética en el cerco de Dien Bien Fu. Sobre aquellas tierras regadas con sangre, Francia iniciaba su decadencia en el sureste asiático

La geobélica, la nueva ciencia que deriva de la geografía y de la estrategia y hasta de la economía y de la demografía, ofrece un amplísimo campo a la investigación a este respecto. Empecemos por señalar que hoy se admiten como elementos positivos de la potencialidad bélica de un Estado, en primer término, factores físicos aparentemente pasivos, como la extensión, y otros más activos, como es la situación; pero también, en el mismo plano de igualdad, la población; la energía industrial, las comunicaciones, la capacidad científica e investigadora, la renta nacional y los recursos financieros, etc. Pero el cuadro, sobre ser complejo, se nos hace muy lejos de estar completo. Nosotros añadiríamos, con sobrada razón, otros factores de la potencialidad: tal como la situación política interior y singularmente, así como suena, la estabilidad política y el régimen gubernamental. Y nadie se rasgue las vestiduras antes de tiempo, que a todo llegaremos, con la paciencia del lector. Singularmente las tratadistas de estos temas se han parado a examinar los potenciales energéticos, en primer término las posibilidades hulleras, petrolíferas y eléctricas; en segundo lugar, la producción de acero, cemento, maquinaria agrícola y capacidad de transportes. y en tercer término, por último, el desarrollo de las industrias de transportes, textiles, automóviles, maquinaria y herramientas, la agricultura, la ga-

nadería y el utillaje rural. Pero no estará de más, por cuanto luego diremos, recapacitar también sobre el valor moral, situación interior y régimen político, como hemos dicho. La historia está, a este efecto, llena de lecciones contundentes. La guerra jamás ha sido, efectivamente, una mera cuestión de «Anuario».

UNA MURALLA ABIERTA POR EL NORTE

Francia mide 551.000 kilómetros cuadrados. Algo más que España. Pero bastante menos que la Península Ibérica; bloque hispanoportugués. Por su extensión es la segunda potencia europea, detrás de Rusia, veinte veces más extensa. A la postre, Francia ocupa la doscientas cincuenta parte de las tierras del mundo y más de la veinteava parte de Europa.

Pero Francia no es apenas, teóricamente, otra cosa que la metrópoli de un inmenso Imperio cubierto con la etiqueta de Unión Francesa, repartido por todo el globo, y que suma cerca de trece millones de kilómetros cuadrados; más de la mitad de la U. R. S. S. y algo menos de la tercera parte de la Commonwealth. Del Imperio Francés, sin embargo, las seis séptimas partes de sus tierras están en África. He aquí algo que no sabemos muy bien los españoles. Porque muchas de estas tierras fueron nuestras.

En todo caso, la Francia metropolitana constituye la clave del arco imperial francés. La metró-

poli ocupa, en el Occidente de Europa, un lugar sencillamente de privilegio. Linda con Alemania, con Italia y con España, y se encuentra casi en contacto con Inglaterra, las cuatro potencias que, con ella, han dirigido y escrito la historia del continente y del mundo, hasta nuestros días. Francia equidista del Polo y del Ecuador; su relieve permite la benéfica penetración de la influencia marítima. Todo en su física es armonía. El relieve, en efecto, parece obedecer, a decir de Strabon nada menos, a una «previsión inteligente. Una barrera pirenaica y otra alpina la independizan de las penínsulas meridionales de Iberia y de Italia; el mar se abre amplio en sus costas mediterráneas y atlánticas. Sólo que, al revés de España, la comunicación entre ambos mares no le está libremente permitida. De Calais a Marsella, en todo caso, hay mil kilómetros de camino fácil.

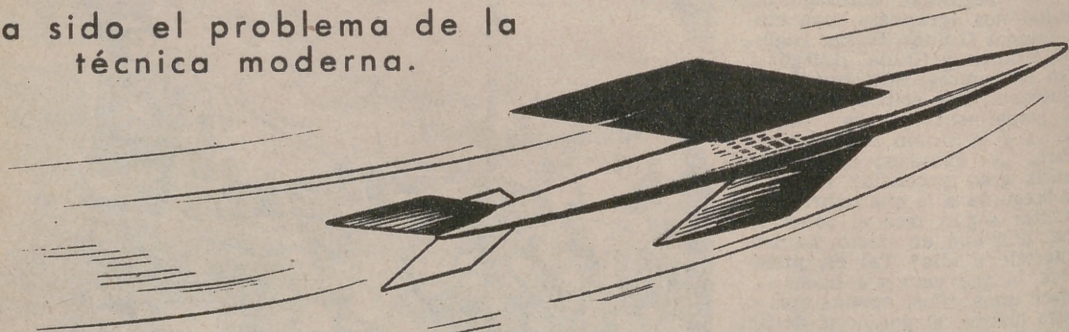
El relieve francés se dispone en torno al viejo macizo central. Tres surcos—Sena, Ródano y Lora—le envuelven. Al exterior le cierran las altas montañas anteriores. Sólo que por el Norte este contorno orográfico se hunde. Apenas si restán allí los viejos Vosgos y la más vieja aun Ardena y, en fin, las tierras bajas del litoral. Justamente donde Francia tiene más peligro.

El genial inspirador del plan de invasión de 1914, el conde de Schlieffen lo expuso magistralmente. Francia tiene una estruc-

Cortar

con más RAPIDEZ y SUAVIDAD

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION;
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



KRON-VEST

Participe sencillo concurso mensual hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente ganará un reloj todo oro Walter Rover de 8.500 pesetas.

tura física de colosal plaza fuerte natural. Pero con un defecto: que la muralla queda abierta al Norte por donde tradicionalmente penetraron los enemigos de Francia siempre: desde los godos, vándalos, francos y hunos, en el Medievo, hasta los españoles, ingleses, prusianos y alemanes en la Edad Moderna.

«LA FRANCIA MAYOR»

Aunque Francia ocupa una posición venturosa en el Occidente de Europa, como una providencial plataforma que lleva a La Mancha, a África, a través de España; al Apenino y a Europa Central, la verdad es que esta ventaja indudable de la geografía de la situación francesa, ha creado una servidumbre tradicional en Francia; la necesidad de no aislarse, ni independizarse nunca y la de estar alerta frente a todo acontecimiento trascendental en el orden político continental. A decir verdad, Francia ha comprendido bastante bien su misión desde hace tiempo. ¿La comprende ahora? ¿Interpreta, por ejemplo, Mendes-France este imperativo francés hoy? ¿Están de acuerdo con esa necesidad ineludible de no abstenerse las maneras de la actual política gala? He aquí unas interrogaciones que quien lea puede contestar cumplidamente.

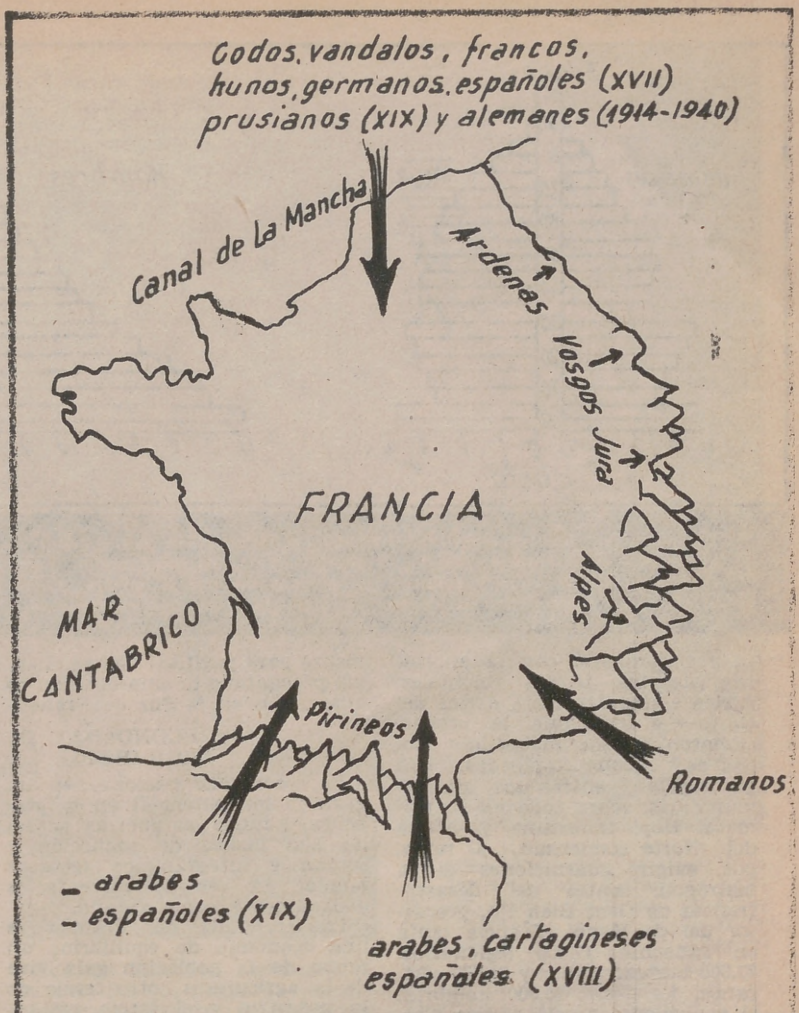
Pero el espacio vale poco si no hay quien le valorice. Francia tiene una población de 43 millones de habitantes. Sin ir fuera de Europa nos dice la estadística que la U. R. S. S. tiene cinco veces más población que ella. Y que Alemania tiene 69 millones; Inglaterra, 51, e Italia, 47. Por tanto, Francia, por su población, no es más que la cuarta potencia europea. Es verdad que el Imperio —la Unión Francesa— suma, en total algo más de los 100 millones de habitantes que se imaginara Mangin como índice máximo de lo que llamara la «Francia Mayor». Pero esta población está tan repartida, frecuentemente tan distante y, sobre todo, tan dividida, que su valor como potencial humano requiere serias correcciones. Anótense aquí los conflictos actuales de Francia e Indochina, la India, Túnez; Marruecos, etc. para justificar cuanto insinuamos.

En todo caso, la población de Francia por kilómetro cuadrado no es mayor que la de nuestras provincias de Asturias y de Santander. Setenta y siete habitantes para aquella unidad comparativa; mientras que Bélgica y Holanda tienen del orden de 280 a 300, y bastante más de 100, Alemania, Italia, Dinamarca y Suiza.

Pero el problema del potencial humano francés merece párrafo aparte. Porque a la postre, la guerra la hacen los hombres. Y el hombre ha sido, es y será siempre, donde se halle, en la trinchera, en el campo, en el taller o en el laboratorio, la primera de las máquinas de guerra de todos los tiempos.

MAS FERETROS QUE CUNAS

A principios del siglo XIX, Francia, con menos población que la España actual, era la segunda potencia europea, por el nú-



Francia es como un gran reduto, en el que el Macizo Central hace de ciudadela; las grandes depresiones del Sena, Loire y Ródano, de fosos, y las montañas exteriores, de muralla avanzada. Pero esta barrera montañosa, ingente, en el Pirineo y en los Alpes, más baja en el Jura, deja amplios portillos al Norte y se deprime en absoluto en las costas del Canal. Por allí han penetrado tradicionalmente las invasiones en el país gallo. El gráfico explica, por el relieve, el paso de aquéllas

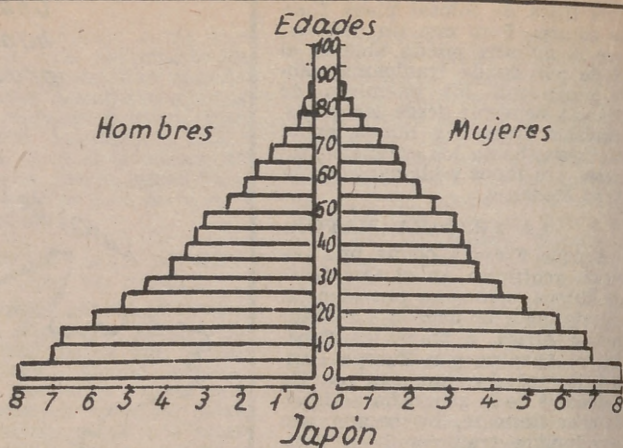
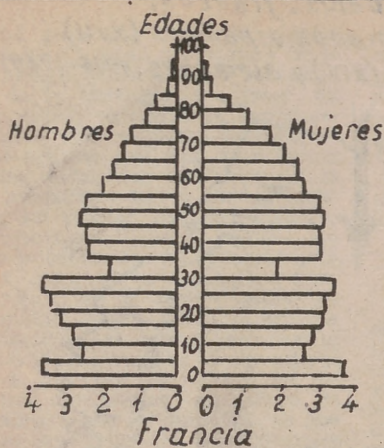
mero de sus habitantes. En resumen, reunía el 16 por 100 del censo total de Europa. Hoy, con 43 millones, Francia no representa sino un porcentaje mitad del total de la población europea. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque la población de todas las potencias europeas ha crecido más rápidamente que la francesa. La natalidad es muy baja en Francia, como es bien sabido. En 1936 sólo 26 de las 90 provincias galas registraban más nacimientos que defunciones. Las nuevas disposiciones legales han atenuado algo este desastre, pero no cabe hacerse ilusiones. La población francesa acusa graves males, que es menester computar a nuestros efectos. La demografía proporciona allá cada vez menos reclutas. Y de ellos una gran población son hijos de extranjeros; de polacos, de españoles o belgas, principalmente, al menos uno o dos de cada 20. En algunas ciudades, en Niza, por ejemplo, la tercera parte de la población es extranjera. En Marsella viven 100.000 italianos y 50.000 españoles. En las ciudades del Norte existen sistemáticamente barrios de polacos.

No está de más aquí, ni mucho menos, recordar cuanto Cle-

menceau decía a los franceses al terminar la primer guerra mundial. Se exigía entonces en Francia de su Gobierno las mayores severidades para con la Alemania derrotada y todo género de desmilitarizaciones para el país germano. De otro lado, el problema de la natalidad francesa era ya agobiante. Eran los tiempos críticos en los que, según cierta frase, los carpinteros franceses construían más féretros que cunas. El «Tigre», con la inmensa autoridad que le daba la victoria, decía así a sus compatriotas:

Es inútil que os empeñéis en quitarles los carros y los cañones a Alemania. Si mañana estallara una nueva guerra, Francia sería vencida, porque no habría franceses para defenderla.»

En fin, poco más o menos igual que repitiera Sauvy, director general de Seguridad, hace pocos años, al terminar la última gran guerra, cuando aludiendo a los nuevos planes quinquenales de su país, subrayaba que de poco valían éstos si no había hombres. Es, sin duda, este problema de la demografía francesa uno de los más graves, sino el que más, de la defensa nacional gala. Hasta aquí, Francia había compensado el terrible déficit progresivo de



La población francesa declina. He aquí el más grave entre todos los graves males de Francia. La esquemática representación de la demografía gala, en comparación, por ejemplo, con la japonesa. La primera es una población vieja y caduca, que se consume por sí misma. La del segundo, una población joven y arrolladora. Dentro de un cuarto de siglo la población española será, seguramente, superior a la francesa

su reclutamiento con la aportación de las tropas coloniales. África—singularmente África del Norte— e Indochina la proporcionaron antaño magníficas tropas de choque empleadas, con generosidad, en las dos guerras mundiales, sobre todo en la primera. Hoy, Indochina y África del Norte comienzan, al revés, por exigir guarniciones a la metrópoli. Antes del desastre francés de Dien Bien Fu, precursor del de Hanoi, Francia tenía en Indochina 17.000 legionarios, 37.000 norteafricanos y 21.000 africanos. Es decir, 75.000 hombres, el equivalente a seis o siete divisiones. Estas tropas no sólo faltan ahora en la metrópoli, sino que requieren de ellas atenciones constantes. Algo semejante comienza a pasar en el Norte de África, que ha requerido última-

mente para pacificar Túnez el envío precipitado de una división de guarnición en el Sur de Francia.

UNA ECONOMÍA DE EQUILIBRIO

La economía nacional es un gran factor potencial en la geobélica. Aunque las guerras actuales son luchas de coalición y suman e integran los recursos aliados en vez de enfrentarlos aisladamente como antaño.

La economía de Francia es una economía de equilibrio; un tercio de la población gala vive de la agricultura, otro tercio de la industria y el tercio restante del comercio, del transporte y del ejercicio de oficios diversos.

Francia, se ha repetido, es un jardín. Y así es, aunque su subsuelo sea menos rico que el de Alemania o el de Inglaterra, agrícola y

la U. R. S. S. La producción de patatas—134 millones de quintales métricos— es menor que la de Rusia y Alemania. La de azúcar equivale a la de Puerto Rico o a la de Polonia.

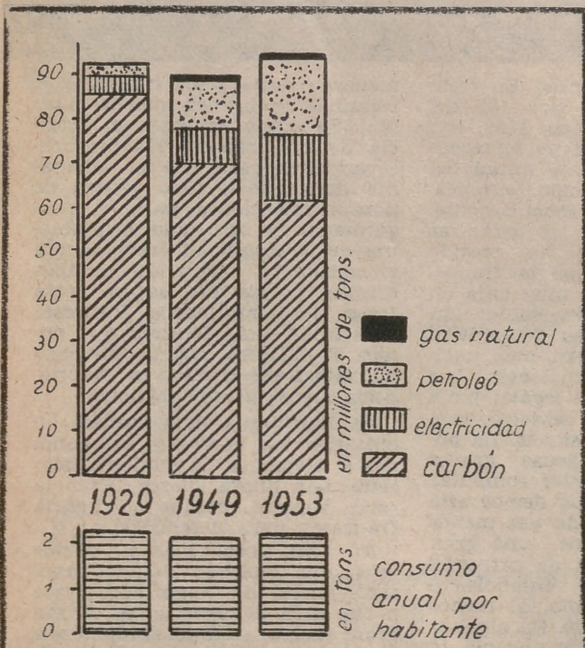
La producción de plantas textiles es insuficiente.

El rebaño galo es cuantioso. Suma más de quince millones y medio de cabezas su ganado vacuno. La producción de lana en Francia, es inferior a la de Rusia, España, Inglaterra, Italia y Yugoslavia.

Desde el punto de vista pesquero, Francia figura, en Europa, en el quinto lugar de la estadística, tras de Noruega, Inglaterra, Alemania y España.

«PARIS, ES FRANCIA»

La población francesa abandona el campo. En algunos lugares la inmigración ha desplazado a los nativos. Gran número de granjas del Sur, por ejemplo, están explotadas por españoles. La población francesa se acumula, en cambio, en las grandes urbes, París, entre ellas, es la ciudad gigante de Francia. Es no sólo su capital política, sino también intelectual y económica. En su torno se acumula nada menos que 14 ciudades de más de 50.000 habitantes y otras 90 de más de 10.000. En total, cinco millones y medio de habitantes, que constituyen un complejo trascendental. Diez millones de toneladas mueven las estaciones de París, centro radial de los ferrocarriles franceses, y trece millones sus muelles sobre el Sena. Las aguas para abastecer la gigantesca urbe vienen, en casos, hasta de 173 kilómetros de distancia. Cuatro grandes instalaciones queman en ellas, al año, 800.000 toneladas de basura; otras cuatro fábricas producen más de dos millones de metros cúbicos de gas, y siete térmicas completan las necesidades locales de energía procedente del Macizo Central o de los Alpes. Las vías del metropolitano parisiense suman 186 kilómetros, y los autobuses de la *avillean* transportan, al año 2.000 millones de viajeros. París, por sí sola, cobija la octava parte de la población francesa. He aquí, en cifras, la vieja gran verdad: París es Francia. La historia,



Los recursos energéticos franceses progresan muy poco. En veinticinco años apenas si se han incrementado en el dos por ciento. El carbón, que representaba hace un cuarto de siglo el 91 por 100 del consumo francés de energía, no representa hoy más que el 65 por 100. En cambio, el petróleo ha pasado del 1 por 100 al 19 en este período. Pero el petróleo, en Francia, procede casi íntegramente de la importación



Paris honra a los combatientes franceses de Corea. 478 combatientes desfilan por los Campos Elíseos. Una mujer les entrega flores

por otra parte, lo ha corroborado siempre así. Sólo que París se encuentra situada en la parte más amenazada de Francia; a las puertas de toda invasión procedente del Norte. París estuvo a punto de caer en 1914. Los alemanes la pasaron rozando. La salvó un milagro —«de miracle de la Marne»— y con ella se salvó Francia. En 1940 cayó París y cayó Francia. Lo que sucedió luego debería decidirlo Eisenhower, en Normandía, después.

DESNIVEL DE LA BALANZA COMERCIAL

La potencia industrial viene ordinariamente dada por la disponibilidad de energía. Francia extrae, al año, 55 ó 60 millones de toneladas de carbón. Menos que Rusia, Alemania, Inglaterra o Polonia. La producción petrolífera francesa es insignificante. Apenas unas 350.000 toneladas anuales, esto es una quinta parte de la producción alemana y la mitad de la holandesa. Francia a su vez produce 38,5 millones de kilowattios-hora. Pero esta cifra, casi equivalente a la de Italia, es muy inferior a la de Alemania y de Inglaterra y no digamos de la de Rusia.

Las producciones industriales básicas del Occidente europeo ofrecen los siguientes valores comparativos: **Hierro:** Francia produce 10 millones de toneladas de fundición, esto es el doble que Bélgica, pero menos que Alemania e Inglaterra y, desde luego, que Rusia. **Acero:** Francia produce 11 millones de toneladas, pero Inglaterra obtiene 17 y Alemania 15. **Cemento:** Francia produce 9 millones de toneladas anuales; pero Inglaterra 11 y Alemania 12.

Francia mantiene una importante actividad industrial. Ya lo hemos visto, así como la de otras

potencias europeas comparativamente. Pero Francia necesita fundamentalmente del comercio exterior. En 1952 sus importaciones ascendían a las exportaciones en 173.790 millones de francos. ¡Una cifra atroz que no hay modo de atenuar! El grave desnivel de la balanza comercial gala, en efecto, no es cosa de hoy. Ha existido tradicionalmente. Pero antaño la nivelaban lo que ha dado en llamarse «importaciones invisibles»; el turismo, los réditos de los capitales franceses en el exterior y los fletes de una pujante Marina mercante que cruzaba todos los mares. Hoy este poder naval ha venido a menos. Apenas desplaza actualmente 3,7 millones de toneladas la Marina francesa. Esto es igual que la holandesa o la italiana, mucho menos que la noruega y apenas un sexto de la inglesa. Francia carece, en general, de capitales importantes en el extranjero también hoy. Es ella misma la que ha tenido que atterrarse al Plan Marshall para salvar tan horrendo desnivel. Por último en Francia el turismo rinde ahora menos.

UNA NACION HIPOTECADA

Francia, en fin, depende del exterior. Del mundo ajeno y del mar, en definitiva. He aquí una hipoteca que no se sabe bien si los políticos responsables de París lo han comprendido exactamente.

Contados en kilocalorías, que es la medida en boga, para evaluar la energía potencial de los países, según el resultado de un complejo expresivo de la vitalidad material de las naciones. Francia suma 70 billones de

aquellas unidades anuales, esto es, la mitad de Alemania. Pero si los kilocalorías, se reparten por habitante, a cada francés le corresponden 11, cifra una tercera parte inferior de lo que corresponde a cada inglés; un octavo de lo que corresponde a cada americano; aproximadamente la mitad de lo que corresponde a Europa occidental considerada en su conjunto, y una cifra, por último, equivalente a la que corresponde a cada ruso o a cada chino, ni menos, ni más. Si el término de comparación es, al revés, la extensión y no la población, Inglaterra representa un potencial en kilocalorías diez veces mayor que el que Francia tiene para igualdad de superficie, y Alemania tres veces más.

En el terreno de la investigación científica hay que hacer también algunas comparaciones. Resulta evidente que hoy los sabios, y aun simplemente los técnicos y los profesionales de muchas actividades, son soldados de eficacia marcial indiscutible. Un laboratorio a veces vale más que un cuartel o que un arsenal. El número de profesores franceses es a este respecto apenas un tercio del de Inglaterra y 27 veces menor que el de los Estados Unidos. El número de ayudantes o profesores auxiliares es en Francia 15 veces menor que en Inglaterra y 35 veces menos también que en los Estados Unidos. En todo caso el personal especializado francés a este respecto es igualmente muy inferior al de Alemania.

4.000 MILLONES DE DOLARES PARA LA DEFENSA

El potencial militar o de guerra de un país es, en definitiva, igual a su potencial de paz. En resumen, es su propia vitalidad

cifrada. Pero cabe, sin duda, una mayor concreción a lo castrense, parte esencial, bien se comprende, al analizar la capacidad bélica de un país, aunque no sea ésta exclusiva en absoluto.

Francia gasta en defensa nacional 4.000 millones de dólares. Esto es un numeral de catorce cifras si se expresara en francos. Francia invierte, en definitiva, en defensa nacional alrededor de doce y medio por ciento de su renta. Esto es más, proporcionalmente, que todos los demás países de la Europa occidental, aunque menos que los Estados Unidos y, naturalmente, que Rusia. Pero la verdad es, sin embargo, que gran parte de este esfuerzo lo ha consumido la guerra de Indochina.

Francia ha equipado su ejército contando con la generosa aportación yanqui. En el año último recibió a tal efecto 350 millones de dólares, pero desde 1949 la ayuda económica y militar de los Estados Unidos a Francia asciende a 2.317 millones de dólares. Esto es, alrededor de 92.680 millones de pesetas, suma equivalente a tres veces y media el total del presupuesto español. ¡Los gastos íntegros del Estado español durante cuarenta y dos meses!

Los franceses mantienen teóricamente a sus soldados en filas 18 meses. Esto es menos que Bélgica, Grecia, Holanda, Turquía, Inglaterra y los Estados Unidos. Mientras que estos últimos han enviado y envían a sus soldados normalmente a engrosar el Ejército yanqui, en Corea, los franceses no han enviado un so-

lo soldado de reemplazo a Indochina. Allí sólo han ido oficiales de carrera, clases de tropa y voluntarios. Dado el escaso atractivo que para la juventud gala tiene la Academia Militar y el tremendo porcentaje de bajas que la oficialidad ha tenido en Indochina, la verdad es que el Ejército galo ha mermado demasiado sus cuadros. Y no sólo de oficiales, sino también de clases.

CERCA DE UN MILLON DE HOMBRES SOBRE LAS ARMAS

Con el grave mal de falta de cuadros aptos, Francia ha estructurado su Ejército manteniendo 927.000 hombres sobre las armas, para guarnecer así su gran Imperio. De esta cifra 653.000 sirven en las fuerzas armadas de tierra; 69.000 en las del mar y 123.000 en las del aire. En total Francia mantiene sobre las armas 18 divisiones activas; cinco de la N. A. T. O. Treinta días después de haberse roto las hostilidades, podrían disponerse de otras nueve. Pero un mes después de haber estallado la guerra, ¿quién asegura la posibilidad de semejante contingencia? Francia, en fin, podrá disponer de unas pocas divisiones si la guerra estallara, porque en gran parte este esfuerzo militar es ultramarino, y Asia y Africa requieren grandes efectivos. Pongamos, por ejemplo, «doce o catorce divisiones útiles», en el primer momento, como potencial militar probable de una Francia que antaño, en las dos anteriores guerras mundiales, desplegó de primera intención, más de un centenar.

derables. ¡Que son justamente los decisivos siempre En la moral. Y en su régimen político o situación interior. La moral francesa—la moral francesa de combate—frente a la contingencia previsible de una guerra, con Rusia, no puede ser, ni debe ser, alta. Los tiempos del viejo Deroulède y de los «pollus» de Verdún están ya muy lejos. La moral francesa interior está hoy muy minada. El francés parece haber perdido, en su mayoría, las antiguas virtudes de antaño; su amor al terruño, su instinto marcial y su exaltado patriotismo. La razón es obvia. La guerra ahora no la hacen los estados. La hacen las ideologías. Un comunista francés está más cerca de Rusia que de Francia. Thorez no nos dejará por mentirosos, porque es él mismo el que lo ha dicho a gritos. Y Francia es el gran asilo—con Italia—de la ideología comunista del mundo no ruso. Un porcentaje del 26 por 100 de votos comunistas en las últimas elecciones y de otro 15 por 100 de sufragios socialista de izquierda, con un total de 205 diputados representando semejante bloque en el Parlamento, dan la pauta clara para enjuiciar. Uno de cada tres soldados que Francia pudiera llamar a filas para defenderse, será fatalmente marxista en un grado o en otro. ¡Soldados perdidos! ¡O mejor dicho soldados traidores a su patria. La gran tragedia de Francia, en caso de una guerra exterior, es que tanto su frente de combate, como su frente interior estarán, por igual, amenazados.

He aquí una realidad que explicará a quien leed muchas cosas. Por ejemplo, este aparentemente absurdo francés de brindar la idea de un Ejército europeo, apoyarle y luego, al final, obstinarse! Es la mecánica interna de las fuerzas secretas, marxistas o no, la que preconiza la incongruencia de afirmar la necesidad de un rearme alemán, pero demorar su realización por no ser urgente (!).

Es esta situación interior, compleja, árdua, inestable, la que hace movilizar Gobierno tras Gobierno, en rotación extraña y siempre incansante, la que evita toda perseverancia y crea el clima propicio para el desgobierno, la zozobra y, singularmente, la inacción. ¡Es, justamente, la inacción actual del Kremlin! Poner a Francia fuera de juego. Dejarla al margen; amordazarla y narcotizarla. Lo demás vendrá luego, sin duda alguna.

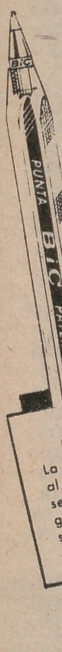
* * *

¿Es, pues, Francia gran potencia o no? Conteste de por sí el lector. Aunque en realidad es por los hechos mismos, Francia misma la que habla. Lo que ha importado siempre e importa aún más ahora, no es tanto la etiqueta como el contenido. A la hora de la verdad —y la guerra no sabe de distinguos y de interpretaciones, porque es puro y brutal realismo— lo que vale es lo último y nunca la primera. Frente a la ferocidad bestial del drama bélico, las pasadas glorias y los abalengos históricos valen muy poco. Son los corazones decidos los que vencen. Y, por lo tanto, la moral lo que vale y sólo cuenta.

HISPANUS

*Suave, rápida
limpia, duradera ...*
PUNTA "BIC"

¡Así se escribe a gusto!



Hay muchos lápices a bola, de todos precios, pero los más baratos no son precisamente los más económicos. La verdadera punta BIC por su larga duración asegurada, sin alteraciones de escritura, sin averías, es el menos caro de todos los instrumentos para escribir.

- CRISTAL 6 pts.
- M4 BOLSILLO (Tinta Imac) ... 12 pts.
RECAMBIO PTAS 6
- BIC-CLIC (Tinta Imac) 25 pts.
RECAMBIO PTAS 8

*

GARANTIA ABSOLUTA
La punta BIC, que escapada al control, fuera defectuosa, será cambiada. Exija bien grabado sobre el cuerpo y sobre la punta, la palabra BIC

BIC

FABRICA: LAFOREST, S.L.-MAESTRO FALLA, 19- BARCELONA

SANTIAGO Y "CIERRA"-SANTIAGO Y ABRE ESPAÑA

VEINTE MIL TRABAJADORES DE TODA ESPAÑA SE CONGREGAN ANTE EL APOSTOL EN ESTE AÑO JACOBEO

CASTELLANOS, MANCHEGOS LEVANTINOS Y ANDALUCES, EN EL TREN DE LA GRAN ROMERÍA SINDICAL

DECIR que la estación del Príncipe Pío rebosa de una pleamar de adioses entre los que nos vamos a Santiago y los que han acudido a despedirnos no es tópico ni lugar común. Dentro de los vagones se mezclan y diversifican los acentos en este gozoso preludio de romería. Esta gran romería de los Sindicatos, de los productores españoles, cruzada de hermandad entre las gentes de toda España, bordones y ritmos de la paz y a la paz de Dios y de Francisco Franco.

Antes de arrancar el tren surge, de pronto, el inesperado diálogo. En las ventanillas de su departamento, un grupo de trabajadores del Campo de Gibraltar—ese pedazo irredento de la Patria, todavía, Señor Sant Yago—asoman sus rostros a la emocionante despedida, al Madrid apenas entrevisto de estación a estación. Solís, Delegado Nacional de Sindicatos, con su eterna sonrisa cordial y campechana, de la mejor hombría, les pregunta sencillo:

—¿Vosotros sois del Campo de Gibraltar?—Sus palabras se enganchan en el aire quieto de la noche madrileña y fina de otoño.

—Sí. Del Campo de Gibraltar; pero españoles —es la unánime, crispada, recia respuesta.

Parece, hermano, que el corazón va a pararse, que la sangre se aprieta hacia adentro buscando no sé qué encendidos presagios. Después una recobra el pulso. Oye, allá en el fondo, un castrense batir de espuelas y, por encima, las voces que se congregan en el rezo del rosario. Qué roja y qué fuerte es la sangre de este pueblo, de estas gentes: campesinos, obreros especializados, técnicos, patronos, productores de toda clase que hoy, en trenes, autobuses, camiones, recorre y atraviesa la tensa piel de toro, por caminos y trochas, periferia y centro, sur y levante, norte y poniente, vertiente arracimada que despliega horizontes en su peregrinar cierto a las reliquias y a la indeclinable llamada del Apóstol.

De Cádiz, de Granada, de Málaga, Sevilla, Cáceres, Badajoz, Valencia, Alicante, Murcia; manchegos, castellanos. Representantes de media España empujan su clamoreo de júbilo alerta. El tren sale de agujas; se despega de las últimas efusiones de la despedida. Son las nueve y quince minutos. Hasta la vuelta, Madrid. Regresaremos molidos, pero contentos. Más dura era, en la Edad Media, la cuesta arriba a Santiago.

VAGONES EN LA NOCHE. EMPEZAMOS POR EL NUMERO 7

Este tren no jadea, como los demás, mientras remonta los repechos. O nosotros, peregrinos —emoción, algarabía, buen humor—, no nos damos cuenta.



Los peregrinos arrodillados ante la catedral de Santiago durante la misa celebrada en el Obradoiro

Reparto de bolsas con la cena. Orden, puntualidad, eficiencia. A tomar un bocado rápidamente. Hay mucho que ver y que contar en la crónica a los lectores. Dormir... ¿quién piensa en eso?

Me abro paso con facilidad. Cunde un magnífico espíritu por todas partes.

—Di que estamos muy contentos de esta oportunidad de ir a Santiago y ganar el Jubileo—me dicen unas de Seguros, simpático pelotón y baraja de nombres.

Yo no pensaba dormir, pero la gente tampoco parece muy interesada por pegar los ojos. En los departamentos, bullicio, caras alegres; todos hablan por los codos.

Rueda de preguntas: empezamos por Cádiz. Muchos y de toda la provincia. Con sus atisbos, inevitables de jocosa intención. Traen su exceso de horas de tren y como si nada. Rien, embroman, arman bulla entre ellos. Un vagón completo—el número 7—con provisión de manzanilla y algún otro caldo de la tierra.

—Nos hablaron tanto del frío que íbamos a pasar y tenemos las gabardinas ahí, muriéndose de risa—comenta uno.

—Ya tendréis tiempo de usarlas en Santiago —les digo.

Imposible retener todos los nombres. Además, la peregrinación es nacional, anónima, gigantesca. Rebasa los particularismos.

Dejamos a los gaditanos, a los granadinos, malagueños..., con sus chisporroteos de buen humor. El tren es largo y va totalmente lleno de muchas tierras de España. Muy buenos departamentos de segunda clase, cómodos y bien trajeados. Un voto de gracias a los organizadores y a los camaradas del raíl.

Y VAMOS CON LOS DE MADRID Y LAS DE MADRID

Sindicato de Banca y Bolsa, de Actividades Diversas, Sociedad Española de Oxígeno, Sindicato Metalúrgico, Papel y Artes Gráficas, Hermandad de Jesús Obrero, de la iglesia de San Martín, con su estandarte. Todos quieren hablar a la vez.

—Di el buen ánimo de la gente madrileña.

—Que estamos contentísimas de la organización.

—Desde pequeña había tenido la ilusión de ir a Santiago. La otra tarde, rezando el rosario, tuve de pronto el presentimiento de que este año, al fin, iba a poder realizarla—nos dice una empleada del Sindicato Metalúrgico.

—Yo soy de Banesto, del Banco Español de Crédito—nos alarga un padre de familia.

—Y yo soy del Sindicato del Papel—clama otro.

Por entre las voces apiñadas, surgen las notas dulcemente abiertas y moduladas de una canción. Es un poco más lejos. Sorpresa. Una chica de Radio Madrid ameniza las lentas horas del viaje a sus compañeros.

Cunde la animación. El sueño huye a través de los campos de Castilla. Pero si ya estamos en Avila. Y parece que acabamos de salir de Madrid. Una nutrida representación campesina ha subido en estos momentos al tren romero. Hay que localizarles.

—Tienes tiempo de hablar con ellos, de aquí a Santiago. Hay muchos de Madrid que no has visto aún—me dicen.

Galarza, jefe de expedición y de tren; Faraco, jefe de vagón; Pedro Castro, también jefe de vagón, me informan cumplidamente.

HERMANDADES DE LABRADORES Y GANADEROS.—LOS DE EXTREMADURA TAMBIEN LLEVAN SUS HORAS DE VIAJE EN EL CUERPO

Los de la Hermandad de Labradores y Ganaderos de Cuenca enroscan sus pancartas en el momento de entrar nosotros al departamento.

—Somos muchos más. Medio vagón—aclaran con entusiasmo.

—Ya nos verás mañana, en Compostela.

Yo pienso que ya lo estoy viendo ahora; que empecé a abrir bien los ojos desde la salida de la estación del Norte. Y no hay palabras, os lo aseguro, que expresen todo esto.



COMPRE EL LIBRO DE

EDUARDO AUNOS

“EL PERRO,

ESE AMIGO DESCONOCIDO”

Verdadera biografía del fiel amigo del hombre, compendio de su historia, sus costumbres, sus oficios y sus dolencias

Precio: 50 pesetas

EDICIONES Y PUBLICACIONES, S. A.

José Antonio, 70

MADRID

De venta en todas las librerías

Valdetorres del Jarama, Cifuentes, Arévalo, Cebreros, Villarrubio, San Pedro del Arroyo, Villacastín, Albornos, Medinaceli, Olmedo, La Moraña, Gascoña, Cañavera, Torremocha... El campo se ha volcado. Pueblos de Castilla, de las Castillas; gentes del cereal y de la esteva, del tractor y del surco bien trazado. De los que tienen los ojos soñando «de tanto mirar al cielo», como dice el cantar. Campesinos con traje de fiestas, quién sabe si el mismo que les sirvió para las bodas, hace ya muchos años.

Los de Badajoz y Cáceres—al igual que los del Sur—se incorporaron en Madrid con un día más de ruta en el cuerpo. Una los preveía lacios, arrumbados, sin gamas de nada. Pero, sí. Me reciben despiertos, amimosos, exultantes.

—Qué importa el cansancio.

Más nombres de pueblos y aldeas. Pero necesitaríamos EL ESPAÑOL sólo para enumerarlos. Qué bien suenan estos nombres. Qué firme y significativa fonética poseen.

NO ES EL MAR, ES LA RIA DE VILLAGARCIA.—LA «OPERACION APROVISIONAMIENTO».—SANTIAGO A LA VISTA

Son las cinco y minutos de la mañana. León a la vista. El tren frena con gusto. Las ventanillas se pueblan de miradas. En el andén, los de la C. N. S., brazaletes y tensión ordenada.

—Que nadie se mueva del tren. Nosotros distribuiremos desde aquí las bolsas de comida.

Estrategia sindicalista. Perfección del ejército productor. Cada uno en su puesto. En breves instantes, ya está. Cada jefe de vagón, secundado por sus auxiliares, se ha hecho cargo de los nueve lotes de noventa bolsas cada uno, que le han entregado, desde tierra, los distribuidores, situados uno enfrente de cada vagón. En veinte minutos de parada se ha realizado la «operación aprovisionamiento». Y vamos rumbo a Ponferrada, la minera, la de los saltos de agua y la central térmica, por quien, en la actualidad, gozamos de fluido en Madrid y el fantasma de las restricciones no ha hecho su aparición todavía, pese al estiaje tan largo que padecemos.

Y pasa Ponferrada, y Redondela. Pero si ya estamos en Galicia. La gente se rebulle. Quién, se alisa y se da carmin; otros, ellos, inundan los pasillos con su impaciencia por llegar a Santiago.

Porriño. En el andén, un rapazuelo, como de unos trece años, enhebra una serie de jotas aragonesas de las buenas. Qué bien canta el zagal. Aplausos, vivas. Ni el zumbido del tren, ni el oleaje humano ahogan, hasta que ya estamos lejos, la voz del crío.

—El mar, el mar.

Alguien ha clamorado por ahí. Todos quieren asomarse a las ventanillas, empujar las cabezas.

No. No es el mar. Es la ría de Villagarcía. «Vengo de Villagarcía, de pasar la ría, que es puerto de mar...». Santiago está muy próximo. Hay que prepararse a desembarcar del tren. No tenemos tiempo, ni es ocasión, para piropear la belleza única de este paisaje gallego, empapado de verdor distinto, de meandros dulces y húmedos. Galicia es un amor lento, de saboreo de horas sin prisa.

Y aquí está Santiago. Desde el tren queda en alto, erigido en un monte, piedra sobre piedra, siglos convocando a Occidente, por Dios y por la verdad de la fe. ¿Quién de vosotros, peregrinos de esta gran romería popular, podría decir que no ha llorado y reído a un tiempo? Por el camino, en la larga noche, rosarios, bromas, charlas sin fin. Pero ahora, cuando con prisa ordenada se desciende del tren, ¿verdad que no sale ni una palabra, que la sonrisa se ha quedado muda, que nos puede a todos la presencia del «Hijo del Trueno»? Sí. Estamos en Santiago de Compostela. Somos peregrinos en este Año Santo Jubilar que tira de nosotros hacia las reliquias del Apóstol, por quien fuimos llamados a luchar por Cristo, nosotros gentes de esta tierra española.

Santiago nos recibe de cielo azul y sin orvallo. Los Mandos Nacionales esperaban el tren. Bandas de música entonan el himno jacobeo. Los encargados de la organización se movilizan. Cada peregrino sabe, de antemano, al hospedaje que va. Hay montada, con carácter de permanencia, por estas cuarenta y ocho horas, una oficina de información, en la Delegación Comarcal de Sindicatos de Santiago; teléfono, ambulancias, servicios de toda clase. Bien por Galicia y por España toda.

Al frente de la peregrinación el Delegado Nacional de Sindicatos y los Mandos nacionales de la Organización



LAS CALLES SANTIAGUESAS EN LA NOCHE. — FESTIVAL FOLKLORICO GALLEGO EN LA PLAZA DE LOS LITERARIOS O DE LA QUINTANA. — CONFESONARIOS EN LA CATEDRAL

No tenemos sueño ni, en verdad, podríamos dormir. Estamos al máximo voltaje. (Esto se nos ha pegado de los de Ponferrada, palabra.) Andamos por todos los rumbos de las calles compostelanas. Andamos al paso que podemos. Porque crujen las rúas de pisadas de tanta gente. Campo, fábrica, taller, oficina, mar, minería. Cita total de las gentes trabajadoras de España. Polifonía de acentos y de rostros. Abordo a un grupo de diez o doce campesinos viejos, curtidos, endomingados.

—Diga usted que hemos venido en agradecimiento a la buena cosecha de hogafío.

Son de Castilla, qué importa el nombre de la aldea o pueblo. Es el agro español, que viene a dar gracias y a sentirse tutelado por el Santiago de «Y cierra»—«Cerrar» es sinónimo de entrar a la suerte de matar, en la guerra reconquistadora—. Y de «Santiago y abre España». (Esto lo decimos nosotros...)

—Valen la pena las molestias del viaje—dicen los de Crevillente, Elche, Monóvar, todos los pueblos alicantinos, a quienes encontramos en el pasillo que conduce a la cripta del Apóstol—. Estamos sobrecogidos por esta grandeza.

Nos movemos con dificultad. La catedral está completamente abarrotada. La gente se confiesa en cualquier rincón; por todas partes. Los confesonarios no bastan, no pueden satisfacer las necesidades de los peregrinos. Una oleada inmensa se agita e invade la iglesia. Junto al Maestro Mateo grupos de todas las edades, condiciones, hombres y mujeres, sellan con sus dedos emocionados la rúbrica de la presencia, según manda la tradición peregrina del Medievo. Delante, los corcorones de ritual, en el otro lado de la columna. Unos sacerdotes me preguntan:

—¿Sebe usted lo que hacen esos ahí? Explicación al canto. Una acaba de enterarse, pero lo cuenta dando la sensación de que es, poco más o menos, que nacida en la rúa del Villar o en la de la Conga.

En la histórica plaza de los Literarios—aquel batallón de estudiantes que luchó en nuestra guerra de la Independencia frente a los franceses—se ha armado el tinglado del festival folklórico galaico que ahora, a las once y media, va a comenzar.

«Si queres c'o carro cante
mólla-lle o eixe n'ó río,
e dimpois de ben mollado
canta como un asubio.»

Dulces melodías gallegas: Betanzos, Rianxo, La Coruña, Santiago de Compostela. Coral polifónica, Coro de «Asados da terra», danza de las francadas, danza d'as patelas, muñeiras. Una se imagina el fondo de prados de verdor perenne, los corpulentos castaños, los robleales altos, los

Con la cruz de peregrinos los sindicalistas españoles se congregan en Santiago



campos de maíz, que sirven de telón a estas danzas y cantos; baile ágil, de mocedad enhiesta y vibrante. Gaitas, panderos, tecnicolor ebrio o pausado y siempre suave de Galicia.

Pero tenemos que irnos a la estación. Están al llegar los romeros del tren Zaragoza-Barcelona.

ARAGON Y CATALUÑA DEL BRAZO EN LA PEREGRINACION. Y YA ES HORA DE IRSE A DESCABEZAR UN BREVE SUEÑO

Es medianoche. Nos ha costado nuestro trabajo poder bajar a la estación, atravesando la masa compacta y homogénea, que aquí somos todos uno, pese a la diversidad regionalista, de gente que anda por calles y plazas, en esta víspera gozosa de domingo.

El tren acaba de arribar. Los peregrinos catalanoaragoneses ascienden en riada poderosa por la carretera y las escaleras.

—¿De dónde sois vosotros?

—Aquí Palafrugell, Solsona, Figueras, Rosas, Jaca, Biescas, Calatayud, Belchite...

Pancartas, bandas de música propias, pasos firmes: esto traen los de Cataluña y Aragón a Santiago. Las dos regiones, hermanadas, están, cumplido su deseo tras muchas horas de viaje, desfilando por las rúas hacia el sepulcro que guarda las sagradas reliquias del Apóstol.

Otra vez nos dirigimos a la catedral. Ya no sé cuántas visitas he hecho, en pocas horas, al santo recinto. Vuelvo por la rúa Nueva. Tropiezo con un grupo catalán.

—Somos de Lérida. Pero no hemos venido en el tren. Hemos hecho el viaje en autocar. Y mire. Al salir de Fraga se nos rompió el coche. Hemos estado dieciséis horas en la carretera. Pero nadie pensó en volverse a casa; todos teníamos una sola meta: Santiago. Y aquí estamos.

Dura gente, de verdad, compañero, ésta de Cataluña. Ejemplo y lección de peregrinos. Esta es España y así son sus gentes.

Los servicios de acoplamiento funcionan a maravilla. Se han habilitado cuarteles, residencias estudiantiles, conventos, todas las pensiones y hoteles. Unos se van a descansar—corto descanso—; otros se confiesan, muchos entrecruzan las calles. Casi nadie duerme. Pero hay que echarse un breve sueño, siquiera tres horas, para estar mañana—ya—despiertos, bien despiertos, y no perderse ni un momento el pulso gigante de esta concentración única de peregrinos. Yo también me voy a dormir, si es que las emociones del día me dejan.

EN LAS RUAS, DESDE LAS SEIS DE LA MAÑANA.—EL DESFILE DE PRODUCTORES.—MISA EN EL OBRADOIRO.—LO QUE COMPOSTELA NO HABIA VISTO NUNCA

Eran las tres cuando me acostaba. Y a las seis ya estaba de pie, rumbo a todas partes. Media hora para mí: comunión y misa, que también una es peregrina y quiere ganar el Jubileo. En las calles, flujo y reflujo de la catedral a los extremos de Compostela, una masa que ha rebasado los cálculos previstos, según me informan los de la Delegación Comarcal santiaguesa: más de veinte mil personas han acudido de toda España; sobre todo, como es lógico, de las cuatro provincias gallegas.

Antes de que empiece el desfile, interrogamos a don José Guerra, canónigo y secretario de la Junta pro Año Santo.

—Han venido cuatrocientas treinta peregrinaciones colectivas, desde cualquier pueblo gallego hasta Jaro (Filipinas), durante este Año Jubilar. Más de medio millón de personas del mundo entero. Las características han sido: Primera, universalidad; segunda, devoción y sentimiento de unidad. Ha habido veces de rezarse el credo—la profesión de fe católica—en español, alemán, francés, inglés, flamenco..., hasta en chino; tercera, el sacrificio, la renuncia de visitas a todo monumento, por consagrar las breves horas de su estancia en Santiago exclusivamente al Apóstol, por no perder los actos religiosos.

Nos cuenta el padre Guerra cosas curiosas como, por ejemplo, adhesiones de prelados y fieles de todo el mundo, hablándole de los vestigios de la devoción a Santiago en distintos y opuestos lugares de la tierra. Así, el caso concreto de una señorita suiza que va a costear la reedificación de una capilla en un hito de la medievales ruta compostelana que pasaba por el pueblo de Suiza de donde ella es y vive.

Comienza a agitarse el micrófono en manos del padre Villalobos, capuchino, Asesor Religioso de Sindicatos, que señala a los peregrinos ya confesados y comulgados la conveniencia de que se concentren en La Herradura, lugar designado como punto de partida del desfile romero en dirección a la plaza de España, para oír la misa y asistir al acto de la ofrenda por el Delegado Nacional de Sindicatos.

A las once en punto me sitúo bajo un arco de la rúa del Villar. Ya hace unos minutos que empezó el desfile de los productores. Sosegados y a paso normal, de ocho en fondo, a veces más, según permiten las variaciones de la calle, van las banderas de España, de las entidades sindicales, los estandartes con la imagen de Santiago, de las Hermandades de Labradores, de Educación y Descanso en sus distintas agrupaciones: folklóricas, deportivas... Cofradía de Santiago, de Arganda; de Santa Minia; mineros de Turón, ágiles y concentrados; ciclistas de La Coruña; obreros, patronos, técnicos, asesores religiosos de

las diversas Comarcas, campesinos. Grupos deportivos de Ceuta, Vizcaya, Zaragoza, Asturias, de Galicia toda, Huesca, Córdoba, Baleares, Almería, Navarra, Soria... De toda España. Miles y miles de peregrinos. Bandas de música como la de Leiciñena, por citar algún nombre. Cantos de penitencia; avemarias entre lágrimas y exaltación de júbilo. Se oye la voz del padre Villalobos desde el altavoz invisible instalado en un balcón de la catedral, convocando a los productores, a la ingente multitud, «por los mismos caminos que aprendió la Cristiandad en la Edad Media. Sois ejemplo de fe...» Son las doce. Nos vamos nosotros también a la plaza de España, tras las jerarquías, que cierran el largo desfile. Miguel Vizcaino, Secretario Nacional de Sindicatos, me dice:

—Esto no te lo esperabas tú, ¿verdad, Concha?

No. Esto no se lo esperaba nadie. Santiago no ha conocido jamás una demostración de fe tan poderosa, tan recia, tan unánime y gigantesca.

Alguien me señala a un grupo de atletas de la Organización Sindical de Educación y Descanso, que han venido, a marchas, desde La Coruña, en relevos olímpicos, para ofrendar un banderín al Apóstol.

En estos momentos pasan los Mandos Nacionales bajo los arcos que tensan los del grupo de Danzas d'os Mariñeiros, los que anoche, en la plaza de la Quintana, bailaron la «Danza d'as francadas», gente de Rianxo. El altar se ha instalado en la famosa puerta del Obradoiro, cubierta por tapices del tesoro catedralicio que forman dosel.

Solis preside, con el Alcalde de Santiago y los Gobernadores Civiles de Galicia. Detrás, inmediatamente, Vizcaino y Jefes nacionales y provinciales de la Organización Sindical. Va a oficiar la misa rezada S. I. el obispo de León, doctor Almarcha, Asesor Nacional Religioso de Sindicatos. Antes de comenzar el santo sacrificio, Solis, emocionado, pero con voz serena, hace la ofrenda nacional de los trabajadores al Apóstol. Magnífica arqueta de plata, obra de la artesanía española. El Alcalde de Santiago y los cuatro Gobernadores, en posición de firmes, las cruces de peregrinos en la diestra, detrás del Delegado Nacional. De sus palabras y de la contestación de S. E. el cardenal Quiroga Palacios, saben ya los lectores de EL ESPAÑOL por la Prensa diaria.

En la plaza de España, llena hasta las silleras de los edificios circundantes: Ayuntamiento, Normal, Hospital (hoy convertido en el mejor hotel de Europa), la enorme masa de productores, en silencio absoluto, oyen la misa. Al terminar, el cardenal-Patriarca de Lisboa, monseñor Cerejeira, imparte su bendición. Varios señores obispos han asistido a estos actos: el de Madrid-Alcalá, León, auxiliares del cardenal Cerejeira; uno irlandés y otro norteamericano, que han coincidido con esta magna apoteosis de fervor de los trabajadores españoles. También asiste el abad mitrado de Samos.

Como dato de curiosidad, que cifra la fuerza envolvente de esta colosal peregrinación, reseñaremos lo siguiente, que hemos presenciado nosotros. Circulaban los productores por la rúa del Villar, proa al Obradoiro, cuando un grupo de peregrinos franceses, venidos a Santiago en autocar y que coincidieron con nosotros, se dirigió, en un español macarrónico, a algunos de los trabajadores, preguntando qué era aquello. Sin asombro por la pregunta, ni vacilaciones, contestaron, con manoteo y todo, para que les entendiesen mejor:

—Pues esto es la masa trabajadora española, que viene en peregrinación a Santiago.

Y los franceses se incluyeron y formaron parte también en el alud formidable de los nuestros.

Las autoridades y Mandos se dirigen a la recepción ofrecida por el Ayuntamiento. Antes de reunirme con mis compañeros de la Prensa, para formar parte de la comitiva, una última ojeada a la plaza. Ya se disgrega el espectáculo pluricolor de estandartes, banderas de cofradías, pañuelos; hasta paraguas. Por los ángulos de esta anchura y hermosa plaza de España desembocan a todas las rúas los productores, sus pisadas, sus voces. También desde Santiago, se va a todos los cielos y a todas las tierras de España. «España, espada de Occidente todavía, todavía y siempre», como acaba de decir, con su voz lenta y recogida, monseñor Cerejeira, cardenal-patriarca de Lisboa.

Concha FERNANDEZ-LUNA SANCHEZ,
enviado especial

EL ÚLTIMO GIRO DEL CASO MONTESI



Vista aérea de la playa de Tor Vainica. El cadáver de Wilma Montesi fué encontrado en la mañana del 11 de abril de 1953 a las 7.30 de la mañana en el lugar señalado por la cruz

280 TESTIGOS DECLARARON EN LOS ÚLTIMOS CINCO MESES ANTE EL TRIBUNAL SUPREMO

Dos guardianes de Capocotta acusan a un nieto del Rey Víctor Manuel

ALREDEDOR de la vendedora de periódicos la gente se arremolina, se apretuja. Desaparecen los periódicos de las manos de la mujer como por ensalmo, y amontona sobre el improvisado mostrador calderilla y más calderilla. La vendedora sigue lanzando su noticia a los cuatro vientos de la calle:

—¡La nueva fase del escándalo Montesi! ¡El príncipe Mauricio de Hesse, acusado!

El pregón no deja de surtir efecto.

—Deme dos números.

—Deme a mí otro.

Y la cantilena continúa...

—¡El príncipe Mauricio, acusado por dos guardianes de Capocotta! ¡Las últimas noticias sobre el caso Montesi!

Se pierden los ecos del pregón de la vendedora, y el público sigue su camino rumiando las últimas noticias, las inesperadas noticias. ¡Pero cómo! ¡Un príncipe, un príncipe de la sangre acusado de haber sido visto en compañía de Wilma Montesi la víspera del día en que amaneció muerta!

—¡Pero esto qué es?
Se consultan los amigos, se paran los conocidos y el tema de la conversación es siempre el mismo.

—¡Te has enterado?...

—¡Mauricio de Hesse! ¿Quiénes son los que lo afirman?

—Dos de los guardianes de Capocotta, De Felici y Guerrini.

—Pero hasta ahora no habían confesado nada parecido.

—Es que Sepe, el juez instructor, sabe cómo sacar las cosas del cuerpo.

—Esto no es más que un golpe de efecto para acaparar la atención pública hacia otros derrote-

ros. El otro guarda, el Lillo, sigue afirmando que el joven del coche color penicilina era moreno y no rubio.

—En ese caso, Piccioni...

—Sigue complicado.

—Y su padre con él...

—La dimisión es inminente... ya lo verás...

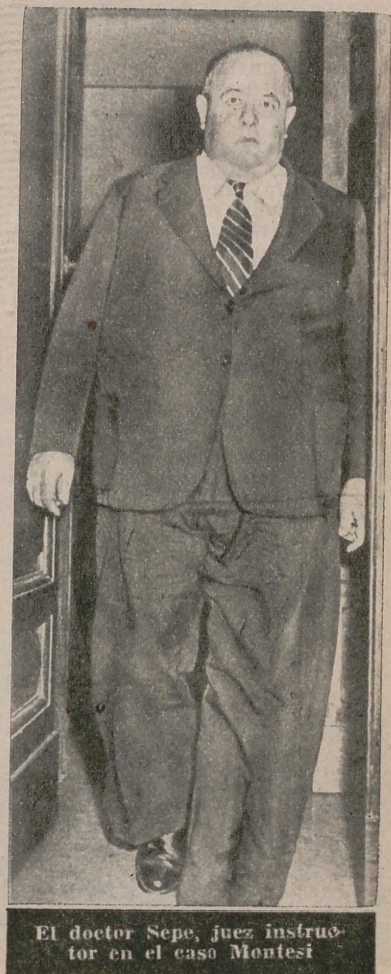
Y las conversaciones lo arrojan todo como un río salido de madre.

LAS CARRERAS DE SEPE

Pero el globo, la formidable «bomba Montesi», no acaba de estallar, y quizá es probable que no estalle nunca porque las fuerzas políticas complicadas, los nombres enredados en el vergonzoso asunto van siendo cada vez de más importancia. Es posible que el tal globo se desinfla lentamente, y que al final, lo único que emita para el público, sea un débil y ridículo pitido desconcertado, antes de convertirse en algo inservible y olvidado en un archivador, tras la mueca de un número cualquiera.

Pero vamos, vamos con los últimos detalles, con las últimas declaraciones, con las últimas chufas de la Prensa y las charlatanerías de la gente que se arremolinaba hasta hace poco en la escalinata del Palacio de Justicia de Roma. Desde el pasado día 13 la vista del caso está suspendida.

Ha corrido el juez instructor, el digno doctor Sepe, desde el Palacio de Justicia hasta la sede del procurador general, y ha descansado allí idealmente el peso de los 80 volúmenes de 200 páginas cada uno, que las declaraciones y retractaciones de los 280 testigos que pasaron en estos cinco meses



El doctor Sepe, juez instructor en el caso Montesi

últimos por el Tribunal Supremo llevan ocupados. Y allí se ha quedado el todavía más digno doctor Leonardo Giocoli, procurador general de la República con su sustituto, Marcelo Scardia, intentando sacar algo en claro, mientras el público con la respiración contenida, espera la solución del último capítulo del asunto Montesi.

EL MISTERIO DEL COCHE COLOR PENICILINA

En las primeras declaraciones, los tres guardianes de la finca llamada Capacotta habían hecho muy diferentes confesiones. Y he aquí que encerrados por testimonio falso, a fuerza de interrogaciones y forcejeos, las cosas han cambiado de color, Dios sabe a fuerza de qué escondidos manejos.

Porque había quedado casi seguro y sentado que el hombre que conducía el sospechoso automóvil que penetró en Capacotta la tarde del día 10 de abril de 1953 era moreno y bien moreno, y que, por el contrario, la compañera de Mauricio de Hesse en aquella tarde, era una joven rubia, de aspecto delicado.

Pero las cosas cambian, y todo es posible en la imaginación febril o pagada de dos guardianes cualquiera. El joven conductor del automóvil color penicilina ha resultado ahora ser rubio y, por el contrario, la acompañante de este hombre rubio, se ha convertido en una hermosa morena, cuya descripción coincide con la infortunada Wilma Montesi.

Lo malo del asunto es que el joven rubio, minuciosamente descrito a última hora por De Felici y Guerri, se parece como una gota de agua a otra gota de agua al joven príncipe Mauricio de Hesse, actualmente de vacaciones en Ischia, en la isla de Capri.

Insiste el doctor Sepe en mantener encarcelados a los dichos cancerberos de Hugo Montana, e insiste con muy buen acuerdo, porque aun es posible que el joven primero moreno y más tarde rubio, se convierta en un pelirrojo cualquiera, que dé menos juego político que el hijo mayor de la princesa Mafalda.

TRASPIES Y MAS TRASPIES

Sabido es que el personaje

que hasta ahora ha preocupado más, sobre el que han recaído más culpas, sobre el que se ha volcado casi todo el peso de las acusaciones es el hijo del hasta hace pocos días ministro de Asuntos Exteriores, Piccioni. Piero Piccioni es un joven compositor de música de jazz alegre y aturullado.

Culpable o no, la posición del hijo ha forzado al padre de tal manera, ha sido causa de tales embrollos en el Gabinete, que se ha visto obligado a dimitir de su alto puesto en el Gobierno italiano.

El caso entero no es sino el pretexto para una lucha de partidos. Forzaron los de la oposición al ministro Piccioni, rodó la cartera por los santos suelos y se regocijaron todos los contrarios por el suceso.

El total del partido demócratacristiano se conmovió por el suceso, que no parecía tan inminente y aun en momentos pareció posible evitar. Pero la atención se había fijado tanto en el joven Piccioni como en su progenitor. Y diríamos que aun más en su progenitor. Y aun más, en el partido que él representaba.

Hasta sus partidarios han sabido ver la parte de culpa imputable a un partido que no ha sabido ser íntegro ni ha podido pronunciar una palabra en su descargo, cuando se le ha complicado en un asunto de la categoría del que la justicia italiana se trae hoy entre las manos.

Porque si el Gobierno italiano se hubiera encargado de haber llevado a cabo una perfecta investigación de la moralidad de sus componentes cuando la encuesta famosa de De Caro, sin paliativos ni excepciones de ninguna clase, el partido hubiera encontrado palabras y argumentos que esgrimir contra una opinión pública que se les echaba encima.

Pero ni la encuesta, de De Caro tuvo seriedad ni todos los miembros se vieron incluidos en ella. Así nadie ha podido encontrar una razón defensiva de peso para explicar por qué el traficante de traficantes que se llama Hugo de Montagna, el falso «marqués» que todavía en estos días se pasea libre, atropellando ciclistas con su coche nuevo, se ha encon-

trado más de una vez en el palco familiar de ciertos jefes del Gobierno, en un acto público, co-deándose con los más altos cargos de la nación o sonriendo entre copas de champán, en una fotografía cualquiera, junto al hijo de un ministro.

ANTE TODO, LA LEY

Claro que a Sepe y ahora a Giocoli y a Scardia, les trae ostentosamente sin cuidado las presiones políticas.

«Mi partido es el Código, y mi norma, la ley», ha dicho Sepe, de manera que se le oiga desde todos los rincones italianos, y aun extranjeros. Y después de calzarse el sombrero, suponemos que fué cuando decidió retirar los pasaportes de los cuatro jovencitos complicados en el «affaire Montesi», los cuatro que se reparten las posibilidades de haber sido los acompañantes de la Montesi la víspera del día en que el cuerpo de la muchacha fué hallado en la playa de Torvalanica. Piccioni, Polito, Hugo de Montagna y ahora Mauricio de Hesse.

Pocos días después se llevó a cabo la detención de Piccioni.

EL INDIFFERENTE

A nadie ha podido engañar la cortina de humo que significa el lanzar a Mauricio de Hesse a la palestra. Significa nada más y nada menos que mezclar a la familia del antiguo Rey Víctor Manuel, al hijo de la mártir Mafalda, en un asunto en que el partido demócratacristiano estaba perdiendo. Desde ahora ya no se puede vociferar contra el tal partido sin vociferar a la vez contra la honorable familia de Hesse, tan vinculada a la tradición italiana. Mauricio de Hesse, «el Príncipe Indiferente», como empiezan a llamarle, no da muestras de alarma ante las primeras o las últimas noticias. Permanece en la isla haciendo su habitual esquí acuático, jugando en la playa con sus primas Cristina y Dorotea y conduciendo su coche por las calles principales de Ischia.

El día en que recibe la noticia del retiro del pasaporte continúa en la isla, negándose a moverse. Se le replica que suspenda la pequeña fiesta que tenía proyectada para aquella misma noche, en la cual, algunos de sus amigos y sus primas habrían de escuchar las canciones del guitarrista Romeo, último descubrimiento de Mauricio. Mauricio se niega, y la fiesta empieza. Frecuentes llamadas telefónicas hacen hervir el ambiente.

Pero allí sigue hasta las dos de la madrugada que dura la velada. Sólo a instancias de familiares y amigos consiente en ausentarse y en ver a sus abogados. Y mientras todo esto ocurre, el aniversario de la muerte de la princesa Mafalda se cumple.

Allí mismo, en la isla, asiste Mauricio a la misa en sufragio de la infeliz víctima de la guerra, y allí es donde únicamente su rostro refleja amargura y preocupación.

Por lo demás, y aun no queriendo, debe ahora acudir a prestar unas declaraciones necesarias



El príncipe Mauricio de Hesse practicando el esquí acuático, deporte al que es muy aficionado, durante sus vacaciones en Capri

para la marcha del engorroso asunto.

A un lado quedan sus estudios de Agricultura en Kiel, sus aficiones musicales, sus deportes favoritos. Este príncipe de veintiocho años, ve su nombre demasado mezclado en un desagradable asunto para pensar en otra cosa que no sean abogados y descargos.

DETRAS DE UNAS INICIALES

Aunque, hasta la fecha, el príncipe se niega a declarar gran cosa. Jura y perjura que su acompañante de aquel día era una joven rubia, y nadie más que una joven rubia. Y por más que han hecho abogados y amigos se niega a pronunciar un nombre salvador «por no comprometer a una dama».

Así que por eso pueden seguir De Felici y Guerrini afirmando cuanto quieran sobre jóvenes rubios, porque el príncipe no está dispuesto a descargar estas culpas pronunciando nombres. Lo único que hasta la fecha se sabe sobre la «dama desconocida» es que sus iniciales son M. C. ¡Bona novedad policiaca!

DIMES Y DIRETES

Una tras otra las declaraciones de los 280 testigos durante estos cinco meses han ido siendo deliciosamente contradictorias. Y ahora mismo, mientras los dos dichos guardianes de ese Lido de Ostia que se llama Capacotta hacen fantásticas descripciones de un joven que resulta ser sobrino de Reyes, el tercer guardián, Lillo, continúa afirmando, declaración tras declaración, que el conductor del coche color penicilina era moreno y nada más que moreno, y dando datos y detalles que coinciden con el compositor Piero Piccioni. Por algo están los tres encarcelados por declaración falsa.

—¡Si hubiéramos dicho la verdad desde un principio!—le recriminaba la mujer de De Felice, también encarcelada, a su marido—. ¡Si desde un principio hubiéramos dicho únicamente la verdad!

Y sólo la detienen en sus quejas y lamentaciones los exabruptos del marido encolerizado, atacado de quién sabe qué oculta fiebre de terror, de dinero o de otras cosas.

Y mientras tanto, el otro guardián, de aquel dicho pabellón de caza, punto de reuniones orgiásticas y garito lujoso, le dice al que fué novio de Wilma, el inspector de Policía:

—¡Ay si yo hablara! ¡Ay si yo dijera!... La de nombres que iban a salir, la de cosas que se iban a saber...

Y después de tantos rodeos, de tantas vueltas y revueltas, de tantos testigos, trapos sucios y negocios más sucios todavía como han salido a relucir, el juez busca ansioso la verdad. Una verdad cualquiera, una verdad decente que dar a la opinión pública. Pero, ¿dónde, dónde está esta dichosa verdad?

PASAPORTE PARA EL CAOS

Porque las hipótesis hasta ahora aventuradas, con posibilidades de verosimilitud, no pueden ser más contradictorias. Desde la sentimental tesis familiar de los



Mauricio de Hesse se entretiene escuchando discos en su residencia de «Villa Mara». No obstante el clamor suscitado en torno a su nombre, él permanece tranquilo e inmutable.

pediluvios», hasta que la de Wilma murió por injerir estupefacientes en Capacotta, transportada luego hasta la playa de Tornavaia de una manera o de otra.

Claman los familiares y retuercen las cosas para salvar la memoria de la hija o de la hermana. Se aferra la señora Montesi a la tesis de que su hija ha muerto por defender su honra.

Complican las cosas los políticos, se esconden los testigos, mienten los desaprensivos. Y los periódicos inventan cosa tras cosa, episodio tras episodio. ¿Es mucho aventurarnos el decir que la mayor parte de la Prensa italiana está pagada en estos días? Pagada para lanzar deducciones sospechosas, para pinchar y para incordiar.

«Wilma Montesi ha muerto probablemente por suicidio.»

«Wilma Montesi ha muerto envenenada.»

«Son los habitantes de Capacotta los que saben toda la verdad.»

«Nuevas e importantes declaraciones de los guardianes, del dueño del puesto de gasolina cercano a Capacotta.»

Titulares, titulares y más titulares. Nadie sabe nada. Y los que lo saben lo callan, y los que lo sospechan no se atreven.

—¿No era acaso mi Wilma una mujer íntegra como ha demostrado el examen científico?—exclama la llorosa madre.

—¿No es absurdo suponer una doble vida en una muchacha tan retraída, tan formal, tan seria?—esgrimen familiares y novio.

Y mientras tanto, siguen naciendo capítulos, pasajes ignorados de la vida de esta muchacha infortunada.

LAS VACACIONES DE UN JUEZ

—No he tenido miedo a seguir investigando.

Ha venido, poco más o menos, a decir el doctor Sepe, cuando algunos periódicos y la opinión pública empezaron a sospechar que el juez instructor se sacudía la causa de encima.

—No se ha terminado la investigación. Se ha detenido únicamente.

En la Procuraduría General de la República se afanan mientras tanto Giocoli y Scardia. ¿Procede o no procede?... Pero, ¿el qué, cómo, de qué manera? ¿Es que hay testimonios suficientes contra alguien?

Arrinconadas se han quedado las maletas de estos hombres, y, por ahora, el doctor Sepe ha arrinconado también su maletín de viaje, que pensaba haber sacado el día 15 de este mes para disfrutar de unas vacaciones.

—¡Ni una foto, ni una palabra, ni una indiscreción!

Estas son las órdenes de Sepe, que sale y entra por la puerta posterior del Palacio de Justicia y se niega a dar satisfacción a curiosos.

MILES DE OJOS

La misma táctica sigue el príncipe de Hesse.

La pequeña turba de todas las ocasiones, ociosa, hambrienta de sensacionalismos, espía a todas horas y permanece horas y horas a la expectativa.

—¡Ahí está el de Hesse. Ahí

en ese bar, ¿no lo ves? No parece muy preocupado.

—Tendrá sus razones. Fíjate con qué tranquilidad ordena su aperitivo y sonríe...

—Pero ayer estuvo ausente.

—Sí, en Nápoles. Dicen que ha ido a ver a su abogado.

Y los curiosos prosiguen su paseo, desocupado, mientras el príncipe ausente bebe su Martini. No saben ellos que el príncipe se ausentará en pocas horas y que su destino es Roma.

Y tampoco lo saben los de las escalerillas del Tribunal de Justicia, que ni siquiera advierten su llegada, y siguen allí bostezando por su hambre de noticias.

—Parece que hoy no hay nada nuevo en el asunto Montesi.

—¡Este Giacoli!...

—¿Qué estará haciendo?

BORROSAS ESCENAS

—¿Qué estará haciendo Giacoli, sí? Día a día, hora a hora la ansiedad de todos le persigue. Mientras él lee sus 80 volúmenes de la historia más complicada que ha conocido Italia después de la guerra y escribe las 400 páginas que se calcula necesitará para concretar su opinión sobre el asunto.

—Ya ha llegado el honorable Scardia.

Y se encierran ambos durante horas a discutir, a esclarecer.

Y mientras tanto se suceden las más diversas escenas. En los domicilios de unas cuantas familias; en la residencia donde se encuentra «la muchacha del siglo», Ana María Caglio; en la cárcel, donde representa su pape-



Los dos hermanos Piccioni. A la izquierda Leone, a la derecha Giampiero

lito de cinica Adriana Bisaccia; en la sala donde unos cuantos hombres intentan reconocer al acompañante de Wilma... Son cuatro, puestos en ringlera. ¿A quién le tocará la china?

EL HOMBRE DE LA CHINA

Pero la china, en realidad, no está en la mano de los guardianes de Capacotta; ni en la mano de Ana María Caglio, que insiste en hacer declaraciones con medias palabras, jamás claras; ni en la mente de la Bisaccia...

La china está en la mano de Leonardo Giacoli, que puede decidirse por una de las tres soluciones que siguen:

1) Enviar otra vez a juicio a los supuestos responsables de la muerte de Wilma, indicados por Sepe.

2) Abrir un expediente supletorio para averiguar y esclarecer la actuación de Maurizio de Hesse en el caso, o de otras personas cuya actuación no haya quedado del todo clara.

3) Archivar el caso de una manera definitiva y para siempre.

Sobre estas tres posibilidades se hacen, día tras día, cábalas y más cábalas. Y mientras la solución final se espera que sea dada antes del fin de este mes, el «caso Montesi» ha ido dejando un poso inolvidable en algunos de los persona-

jes de tan amargo episodio.

¿QUIEN ES QUIEN?

En Regina Coeli, en el despacho de Sepe, se desarrolla una desagradable escena.

Los cuatro acusados se encuentran en el despacho de Sepe. Son Piero Piccioni, Politò, Hesse y Montagna.

Se trata de una larga y enérgica declaración. De improviso se abre la puerta y entra un hombre. Es Giovanni Piccinini, mecánico, de treinta y dos años, que prestaba sus servicios en una estación de gasolina el famoso 10 de abril de 1953, cuando fué llamado para reparar un coche en una carretera cercana, ocupado por una pareja. El mecánico afirma que la muchacha era Wilma Montesi.

—¿Alguno de estos hombres pudo ser el hombre del coche?

Escena violenta, amarga para el hijo del ministro, para el ex-questor, para el príncipe. Pero inevitable, como lo fué la que siguió. La revista pasada por Ziliani Trifelli, habitante de Torvaianica, a todos cuatro.

Sí, de este examen parecía ser sospechoso Piero Piccione. ¿Quién pudo evitar la violenta escena en el hogar familiar cuando la renuncia de la brillante carrera política se le imponía al padre?

UNOS PEDILUVIOS

Y aun queda el toque sentimental, la nota dolorosa puesta en toda la historia, por la modesta familia Montesi. Ya hace mucho que abandonaron su domicilio en la calle Tagliamento, número 76, y que se refugiaron aquí y allí, mudos, obstinados, sin querer saber nada de periodistas y fotógrafos, mientras el padre es operado en un hospital de una úlcera de duodeno.

—Wilma era incapaz de todo lo que se le imputa.

Y vuelven decididos, esperanzados casi, a pensar que la muchacha murió queriéndose curar el mal que sufría en los pies, lavándose en el agua del mar.

—Yo se lo había oído decir. Yo le había oído decir que quería curarse los pies en el agua del mar.



INSTITUTO DE ESTRATEGIA JURIDICA

Director General
ALFONSO
SERRALLACH

Inicia sus actividades durante el curso 1954-55 presentando:

«LOS DERROTEROS QUE CONDUCEN A LA PAZ»

El mejor ensayo constructivo sobre la actual situación internacional. Descubre a los artífices de la «guerra fría» y sus objetivos. Ptas. 15

«ESTRATEGIA JURIDICA»

Revista al servicio de industriales, comerciantes y sus colaboradores. Destinada a combatir la «guerra fría» en las empresas y a proteger su productividad y rendimientos. Curso 1954-55. Pesetas 200

Limitada a sus suscriptores
POR SER AMBAS PUBLICACIONES
CONFIDENCIALES, SOLICITELAS
AL APARTADO CORREOS 5039.

TELEF. 372198. BARCELONA

Folleto explicativo gratis

Debió de morir por eso—insiste la hermana.

Y, sin embargo, ¿cómo explican ellos que Wilma hubiera faltado de casa durante cuarenta y ocho horas consecutivas, cuando fué encontrada una mañana muerta en la playa de Ostia?

¿RESULTARA UN SUICIDIO?

Con indignación de la mayoría se abre ahora paso la tesis de un suicidio. De una desesperada solución de algo desconocido. Pero, ¿a qué se debe entonces el que la arena encontrada en el estómago de la muchacha no fuese la de la playa de Torvaianica?

El gran colaborador de Sepe, el mayor de carabineros Zinza, recorre en estos días los alrededores de Torvaianica, interrogando a cuantas gentes y pescadores puede encontrar al paso.

—Entonces, ¿usted cree?

—Creo que no, señor, que es imposible, que el cuerpo de la muchacha no pudo ser arrastrado hasta aquí por ninguna corriente.

—¿Y está usted seguro?

—¡Imagínese! Me he criado aquí, conozco el mar como si fuese mi casa...

Y así, uno, y otro, y otro...

EXISTE UN CULPABLE

No ha habido casualidad. Si Capacotta no estuviera tan en las inmediaciones, si Hugo Montagna y sus satélites no estuvieran tan a la vista, la duda podría existir. Pero no de esta manera.

El caso de Wilma Montesi, se quiera o no, es un caso de doble vida. Amiga de príncipes, de hijos de ministros o de falsos marqueses, inocente o no, la Montesi tenía algo más que la vida mediocre que proporcionaba el taller de ebanistería de su padre.

Todos esperan las decisiones del procurador Giacoli. Se agitan los abogados de Maurizio de Hesse, enorme globo inflado para captar la atención general, se duele toda una familia, hay dos o tres desaprensivos a quienes todo trae sin cuidado y la propaganda les gusta, un ministro derrocado y una familia, orgullosa de su dignidad, que agacha la cabeza.



Las princesas Derotea y Cristina de Hesse, primas de Maurizio, a quien tienen como huésped en su villa de Capri

El pasado día 22 fué detenido Pietro Piccioni. Poco después se entregó a la Policía el marqués Ugo Montagna. El ex jefe de Policía de Roma, Saverio Polito, ha recibido orden de comparecer ante el juez para ser interrogado. Este es nuestro sumario. El del procurador Giacoli, todavía no ha salido a la luz pública.

OPINION

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

PUBLICACION MENSUAL

32 PAGINAS

«OPINION» es la única publicación que se edita en lengua castellana sobre técnicas e informaciones doxológicas.

«OPINION» es una revista de teoría y práctica de las ciencias informativas.

El pulso del mundo a través de las encuestas de Institutos de Opinión Pública extranjeros. La opinión de los españoles recogida mediante las auscultaciones del I. O. P.

Suscripción semestral: 30 Ptas.

Pedidos: al **INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA** Monte Esquinza, 2 MADRID

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 110



EL ULTIMO GIRO DEL CASO MONTESI

La María Caglio, en meditación, en el lugar donde fué hallado el cuerpo exánime de Wilma Montesi, en la playa de Tor Vainica

**280 TESTIGOS DECLARARON
ANTE EL TRIBUNAL SUPREMO
EN LOS ULTIMOS CINCO MESES**

**DOS GUARDIANES DE CAPOCOTTA ACUSAN
A UN NIETO DEL REY VICTOR MANUEL**

El joven príncipe de sangre real, Mauricio de Hesse, que se ve ahora complicado en la muerte de Wilma Montesi, por la declaración de dos guardianes de Capocotta

Lea este reportaje en la página 59

